

revista de

120

FOMENTO SOCIAL



**Cambio social y
democracia del futuro**

Octubre-Diciembre/75.

SUMARIO

	<u>Págs.</u>
EDITORIALES:	
Democracia en la sociedad del futuro	341
La pena de muerte: progreso abolicionista	345
ESTUDIOS:	
Análisis del cambio social, por Eduardo Baselga	351
Evolución de la identidad en la sociedad tecnocrática: I.—Familia y gran organización, por Juan Luis Recio Adrados	377
La configuración de la sociedad futura según el poder derivante de la distribución ocupacional, por Pablo Lasso	391
La Prensa Obrera en España (1900-1923), por Victor Manuel Arbeloa .	407
Tejera: Un pueblo de El Bierzo (León), por Prisciliano Cordero del Castillo	421
TRIBUNA LIBRE:	
Producción y consumo, por J. M. G.	429
BIBLIOGRAFIA	431
INDICE GENERAL DEL VOLUMEN XXX	445

REVISTA DE FOMENTO SOCIAL

Empresa periodística:

CASA DE ESCRITORES, S. J. Pablo Aranda, 3. Madrid-6. Teléf. 262 49 30

Director: Victorino Ortega García.

Secretario: Javier Gorosquieta.

Redacción y Administración:

Pablo Aranda, 3. Madrid-6. Teléf. 262 49 30.

SUSCRIPCION.—Precios para 1975:

España	250 pesetas
Otros países	7 dólares

DEPOSITO LEGAL: M. 1.437-1958

Imprenta de José Luis Cosano, Palma, 11. Madrid-10

Democracia en la sociedad del futuro

El interrogante es obvio: ¿pertenece el futuro más a los humanistas que a los técnicos? Aunque la planificación de la sociedad tecnocrática adolece de escasa participación popular, no hay motivo para dilemas excluyentes. Si ha habido unilateralidad, porque la tecnocracia es la mayor responsable de nuestro crecimiento sin metas, toda la ciencia y técnica disponibles a la hora de una planificación más humana, por más democrática, son bienvenidas. La clave del futuro, sin embargo, parece estar en la democracia, no en la que se proclama, sino en la que se construye piedra a piedra. Apasionamientos a un lado, es obligado reconocer, por ejemplo, que el pueblo portugués, con sus dirigentes a la cabeza, está dando pasos trabajosos y ojalá irreversibles en esta dirección, esquivando consecutivamente los extremismos de derecha e izquierda. Las convulsiones que han sacudido al país vecino no pueden juzgarse excesivamente violentas después de casi medio siglo de dictadura.

La futurología de buena ley quiere ser un ejercicio en responsabilidad, una invitación a todos los cerebros y a todos los brazos a hacer impensable el desastre probable, de continuar nuestro planeta por sus inquietantes derroteros actuales.

Sabemos quiénes toman hoy las grandes decisiones que afectarán mañana a miles de millones de vidas humanas. Los reducidos círculos de tecnócratas del Este y del Oeste que dominan la política y la economía mundial, saltan o no a la primera plana de la prensa, tienen a su servicio la inconsciencia e irresponsabilidad de nuestras mayorías silenciosas de profesionales y productores de todos los rangos. Su irresponsabilidad, sin embargo, no es ominosa, sino domesticada. El trabajo sobre la identidad tecnocrática, que se incluye en este número de la Revista, trata de llegar a la raíz estructural de esa alienación, cuyos síntomas más hirientes son la competencia o la orienta-

ción hacia el poder y el status, y cree encontrar esa raíz en la concentración de poder y de todos los privilegios que del poder derivan en la cúspide de la gran organización.

La tesis del trabajo que presentamos sobre las distintas concepciones del cambio social es que no puede hablarse de cambio profundo sin una transformación radical en el sistema de valores que sustenta la estructura social y da respuesta a las necesidades de la población. El concepto de estructura social adoptado corresponde a la línea teórica de Parsons y equivale al ordenamiento institucional y grupal total de una sociedad. Cuando un pueblo acepta, aunque sólo sea tácitamente, un determinado orden legal, lo legitima. Tal legitimación implica, a juicio del autor, que el pueblo se siente identificado con el sistema de valores vigentes. Podría añadirse que las necesidades y los valores del pueblo no son una realidad original suya, sino muy parcialmente, si se tiene en cuenta que la mayoría se encuentra culturalmente colonizada por una minoría constituida por las clases dominantes. No deja por ello de ser verdad que el pueblo participa de esos valores. Pero lo hace de forma alienada, no creativa, ya que los vive en una situación de forzosa dependencia. ¿Puede hablarse, por tanto, de una legitimación popular de la estructura social cuando falta en notable medida la conciencia de la configuración de esa misma estructura? Las clases dominantes manipulan la jerarquía de necesidades «naturales» de la personalidad, activando las necesidades de orden inferior de forma que nunca se satisfagan adecuadamente y frustrando a las clases dominadas en su intento de satisfacer necesidades de orden superior con la consecuencia nefasta de provocar fijaciones e incluso regresiones.

Habría que asegurar que en todo análisis y prospectiva del cambio sociocultural poder y conflicto tengan un peso específico como factores condicionantes de la esfera valorativa. Así, por ejemplo, en el momento actual español no nos parece aventurado diagnosticar una legitimación de la estructura política por parte de la mayoría, como tácita y absentista, fruto de una despolitización programada. No nos parecería adecuado, sin embargo, extender el diagnóstico al ordenamiento social tout court, del que la estratificación es un importante aspecto, porque ello equivaldría a ignorar las actitudes de progresiva desalienación en la base de un amplio movimiento sociocultural, en conflicto con el ordenamiento político y económico vigente y con los intereses que representa. Estas actitudes, naturalmente, se encuentran tanto dentro como fuera de las instituciones oficiales. En España, por tanto, ha habido una importante transformación de los valores tradicionales en las últimas décadas, transformación que no puede entenderse sino en la perspectiva aquí apuntada.

La conciencia de pertenencia a un determinado nivel ocupacional conlleva un cierto poder social, mediante la agrupación con vistas a la defensa de intereses comunes. La futura clase rectora y dominante en la sociedad post-industrial parece será la de los profesionales y técnicos que están tomando conciencia de su estado asalariado y alienado. Otro de los trabajos incluidos en este número de «Revista de Fomento Social» toma el pulso a la evolución de este sector ocupacional que ha sido llamado una «nueva clase obrera». Quizá su aparición, sin embargo, no signifique el declive irreversible de la clase obrera tradicional, sino más bien una suma de fuerzas en la práctica anticapitalista de clase. Según Bottomore, la hostilidad frente a las manifestaciones negativas de la cultura capitalista—decaencia e inhumanidad de la vida urbana, deterioro irreversible del paisaje, agotamiento de los recursos naturales, escepticismo respecto de la calidad de la vida de la sociedad de consumo, etc.—está presente y de manera creciente en la clase obrera tradicional. A ella contribuye, según el mismo autor, la conciencia de la desigualdad económica, la discrepancia entre las condiciones de trabajo y el ambiente en que se desenvuelve el trabajador en sus horas de ocio, especialmente por lo que toca a la responsabilidad y posibilidades de autoexpresión, lo que entraña una falta de totalidad psíquica, privilegio de las clases dominantes.

No parece que la tesis del ocaso de las ideologías—ella misma ideológica—haya encontrado eco en los sectores más activos del mundo trabajador y de sus aliados intelectuales. Es cierto, sin embargo, que las condiciones económicas más satisfactorias, tanto en el Este como en el Oeste, hacen avanzar más lentamente la toma de conciencia de clase y la actividad organizada de la clase obrera nueva y tradicional. Pero esta lentitud no justifica la adopción de un concepto reduccionista de clase social que equivalga a un espectro de inconexos grupos de intereses. Se descartaría con ello uno de los más valiosos instrumentos del análisis teórico-práctico de la dinámica social. Tal toma de posición equivaldría a bajar las armas ideológicas antes de que termine la lucha, por caer en el espejismo de creer que el poder ya está equitativamente distribuido y que la democracia social y económica ya es algo más que una meta necesaria e ideal a alcanzar en un distante futuro.

La pena de muerte: progreso abolicionista

El hecho de la pena de muerte nos interpela a los hombres como realidad fáctica que se ha dado con unanimidad extraña en tiempos y civilizaciones. ¿Valdría aquí también el «consensus universal» como prueba de su licitud? En todo caso, ante la magnitud tópica y cronológica de la realidad interpelante, la razón humana se ha encontrado a lo largo de la Historia ante el ineludible deber de analizarla para justificarla o rechazarla. Y lo ha hecho a conciencia, preocupada por el tema durante siglos y circunstancias diversísimas de culturas, desde la línea ético-moral y desde su paralela jurídico-positiva. Si alguna vez, el familiar tópico de ríos de tinta fluyendo viene aquí como anillo al dedo.

Ahora bien, y como punto de partida, ¿por qué algo tan extendido y practicado—de hecho y en derecho positivo—necesita tantas explicaciones, a pesar de las cuales la última consecuencia no aparece plenamente convincente?

DERECHO Y ETICA .ACTITUDES TRADICIONALES

Antes de cerrar, con más o menos acierto, la interrogación abierta, expondremos esquemáticamente las razones de los juristas (criminalistas, penólogos, etc.) y después las de los moralistas (filósofos y teólogos).

1. El Derecho Penal encuadra la pena de muerte entre las penas corporales, es decir, entre las que inciden en la personalidad física del condenado, en lugar de sobre su hacienda, honra, etc. La última pena tuvo enorme importancia en los sistemas penales antiguos y en ellos se aplicaba no tanto con el fin de matar al condenado cuanto de hacerle sufrir; y, además, era la persecución correspondiente a gran número de figuras delictivas. Actualmente, la finalidad queda reducida tan sólo a hacer morir al sentenciado, no a infligirle sufrimientos; y los delitos castigados con la muerte son muy limitados.

Los argumentos principales que a lo largo de distintas épocas se han esgrimido en pro de la pena de muerte son los siguientes:

a) Se trata de la única pena con verdadera eficacia intimidante para oponerse y luchar contra la gran criminalidad, ya que es a la única a la que temen los criminales en potencia, como lo demuestran las estadísticas.

b) Es el medio más eficaz para separar definitivamente de la sociedad a los elementos gravemente antisociales y peligrosos, perturbadores del mínimo orden exigido por el bien común.

c) Es insustituible por otra pena equivalente.

2. Las ciencias morales—Filosofía y Teología—justifican, a su vez, la pena de muerte con razones como las siguientes:

a) De la misma forma que es moralmente lícito al médico el amputar un miembro enfermo para salvar la vida de todo el cuerpo, puede la autoridad, encargada de la salud y del bienestar del cuerpo social, eliminar una de sus partes infectadas.

b) El principio del «no matarás» no es absoluto nada más que tratándose de un inocente, no en los casos de graves delitos, con tal de que en la aplicación de la pena de muerte se cumplan determinadas condiciones.

Con los precedentes argumentos, desde ambos ángulos, se ha justificado durante siglos la licitud de la pena de muerte; nadie dudó en los respectivos campos—jurídico y moral—de la rectitud y validez de los mismos. Ni tampoco se enfrentó a ellos la sensibilidad social, al parecer concorde con los mismos y con la aplicación de hecho, incluso profusa, de la pena capital (1).

* * *

Ahora bien, el hecho social, sin discrepancia mayor acerca de la aplicación de la pena de muerte apoyada en la razones expuestas tenidas como válidas, se resquebraja en la Edad Moderna por unas dudas iniciales que reafirman determinados argumentos subsiguientes apoyados muy pronto por un cambio simultáneo de mentalidad y sensibilidad social.

(1) Voz aislada fue la de Duns Scoto. La línea en pro de la licitud moral de la pena de muerte se mantiene sin ruptura, apoyada enérgica y ardorosamente en autoridades de tanta valía como Santo Tomás y la de los grandes juristas-moralistas del XVI y XVII, como Vitoria, Castro, Molina, entre otros muchos.

Como antes, también aquí presentaremos el balance de las razones contrarias a la pena de muerte, primero desde la perspectiva jurista y después desde la ético-moral.

1. **Perspectiva jurista.** No se trata, por parte de los que esgrimen las razones abolicionistas, de propugnar tan sólo la aplicación menos frecuente de la pena capital, de exigir mayores garantías judiciales cuando entre en juego una posible pena de muerte, de reclamar pruebas más evidentes, de realizar el proceso más sosegada y exhaustivamente o de lograr la sustitución de la última pena por otra corporal más o menos dura y duradera, sino simple y llanamente de rechazar de raíz la máxima pena. Por los siguientes motivos.

a) La pena de muerte carece de la eficacia intimidatoria y de ejemplaridad general que se le atribuye por sus defensores, como a su vez lo demuestran también las estadísticas judiciales.

b) En especial, tampoco tiene la última pena eficacia intimidatoria para ese determinado tipo de delincuentes más peligrosos, caracterizados o por su insensibilidad moral, o por su fanatismo y apasionamiento político o social, o por su profesionalidad criminal, todos los cuales, más o menos conscientemente, la consideran como un riesgo.

c) La publicidad directa o indirecta de las ejecuciones a través de los medios de comunicación social no produce escarmiento ni terror, sino más bien efecto desmoralizador e inhibitorio en la mayoría, y, en los proclives al delito, excita cierto morboso atractivo en el que sumergirse.

d) La última pena es irreparable, sin posibilidad de rectificación en el caso, no utópico, por mucho cuidado que se haya tenido en la sustanciación del proceso criminal y en sus períodos probatorios, de un error judicial.

e) Reflexiónese en el cambio de perspectiva y valoración que se da o pueda darse acerca del hecho por el que se condena a pena de muerte con el paso de los años, aquietamiento de las pasiones y serenidad más lograda de los espíritus, o, sencillamente, con una nueva concepción socio-política.

f) Por su misma naturaleza, la pena de muerte no es correccional.

2. **Argumentos de tipo más ético contra la pena de muerte son principalmente:**

a) La condena capital es un acto «impío», porque la justicia humana se arroga con él atribuciones propias del dominio y providencia de Dios; niega la inviolabilidad de la vida humana y priva a un semejante de un derecho que no le ha sido concedido por la sociedad.

b) Es un acto «inhumano», porque rompe definitivamente el lazo de solidaridad que nos une a otro hombre creado por Dios y a su semejanza.

c) Nunca se puede sacrificar una vida humana, aunque no sea inocente, en nombre del bien común y de la equidad social, porque es antes el hombre que la sociedad y la sociedad es para el hombre (2).

COMENTARIO

Como se desprende, las razones se entreveran entre sí; mejor aún, casi son las mismas, sólo que contempladas una veces por el haz y otras por el envés, según se trata de defensores o impugnadores de la moralidad de la pena de muerte (3). Por ese entrecruzamiento resultó laborioso históricamente, y nada fácil, llegar a conclusiones claras sobre el tema. Trataremos de desenredar la maraña de las posiciones contradictorias mediante una objetiva reflexión.

Para los defensores de la pena de muerte, el principio «no matarás» sólo es absoluto cuando se trata de infligir la muerte a un inocente; pero tratándose de un culpable se relativiza, como sucede en los casos de legítima defensa individual y de guerra justa. Por eso, afirman la licitud de la pena de muerte cuando la defensa del bien común y de la sociedad lo exigen como recurso último e imprescindible, guardadas todas las garantías humanas y legales para el presunto condenado.

En segunda instancia, la imposición de la pena de muerte y su licitud están moral y jurídicamente condicionadas, por lo que habrá que valorar las circunstancias que hagan o no congruente su aplicación con tal licitud de principio. Y aquí es donde ponen los abolicionistas, al menos de forma implícita,

(2) El coro de voces es cada vez mayor y aumenta continuamente. Citaremos, entre los abolicionistas, nombres como los de Beccaria, Bentham, Ferri, Lombroso, detrás de los cuales siguen hasta nuestros días numerosos autores de los campos penal, filosófico-jurídico, sociológico, psicológico, etc.

(3) Como se habrá observado, no hemos desarrollado las razones, en pro ni en contra, que dan los defensores y los abolicionistas de la pena de muerte para afianzar sus respectivos puntos de vista. No hay espacio en el reducido marco en el que nos movemos. Pero, a quien lo desee, le remitimos a cualquiera de los clásicos tratados de filosofía o de teología moral y de Derecho Penal, en donde las hallará desarrolladas.

el fulcro de su teoría: en la sociedad actual las circunstancias son tales que hacen, de hecho, ilícita la pena de muerte, aunque en sí y abstractamente sea lícita. Muchas de esas circunstancias han cambiado sustancialmente: los descubrimientos de la psicología y de la sociología hacen ver la personalidad del delincuente con otra perspectiva; nuestras sociedades avanzadas pueden proveer a la defensa del bien común sin necesidad de utilizar el último recurso; con los avances de la penología, de la criminología y de los sistemas penitenciarios, se puede recuperar cualquier delincuente para la sociedad. Circunstancia fundamental que también ha cambiado es el giro dado en la mentalidad social, en la evolución de la conciencia general y en la opinión pública de los ciudadanos que, cada vez más mayoritariamente, ven innecesaria y con repugnancia la aplicación, por muy lícita y legal que sea, de la pena de muerte. Son también circunstancias cambiadas, que habrá que tener en cuenta, las consecuencias político-sociales, tanto internas como externas, que subsigan a las ejecuciones.

* * *

El sector ético-moral, aceptando también genéricamente la licitud del principio sobre la pena de muerte, introduce elementos circunstanciales propios. Así, por ejemplo, la mayor concienciación que ha surgido en Moral tras el Concilio Vaticano II, como reacción contra el minimismo y negativismo ético precedente. Para lo que atañe a nuestro tema, prefiere la enunciación del «no matarás» en forma positiva y maximizante: «conservarán la vida», la propia y la de los demás, individual y socialmente; un énfasis mayor en la conservación de la cizaña social sin segarla hasta el último momento, que es de Dios; la toma de posición más profunda del perdón a los enemigos (individual y socialmente considerados) conforme al Sermón del Monte; penetración en el precepto del amor extendido evangélicamente a los que nos odian, a los que nos han hecho mal individual y socialmente.

* * *

La autoridad civil de distintas sociedades reconoce la licitud de la pena de muerte, y su potestad para imponerla y aplicarla legalmente, al menos como principio y según las justificadas exigencias del propio bien común (crímenes de guerra, determinados delitos comunes, traición a la Patria, atentados al Jefe del Estado, etc.). Pero la relativización, sugerida por los cambios arriba indicados, como algo moralmente lícito, en principio en el menor número posible de casos, pide la alianza

con el máximo de prudencia política, con el fácil recurso legal al indulto establecido, con la posible conmutación por otras penas corporales, con el indefinido aplazamiento de la ejecución en determinadas condiciones, con el derecho de gracia, etc. Todos estos elementos han de ser oportunamente combinados, después de sopesar el valor de la vida humana, aun culpable, la obligación de custodia del bien común y las consecuencias político-sociales derivadas de la ejecución. Porque, efectivamente, si a ninguna ley humana le incumbe reprimir todos los vicios contrarios al derecho natural, ni tampoco preceptuar o fomentar todas las virtudes conformes a tal derecho, podremos también afirmar que, aunque pudiendo condenar legal y justamente a muerte, no está obligada ninguna sociedad a tener esa pena en su legislación ni mucho menos a ejecutarla.

La docencia moral católica sostiene la licitud de la pena de muerte a lo largo de la historia (4) y, aun hoy día, las intervenciones más recientes, que recordamos por lo cercanas y referidas a nosotros, se apoyan en la petición de indulto o en las consideraciones relativizantes actuales y no en discutir el derecho de la autoridad para imponer tal pena de muerte. La decisión compete a la autoridad, después de formado el juicio, en base a las circunstancias concretas y quedando a salvo las demás exigencias morales condicionantes de la licitud, a las que antes se ha aludido. Tales intervenciones se hacen, o porque se es partidario del abolicionismo según valoración personal de las nuevas circunstancias o porque las circunstancias concretas de una comunidad conducen a creer a tal persona que la pena de muerte, en ese caso concreto, no es lícita, mantenido en pie el principio general; así lo expone a quien ha de hacer la opción en derecho, para que en el momento decisivo tenga en cuenta también tal parecer privado. Pretender otra cosa o construir distinta interpretación sobrepasaría los rectos límites doctrinales y las correspondientes atribuciones de autoridad.

CONCLUSION

Podemos cerrar ya la pregunta inicial, y con ello concluimos: se halla en disputa y necesita tantas matizaciones la licitud de la pena de muerte, porque no basta una respuesta genérica y de principio, sino la circunstanciada y condicionada por las corrientes mayoritarias de opinión en cada época concreta. La nuestra progresa claramente en un sentido abolicionista.

(4) Recuérdese el itinerario: Inocencio III, Santo Tomás, León X, Pío XI, Pío XII. (D. 425; II-II q. 64, a. 2, 3 y 4; D. 773; D. 2.245-46; AAS 44 [1952] 787...)

Análisis del cambio social *

Por Eduardo BASELGA **

INTRODUCCION

El tema del cambio social ha ocupado a los estudiosos de la sociedad desde antiguo. Los historiadores chinos pensaron en un proceso cíclico sin principio, sin fin. El universo seguía, según esta interpretación, un proceso de flujo continuo compuesto de ciclos, que variarían de acuerdo con los movimientos de los planetas. Como afirma Yen Fu, los chinos creían que el curso normal de la historia humana debe pasar de períodos de orden a otros de desorden, para volver posteriormente al orden; de períodos de prosperidad a otros de pobreza, para volver a la prosperidad, etcétera. En contraste, los occidentales han creído más en un progreso continuado que no tiene fin (1).

Como nota curiosa, quiero citar los estudios del historiador árabe Ibn Khaldun (1332-1406), quien, al explicar la desintegración del mundo islámico, sentó las primeras bases para el estudio sistemático del cambio social. En su obra, «Mugaddimah», explora los principales factores que entran en el proceso del cambio. Según los resume Charles Issawi (2):

1.º Los fenómenos sociales siguen leyes y modelos que se pueden reconocer.

2.º Estas leyes operan a nivel social, y los individuos no las pueden cambiar.

3.º Las leyes deben descubrirse resumiendo muchos datos (históricos) y observando las relaciones entre las variables.

4.º Si las sociedades son estructuralmente similares, aunque estén separadas en el tiempo y el espacio, las leyes que operan en ellas son también similares.

* Este artículo y los dos siguientes estudian diversos aspectos del cambio social en los umbrales de la sociedad postindustrial. Todos ellos fueron presentados en Reunión Interdisciplinaria sobre el tema «La configuración de la sociedad del futuro», celebrada en Zaragoza el pasado mes de septiembre. El texto completo de todas las ponencias y discusiones será recogido próximamente en un volumen que editará la Universidad de Comillas.

** Doctor en Sociología por New York University. Profesor del Instituto de Ciencias Sociales en la Universidad de Deusto.

(1) Cfr. Ssu-yu y John K. Fairbank, 1967, p. 151. Para esta nota y para las siguientes, véase la bibliografía al final del artículo.

(2) Issawi, 1950, pp. 7-9.

E. BASELGA

5.º Las sociedades se caracterizan por el cambio. Respecto a su propio tiempo, Khaldun dice: Parece que «toda la creación ha cambiado y que todo el universo se ha alterado, como si se tratase de una creación nueva y el mundo empezase a existir de nuevo» (3).

6.º Las leyes que se aplican al cambio son sociológicas en su naturaleza, no biológicas o físicas. La dinámica de la Historia sólo se puede entender en términos de los fenómenos sociales, tales como la solidaridad, el liderazgo, la ocupación y la riqueza.

Para Ibn Khaldun, el método histórico es el mejor para entender el cambio social, si se acepta que los factores que intervienen en el cambio son muchos y que deben actuar en tipos de personalidad muy diferentes.

Khaldun compara a los nómadas (beduinos) con los sedentarios, y establece como base del cambio social el conflicto de intereses. Los nómadas aspiran a la vida sedentaria, y cuando llegan a ella, los que les rigen acumulan riqueza por medio de la artesanía y el comercio, para terminar en lujos y vicios, que les incapacitan para el gobierno. El pueblo desconfía de los gobernantes, y al final es la ruina del imperio.

CAMBIO SOCIAL

Desde la muerte de Khaldun tendrían que pasar quinientos cincuenta años antes de que en 1956 se reuniera en Londres el Tercer Congreso Mundial de Sociología para tratar el tema del cambio social. L. von Wiese, señalando en este Congreso la diferencia entre cambio y evolución o desarrollo, establecía dos usos más importantes:

a) La idea de progreso entendida de una manera neutra y no tendenciosa.

b) El uso estadístico, que hace del cambio una concepción meramente cuantitativa (4).

Este autor distingue el cambio social del cambio cultural, usado fundamentalmente en relación a la técnica, y los distingue también del impacto social que se refiere a las influencias de una esfera de vida en otra, y reserva el título para denotar las alteraciones en las relaciones de hombre a hombre.

M. Ginsberg, al analizar los factores que se dan en el cambio social, en dicho Congreso de Sociología (5), entiende por cambio social «el cambio que se da en la estructura social, por ejemplo, en el tamaño de la sociedad, en su composición o en el balance de sus partes, o en el tipo de organización», y admite que los cambios artísticos o lingüísticos pueden caer dentro de la referencia de este término. Arnold M. Rose propone una definición que hace referencia exclusivamente a lo intelectual y moral: «definiríamos el cambio social como las modificaciones en los significados y valores mantenidos por la sociedad o por importantes subgrupos dentro de la sociedad» (6).

(3) Khaldun, 1907, p. 30.

(4) Actas del Tercer Congreso Mundial de Sociología, vol. 1, pp. 1-9.

(5) Vol. 1, *ibid.*, pp. 10-19.

(6) A. M. Rose: «El uso de la ley para inducir el cambio social», Tercer Congreso Mundial de Sociología, vol. 6, p. 54.

Tres puntos de interés se desprenden de estas definiciones: 1.º, el cambio social se da cuando se alteran los modelos de relación de hombre a hombre; 2.º, el cambio social exige cambio en la estructura social, y 3.º, cambio en los significados y valores de una sociedad. Esto excluye los cambios menores normales en la dinámica de la interacción humana o en la idea de progreso, tan ponderada por los autores occidentales del XIX. El reduccionismo es siempre un peligro, pero lo es más en el estudio de las sociedades vivas, en las que el cambio menor es parte de su existencia.

Un año después, en 1957, Alvin Boskoff resumía y completaba la definición de cambio social. «El cambio social se refiere al proceso inteligible en el que podemos descubrir alteraciones significativas en la estructura y en el funcionamiento de determinados sistemas sociales» (7).

Al decir «alteraciones significativas», como explica Boskoff en el contexto, se refiere a variaciones que tienen consecuencias nuevas para el sistema social. Sólo la novedad, ya sea en las ideas, en las acciones o en lo material, no implica cambio social necesariamente. El cambio se da cuando la novedad altera el sistema de modelos que hace que el grupo funcione, ya sea en su vida interna o en su relación con las realidades externas (8).

Recientemente, Guy Rocher describe el cambio social como «toda transformación observada en el tiempo, que afecta, de una manera no efímera ni provisional, a la estructura y al funcionamiento de la organización de una colectividad dada y modifica el curso de su historia» (9).

La última condición, incluida por Rocher, puede crear problemas. Qué alteraciones modifican el curso de la historia y cuáles no la modifican resulta difícil de determinar, sobre todo si se desconoce el futuro de esta historia.

CAMBIO SOCIAL Y CAMBIO CULTURAL

El término **cambio social** está muy relacionado con el **cambio cultural**. Cambio cultural lo han usado más frecuentemente los antropólogos americanos. El término cambio social ha sido más usado por los sociólogos y los psicólogos sociales y favorecido por los antropólogos británicos.

Hoy es frecuente el uso simultáneo de cambio social y cultural, y algunas veces como cambio socio-cultural. Cuando a comienzos del siglo XIX la antropología cultural empezó a diferenciarse de la Historia y de la Filosofía Social, el interés fundamental estaba en explicar el progreso del estado salvaje al civilizado. Comenzando en 1860, el trabajo dominante de la teoría fue el descubrir grandes leyes de la evolución de la cultura y de la sociedad: las obras de Morgan y Spencer son un ejemplo de esto. Desde 1896, Boas y otros se opusieron a las simplificaciones que trataban de generalizar un proceso de evolución unilineal y dedicaron atención particular a la historia específica de la cultura. Las teorías llamadas históricas y difusionistas de crecimiento y cambio de la cultura se aplicaron para reconstruir de manera atomística y mecanicista los procesos de cambio

(7) Alvin Boskoff, 1957, p. 263.

(8) Cfr. Ryan, 1969, p. 5.

(9) Rocher, pp. 414-415.

a los que se unían los de invención y difusión, juntamente con los estudios que trataban de analizar la distribución de los elementos de la cultura en las áreas geográficas.

En 1920 y después empezó a darse importancia al concepto del funcionalismo que, de algún modo, distrajo la atención del cambio cultural y que hacía énfasis en el contacto cultural o aculturación que progresó en los estudios de antropología y sociología. Así los antropólogos, que inicialmente habían estudiado el impacto de las influencias de Occidente para eliminar los elementos que se habían introducido en las culturas tradicionales que trataban de reconstruir, llegaron a reconocer que para entender la cultura era de vital importancia el tener en cuenta los acontecimientos y los procesos de cambio. Hacia 1930, los estudios de aculturación se convirtieron en el tema más importante en el análisis de la cultura. Este período se señaló también por un fuerte crecimiento de la antropología aplicada, con un número cada vez creciente de experimentos, o casi experimentos, para entender mejor los procesos del cambio.

Tanto los procesos básicos del cambio cultural como los aplicados en esta materia lograron una gran expansión durante la segunda guerra mundial; desde entonces se ha seguido trabajando enormemente, sobre todo en el campo aplicado. Cada año se publican más de 300 libros y artículos en el campo del cambio cultural.

Los estudios de aculturación han sido puestos en su perspectiva propia como uno de los tipos de mayor alcance marcados por el cambio de la cultura y por la interacción en la difusión de la cultura o la transferencia que se da entre los elementos de dos o más sistemas culturales. Otros tipos o modelos también se han tenido en cuenta, tales como los cambios en un sistema único, la urbanización, el cambio en los sistemas complejos, las sociedades grandes nacionales, los procesos de innovación, los de transferencia o reformulación y el cambio forzado por la intervención externa. Entre otros problemas de interés en la actualidad, en este campo del cambio cultural, están los de los cambios de tasas, desorganización y reorganización, el papel de los cultos y de otros movimientos dinámicos, el papel de cada individuo en el cambio, la relación del cambio a la estabilidad y, por último, la resistencia al cambio.

NIVELES DEL CAMBIO

Appelbaum, en su breve estudio sobre el cambio social, nota cuatro niveles en los que se puede dar el cambio (10):

a) Nivel de la personalidad individual: campo de la psicología y el psicoanálisis.

b) Nivel de la interacción de individuos: campo de la psicología social y de la dinámica de grupos.

c) Nivel de la interacción de grupos, comunidades o sistemas sociales: campo de la sociología.

d) Nivel de sistemas culturales: campo de la antropología.

(10) Appelbaum, 1970, pp. 2-7.

Los niveles b), c) y d) hoy no admiten una división tan clara. Como notó H. Mead, ya en los años 30, y Proshansky y Seidenberg, en 1965, difícilmente se puede estudiar el comportamiento de los individuos sin tener en cuenta el entorno (Setting) en que éste se realiza. Idea esta que defendió ya a comienzos de siglo Georg Simmel.

La distinción entre cultura y sociedad, y por tanto entre cambio social y cambio cultural, tampoco se acepta hoy día, como ya se ha dicho, aunque por fines heurísticos se conserve en algunos autores.

Históricamente tenemos evidencia de pocos cambios **sustanciales** en los modelos de convivencia humana. Cipolla anota el descubrimiento de la agricultura, que él sitúa alrededor del año 8000 antes de J.C., y la aparición de la era industrial, mediado el siglo XVIII. En ambos casos se trata de descubrimientos técnicos que facilitan el dominio y manejo de las fuerzas de la Naturaleza y que logran por difusión saltar las barreras tribales o nacionales.

Cambios menos sustanciales no han dejado de sucederse. El predominio de las diversas civilizaciones en los países del Lejano y Medio Oriente no hay duda que forzaron cambios importantes en las pautas y comportamiento de los pueblos sometidos (11).

Más cercano a nosotros está el influjo de las culturas judía, griega y latina en la creación de nuestra cultura occidental-cristiana.

Desde otro ángulo y siguiendo la orientación de Murdock y Freyer, puede hablarse de cambios aún más recientes producidos por los medios de producción.

Si seguimos la línea de los economistas, entre los que situó a Marx con papel destacado, parece claro que las diversas formas de transacciones comerciales han dado una preponderancia muy notable a los factores económicos y en concreto al dinero acumulado, en la fijación de estructuras sociales, estratificación social, ordenación del trabajo y modelos de relaciones sociales que han dominado en los últimos siglos.

Autores más recientes—siguiendo en parte la línea de Marx—han destacado el poder de otras fuerzas para crear el cambio o mantener el orden establecido. Así, C. W. Mills, Coser y Dahrendorf insisten en el significado de la política, las fuerzas armadas, los intelectuales, etc., en el proceso de cambio.

Cada uno de estos autores y sus líneas de estudio significan aportaciones de interés en esta materia. Sin embargo, sólo tienen valor si se aceptan de manera acumulativa y no exclusiva o excluyente de las otras, aunque sí se pueda afirmar que en unas épocas y situaciones o momentos del cambio alguno de estos puntos de vista parezca dominar sobre los otros.

La convivencia humana es enormemente compleja y difícilmente reacciona a un sólo factor o se mueve sólo en un sector o nivel sin que los otros sectores o niveles se alteren.

(11) Cfr. Alfred Weber, pp. 27 y 55.

RESUMEN DE TEORIAS DE CAMBIO SOCIAL

Wilbert Moore clasifica las teorías que se han formulado sobre el cambio social en cuatro categorías: rectilíneas, ondulantes, cíclicas y declinantes (12).

Ryan (1969) las clasifica por el campo de interés del autor, es decir, por las causas del cambio, tales como cambios ecológicos, demográficos, biológicos, culturales, etc.

Procesos del cambio: invención, difusión, tensiones, etc.

Dirección del cambio: donde se incluyen las lineares, cíclicas, etc.

Robert H. Lauer (1973) crea un esquema similar, aunque con claras diferencias.

Así se podrían citar otros autores, como Smelser, Guy Rocher, etc. En otras palabras, no existe acuerdo en este punto, lo que dificulta el trabajo. Convencionalmente se seguirá en líneas generales el esquema de Richard P. Appelbaum, por ser más claro y suficientemente comprensivo de las principales teorías elaboradas (13).

EVOLUCIONISTAS

Bajo el influjo de las ideas evolucionistas del siglo XIX, los pioneros de la sociología no dudaron en explicar el cambio que observaban en las diversas sociedades usando esquemas parecidos a los de los biólogos.

Evolución unilinear

Entre los evolucionistas unilineares figuran Comte, Maine y Morgan, aunque algunos aspectos de las teorías de Spencer y Toennies podrían situarles también en este grupo.

«Creo que la Historia puede dividirse en tres grandes épocas o estados de civilización, cada uno con caracteres propios en lo espiritual y en lo temporal... El primero es el Teológico y Militar... El segundo, el Metafísico y Jurídico... Y la tercera época es la de la Ciencia y la Industria» (14).

Según Comte, la raza humana, tomada como un todo o en sus elementos, «tiende instintivamente a perfeccionarse», lo que hace que «ningún intermedio pueda suprimirse, ni se pueda dar un paso hacia atrás». Por tanto, los pueblos en su línea de evolución deben pasar necesariamente por estos tres estados de progreso, ya que «existe una verdadera correspondencia entre el análisis estadístico del organismo en Sociología y del organismo individual en Biología» (15).

Comte llega hasta el extremo de definir a las familias como células sociales; a las clases, como tejidos, y a las ciudades, como órganos bio-

(12) W. Moore, 1963, pp. 33-34.

(13) R. P. Appelbaum, 1970, pp. 15-116.

(14) Comte, 1968, p. 27.

(15) Comte, 1875, p. 239.

lógicos (16). Henry Summer Maine sigue la misma orientación, destacando el paso de las relaciones basadas en el estado (**status**) patriarcal social a las basadas en el contrato (señor-sirviente).

Para Lewis H. Morgan, la evolución consiste en el paso del estado salvaje al bárbaro, para acabar en la Civilización. En esta línea se mueve también la dicotomía de F. Tönnies: **Gemeinschaft**, dominada por la voluntad natural (**Wesenville**), propia de la sociedad rural, y la **Gesellschaft**, propia de la vida urbana, donde domina la voluntad racional (**Kurville**).

Evolución orgánica

El crecimiento y progreso en las sociedades introduce variaciones que exigen especialización. Esta especialización, a su vez, exige una mayor diferenciación de roles y división del trabajo, que, sin embargo, deberá integrarse en la gran organización social. Herbert Spencer lo formuló con expresión feliz: «La materia pasa de una indefinida e incoherente homogeneidad a una heterogeneidad definida y coherente» (17). «Esta gran especialización de roles diferentes implica una gran dependencia entre ellos» (18).

Por el mismo tiempo, E. Durkheim escribía en Francia su estudio sobre la división del trabajo en la sociedad, en el que llega a conclusiones parecidas. En las sociedades menos desarrolladas, la división de funciones o roles está poco definida, lo que hace que los miembros de esa sociedad sean muy similares entre sí, lo que les da una fuerte conciencia de grupo (**Wesenville**, diría Tönnies). Cuando la sociedad se desarrolla, esta «solidaridad mecánica» se transforma en una «solidaridad orgánica», de tipo contractual (**Kurville**), en la que se aceptan diferencias entre las personas o grupos y pocas creencias compartidas (19).

Para Durkheim, el cambio de una sociedad a otra es consecuencia del aumento de la densidad moral o del número de personas que interactúan en sus funciones.

Según este autor, «la solidaridad orgánica» no puede suplir a la conciencia de grupo de «la solidaridad mecánica». En la sociedad más desarrollada, el hombre queda más aislado. La familia, la comunidad y aun la unidad territorial quedan suplantadas por el Estado, «tan intruso como impotente» (20). El hombre sin identidad comunitaria cae en un estado de anomía o de extremo egoísmo. La solución la ve Durkheim en la vuelta a una «solidaridad mecánica», por medio de una «descentralización de las ocupaciones» (21), para que las asociaciones profesionales, los sindicatos, las corporaciones vuelvan a crear la solidaridad comunitaria.

Evolución moderna

En los últimos quince años han aparecido una serie de estudios sobre el cambio social que pueden clasificarse de evolucionistas unilineares. Se

(16) *Ibid.*, 242.

(17) H. Spencer, 1950, p. 394.

(18) H. Spencer, 1892, pp. 12-13.

(19) Durkheim, 1960, capt. 2 y 3.

(20) Durkheim, 1957, p. 389.

(21) Durkheim, 1957, p. 390.

E. BASELGA

basan en las semejanzas que se dan en los procesos de industrialización o modernización entre las diversas sociedades. Marion J. Levy, en 1967, escribía:

«Los modelos seguidos por las sociedades relativamente modernizadas han mostrado una tendencia universal a penetrar en cualquier contexto social...; una vez que comienza la penetración, los previos modelos indígenas siempre cambian... en la dirección de los modelos de las sociedades relativamente modernas» (22).

Levy define la modernización en términos de la tecnología (razón de fuerza inanimada a fuerza animada, multiplicación de esfuerzo humano por máquinas). Neil J. Smelser es más comprensivo al definir la modernización, que, según él, debe incluir el desarrollo económico, técnico, ecológico, con sus repercusiones en el «todo social y cultural», es decir, en política, educación y organización familiar (23).

Wilbert E. Moore sintetiza muchas de estas ideas en su estudio de las condiciones, consecuencias y dinámica de la modernización. Destacando, particularmente, los aspectos económicos y psicológicos del proceso de modernización (24).

Todos estos autores y otros que no cito, como observadores o espectadores de una realidad, describen cambios que se dan de manera similar en los diversos pueblos. Sus categorías, un tanto generales, homogeneidad-heterogeneidad; solidaridad mecánica-orgánica, **Gemeinschaft-Gesellschaft** o predominio de lo religioso-castrense o de lo filosófico o científico y secular, son hechos que difícilmente se pueden negar y que se dan en los procesos en desarrollo técnico o económico de manera bastante similar. Tanto estas teorías, como la famosa del «**big push, take off y self-sustained growth**», de Rostow, nos dicen poco de la interacción de las estructuras sociales en oposición, de la base donde estas estructuras se apoyan, de las claras diferencias que se observan entre los procesos seguidos por unos y otros pueblos, incluso del mecanismo que subyace a todo cambio social.

Evolución multilinear

La gran diversidad cultural que han observado los sociólogos y antropólogos en los procesos de cambio o evolución seguido por los diferentes pueblos ha hecho pensar a varios defensores del evolucionismo en un modelo multilinear, que trata de describir los cambios según diferentes líneas o planos donde se dan y según los diferentes ritmos de cambio en cada plano.

Julian H. Steward, Leslie White, Marshall D. Sahling, Theodosius Dobzhansky, etc., han intentado este camino, tratando de controlar el influjo de los factores ecológicos y psicológicos en el proceso de evolución y en los diversos modelos seguidos por los pueblos en su línea de progreso.

En realidad, la diferencia de este grupo con el anterior (evolucionismo unilinear) es más de método que de fondo, y su esfuerzo no ha

(22) Marion J. Levy, 1967, p. 190.

(23) Neil J. Smelser, 1966, pp. 110-111.

(24) W. E. Moore, 1963, cap. V.

logrado formular nuevas proposiciones de interés para explicar el cambio social.

TEORIAS DEL CICLO VITAL

Incluyo en este apartado, en primer lugar, todas las teorías que han intentado explicar el proceso de cambio social refiriéndolo al cambio que se observa en la vida del hombre: crecimiento, madurez y vejez con o sin muerte. Oswald Spengler lo formuló claramente: «Las culturas son organismos, y la historia del mundo es su biografía colectiva». «Los romanos asociaban a sus conceptos de **pueritia**, **adolescencia**, **juventus**, **virilitas**, **senectus**, una representación casi matemática... Estas relaciones pueden aplicarse también a las culturas, en un sentido que nadie, hasta ahora, ha sospechado. Toda cultura, toda época primitiva, todo florecimiento, toda decadencia y cada una de sus fases y períodos necesarios posee una duración fija, siempre la misma y que siempre se repite con la insistencia de un símbolo» (25).

Spengler llega a fijar la vida de una cultura en mil años, después de los cuales la cultura se convierte en un monumento histórico sin vida. A pesar de los muchos datos históricos que acumula en defensa de su tesis, el determinismo fatalista de Spengler no se puede demostrar. Como para este autor los ciclos no tienen significado acumulativo, al final de cada ciclo la Humanidad está en la misma situación en que estaba al comienzo.

Aunque con claras modificaciones, Arnold Toynbee puede incluirse en esta línea-cíclica. La respuesta vigorosa a los retos que nacen del medio ambiente, de la organización social o de otras fuentes externas o internas explican, según Toynbee la dinámica de nacimiento y desarrollo de las civilizaciones. Las «minorías creadoras» son las encargadas de producir estas respuestas. La decadencia aparece cuando esas minorías se estancan en el poder y pierden su capacidad creadora de respuestas. El potencial de crecimiento se basa fundamentalmente en la capacidad para crear religiones superiores, por lo que Toynbee es más optimista respecto a la civilización cristiana. Contrario a lo que piensa Spengler, Toynbee afirma que la mayoría de las civilizaciones en su decadencia conservan un poco de valor, del que se benefician las civilizaciones siguientes (26).

Piritim Sorokin estudia también las culturas y trata de explicar su nacimiento, desarrollo y decadencia, examinando los diversos factores culturales que parecen dominar cada una. Así llega a formar tres supersistemas culturales, según que prevalezcan en cada esquema los sentidos, lo sobrenatural o la combinación de ambos organizados por la razón. En el primer supersistema, el sensato, la ciencia empírica ocupará el primer plano. En el segundo, el ideacional, la religión dominará a los otros, y en el tercero, el idealista, la lógica y la razón prevalecen. Estos predomios de los sentidos, de las fuerzas sobrenaturales o de la razón se van alternando en fases sucesivas, que, en parte, repiten fases anteriores y, en parte, las modifican introduciendo nuevos elementos. Sorokin piensa que los supersistemas y no los grupos, las naciones o aun las culturas, son capaces de explicar los cambios que se observan en los pueblos (27).

(25) O. Spengler, 1944, pp. 160-172.

(26) A. Toynbee, 1958, pp. 200-220.

(27) P. Sorokin, 1947, pp. 590.

E. BASELGA

Finalmente, Max Weber puede también ser incluido en este grupo, aunque la riqueza de sus aportaciones darían base para incluirle también en otros apartados. Su explicación del cambio social nace de su teoría de la acción social, que es únicamente aquella que tiene significado para el actor. En «Economía y Sociedad» describe cuatro tipos de acción social, según que estén orientadas:

a) Hacia un sistema de fines particulares de los individuos, es decir, hacia las expectativas como medio para conseguir los fines escogidos de modo racional.

b) Hacia un valor absoluto, lo que presupone creencia en el valor absoluto de algunas formas de comportamiento ético, estético, político...

c) Hacia una reacción afectiva o emocional, determinada por el estado de ánimo del actor.

d) Hacia la tradición, siguiendo los hábitos practicados por largo tiempo.

Estos cuatro modos de acción a su vez originan cuatro bases para la legitimación de un orden social:

a) Por tradición: creencia en la legitimidad de lo que ha existido siempre.

b) Por actitudes afectivas: legitima algo porque es nuevo o porque es un modelo para imitar.

c) Por fe racional en valores absolutos: legitima la entrega y compromiso total.

d) Por estar establecido siguiendo el orden legal: legitima la ley por consentimiento voluntario de las partes o por autoridad.

Para Weber, por tanto, se dan unos modelos-tipos ideales, que, como él nota, nunca se dan puros en la realidad de la acción, que funcionan dentro de los correspondientes tipos legítimos de orden u organización social. La autoridad de esos modelos o tipos de organización social adquiere su legitimidad por ley, por tradición o por carisma personal del **Leiter** (Leader). Supuesto que para Weber la autoridad (*herrschaft*) es «la probabilidad de que una orden con contenido específico sea obedecida por un grupo de personas», se requiere que ese grupo reconozca y acepte la capacidad de la persona para dar órdenes. Este reconocimiento pueden hacerlo: a) de manera racional, aceptando la legalidad de las normas y de los derechos de los que profesan autoridad según esas normas para dar órdenes; b) porque aceptan la sacralidad de unas tradiciones inmemoriales y la legitimidad de los que ejercen autoridad según esas tradiciones, o, finalmente, c) por una especial devoción hacia la santidad y valor excepcional de la persona carismática que implanta el orden revelado por él mismo. En el caso de la autoridad legal, la obediencia se da al orden legalmente establecido, que es impersonal. En el de la autoridad tradicional, la lealtad se dirige a la persona en cuanto encarna la tradición. En la autoridad carismática, la confianza en la persona del jefe y en su revelación lo llena todo (28).

(28) Max Weber, 1969, pp. 330-370.

Simplificando, para Weber, el cambio social se da y se explica por el paso de un tipo de autoridad a otro, algo que es frecuente en la historia. El jefe carismático tiende a eliminar las bases racionales y tradicionales de la autoridad, reemplazándolas por una base personal, en sí misma inestable. Crea un orden nuevo, revolucionario tal vez, que para subsistir tiene que rutinizarse por medios legales o tradicionales. Cuando esto ocurre, la dinámica del cambio disminuye o desaparece, hasta que un nuevo jefe carismático aparezca.

En sus estudios empíricos, sobre todo de religión y economía, Weber abogó por un crecimiento de tipo lineal, hacia el campo racional, con un desarrollo excesivo de la burocracia administrativa, hasta el punto de pensar que el aparato burocrático llegaría a devorar al hombre racional. Escribiendo sobre el capitalismo, llega a decir:

«Nadie conoce quién vivirá en la jaula del futuro o si al final de este tremendo desarrollo aparecerá una raza enteramente nueva de profetas o si habrá un gran renacimiento de viejas ideas e ideales o si nada de esto ocurrirá, sólo una petrificación mecanizada embellecida con una especie de convulsión de propia estima. Porque de esta última fase del desarrollo cultural es posible que se pueda decir con verdad: especialistas sin espíritu, sensualistas sin corazón, han alcanzado un nivel de civilización nunca logrado» (29).

De todo lo dicho por Weber quiero destacar únicamente su idea central sobre la legitimación en los procesos de cambio social. El pueblo, agente y paciente del cambio, es quien tiene que aceptar y protagonizar el cambio para que éste dure. Punto este sobre el que volveré después, por considerarlo de gran interés.

Dejando otras teorías de menor significado, tales como las del determinismo geográfico de Huntington y en parte de Alfred Weber, o del determinismo biológico de Gobineau y Grant, o de las ecologías de la escuela de Chicago, o la de la circulación de élites de Pareto, o las del influjo de la personalidad de Mc Cellan y Hagen, etc., trataré de resumir y discutir brevemente en los apartados siguientes la teorías del equilibrio funcional y la del conflicto social, como muestra de dos tendencias que hoy parecen prevalecer en el estudio del cambio social.

EQUILIBRIO FUNCIONAL

Desde los estudios de Malinowski y Radcliffe-Brown se ha destacado la importancia de estudiar los fenómenos sociales en términos de lo que hacen. El significado de un hecho social aparece cuando se estudia su efecto, positivo o negativo, en otros hechos sociales, o como Radcliffe-Brown lo formulaba: «cuando se estudia la contribución que cada parte tiene en el funcionamiento del todo» (30).

La orientación funcional del cambio se apoya en el concepto de equilibrio. El grupo social, como los organismos, vive en un estado de equilibrio dinámico. Las fuerzas que entran en el sistema sirven como estímulos para la innovación. El sistema social responde por un proceso de reajuste-equilibrador, para encajar estas fuerzas en la estructura y lograr que ésta

(29) M. Weber, 1958, pp. 182 ss.

(30) Radcliffe-Brown, 1952.

funcione de manera efectiva. A este juego de equilibrio se le ha bautizado con el concepto biológico de la homeostasis, que Homans define como la condición del sistema que hace que «el estado de los elementos y mutuas relaciones que entran en el sistema sea tal que cualquier cambio pequeño en uno de los elementos sea seguido por cambios en los otros elementos, tendiendo a reducir la cantidad del cambio» (31).

Esta consideración le llevó a Parsons a destacar la idea de un sistema aplicado a la sociedad en el que todos los elementos constitutivos están íntimamente conexiados entre sí, de suerte que no es posible alterar uno sin que se alteren los otros. Según esto, las sociedades deben analizarse como un todo, como un sistema de partes interrelacionadas, en el que las relaciones de causa y efecto son múltiples y recíprocas. Este sistema existe, según este autor, en estado de equilibrio dinámico, lo que hace que los cambios se realicen dentro del sistema. La perfecta integración nunca se consigue, por lo que todo sistema tiene siempre tensiones y desviaciones, que tienden a ser neutralizadas por medio de la institucionalización. Por esta razón, el cambio tiende siempre a ser lento y se realiza más frecuentemente por un proceso de adaptación que por una revolución o proceso brusco.

El sistema social, sin embargo, no se encuentra aislado, sino que es parte de un gran todo o gran sistema más amplio que incluye otros sistemas sociales. El conjunto de estos sistemas parciales posee las mismas características del sistema social antes descrito. Por tanto, las variaciones que se dan en los otros sistemas que son parte del todo afectan a cada uno de los sistemas que integran el todo.

La dificultad, tal vez, está en decidir con qué criterio definimos los límites de un gran sistema. Para Parsons, el criterio está en los valores compartidos. Todos aquellos sistemas sociales que comparten un conjunto de valores son partes integrantes del gran todo o gran sistema social.

Urgiendo más la dificultad, cabe preguntarse cuáles son los valores determinantes de un sistema social. Aunque Parsons no los define, del conjunto de su obra puede deducirse que son todos aquellos en los que se basa la estructura social.

El sistema social es un sistema particular. Lo forma un grupo de individuos interactuando, cada uno de los cuales busca maximizar su propia gratificación dentro del contexto de una cultura particular. La unidad mínima del sistema es el rol. La unidad máxima, los grupos o la misma sociedad respecto del gran todo o sistema. Los roles siguen modelos normativos, que están definidos culturalmente conforme a un conjunto de valores que dan sentido y significado a la realidad social. El conjunto de roles integrados forma la institución. Cada institución funciona como lo hace y se justifica por los valores en que se sustenta. El conjunto de todos estos elementos organizados en base al sistema de valores es para Parsons la estructura social. Dado que esta estructura social tiene vida, se encuentra siempre en un proceso dinámico de adaptación o ajuste de las partes entre sí y del conjunto con otros conjuntos dentro del sistema mayor. Esta adaptación se hace siguiendo los imperativos funcionales, que tienden a ser muy estables, ya que son la expresión de los valores que dan sentido y significado a la realidad social (32).

(31) Homans, 1950, pp. 303-304.

(32) Parsons, 1964, pp. 84-87; 1960, p. 295.

Estos imperativos son cuatro, según Parsons: proceso de adaptación, que afecta y se realiza en el área económica; proceso de fijación y consecución de fines, que es campo de la política; proceso de integración, que corresponde a la ley, y proceso de mantenimiento de modelos latentes establecidos, que se realiza principalmente en la familia como transmisora de los valores del sistema (33).

No hay duda de que en este conjunto de valores entran los religiosos, políticos, económicos y similares, ya que éstos son los que justifican las normas que definen los roles en todas las áreas de la interacción social.

Según esto y bajando a la aplicación práctica, puede afirmarse que los españoles son parte del sistema social occidental, desde el punto de vista religioso, económico, etc., aunque en otros aspectos nuestra integración en este sistema sea muy dudosa. Sin embargo, las diferencias que se observan pueden atribuirse a lo que Parsons llama proceso de diferenciación estructural, en el que los valores institucionalizados permanecen constantes, al menos los modelos culturales, aunque se den cambios en la interpretación y adaptación de los mismos. Según Parsons, el cambio social requiere el cambio de la estructura social y, por tanto, en la base, el cambio del conjunto de valores dominantes en la sociedad, que sólo cambian por la presión de factores exógenos, tales como cambios demográficos, ecológicos, técnicos o por cambios estructurales en otros sistemas sociales con los que se interactúa, o por el juego de las fuerzas endógenas del sistema.

De todo lo dicho por Parsons parece de gran utilidad el concepto del sistema social con sus múltiples interrelaciones de dependencia e influjo, y la afirmación de que no se da verdadero cambio social si el conjunto de valores permanece constante. Dado que los valores presentan una gran resistencia al cambio brusco, y tienden a prevalecer gracias al principio de la inercia, cuando no hay oposición, o a evolucionar lentamente, cuando la hay, buscando siempre un equilibrio funcional, hay que pensar que el cambio social sólo se da por evolución y reajuste, salvo en aquellos casos traumáticos en los que se cambian las estructuras sociales.

Subyacente a toda la orientación de Parsons parece que está la idea de que el conjunto de valores se encuentra en un plano intocable, dominante, capaz de determinar el funcionamiento de la convivencia social, pero en gran medida libre del influjo que la convivencia social pudiera ejercer en él.

No hay duda de que el sistema de valores creado por los hombres, una vez objetivado, adquiere un poder y capacidad de dominio que, con frecuencia, escapa al control humano. Sin embargo, parece excesivo atribuirle esa inmunidad sorprendente a todo influjo de la dinámica de la vida.

La pregunta obvia está relacionada con el proceso de influencia o causalidad: ¿Es el sistema de valores el determinante de la organización social, de la validez de las instituciones y de los correspondientes roles que definen los modelos de interrelación en la sociedad, o son estos modelos de interrelaciones sociales los que explican y definen el sistema de valores en el que encuentran justificación?

(33) Parsons, 1954, pp. 217 ss.; 1951, pp. 168 ss.

CONFLICTO SOCIAL

La segunda alternativa, defendida por Marx, tiene evidente apoyo en una serie de realidades sociales que no son fáciles de explicar si se niega esta orientación.

Los modelos de interrelaciones que se dan entre los miembros de una sociedad no dependen de la voluntad de los actores. Están determinadas por los modos de producción, que a su vez lo están por los intereses económicos. Tanto los modos de producción como los intereses económicos son los que determinan la ideología y la filosofía de las gentes. Lo que los hombres piensan no es lo que dirige la historia, sino los medios como se relacionan en la producción y para producir.

Toda sociedad, por tanto, se asienta sobre la infraestructura económica, que es la que origina la supraestructura ideológica, normativa o legal, política, familiar y religiosa. Esto le lleva a Marx, en «La pobreza de la Filosofía», a concluir que los hombres crean las ideas, las leyes, los sistemas políticos, familiares y religiosos que mejor se acomodan para justificar o cohesionar los modelos de relaciones sociales más convenientes a su sistema de producción (34).

Engels, en carta a Bloch, en 1890, concede que, aunque la base hay que situarla en los modos de producción, sin embargo, también la supraestructura ejerce de hecho influjo en el desarrollo de las luchas históricas y en muchos casos llega hasta determinar su forma (35). Con esto quiero indicar que el atribuir a Marx un exclusivismo intransigente en esta materia no sería justo.

La contradicción entre las fuerzas de producción, sean éstas la gente o los instrumentos o los modos, incluso la organización de la producción, por una parte, y por otra, las relaciones sociales que tales fuerzas producen parecen ser en la teoría de Marx la causa del cambio social. En un momento dado, las relaciones sociales pueden contradecir las fuerzas de producción; por ejemplo, cuando desposeen al productor del esfuerzo de su trabajo o de la propiedad de los medios de producción para adueñarse del producto en beneficio de un sector de la población. Caer en la cuenta de esta contradicción significa adquirir conciencia de una situación real que afecta a amplios sectores de población. La conciencia compartida crea la clase, que adquiere fuerza a medida que la conciencia se extiende y penetra en la gente. Dado que la clase desposeída sufre todas las cargas, sin gozar de los bienes, mientras que las minorías burguesas gozan de los beneficios, sin sufrir las cargas, el conflicto es inevitable. Este conflicto, en la visión de Marx, llevará a la destrucción del sistema capitalista por medio de la revolución, que cambiará la estructura capitalista, hasta cambiar la sociedad clasista en una sociedad sin clases y aun sin Estado, al menos sin el Estado que se identifica con la clase dominante.

Este resumen muy simplificado de la teoría de Marx puede ayudar a entender el punto de partida y la orientación de esta teoría, que interesa como respuesta a la alternativa que se presentó antes.

Como manera práctica de forzar el cambio social, no hay duda de que resulta más operativo y manejable el camino de Marx que el de la

(34) Marx, 1920, p. 119.

(35) Marx and Engels, carta, p. 498.

escuela del funcionalismo estructural. La alienación impugnada por Marx es fenómeno demasiado inmediato al productor y con el que fácilmente se siente identificado. Llevar a las masas desposeídas la conciencia de su poder y fuerza, no como personas aisladas, sí como frente unificado, para alterar el orden establecido y obligar a los poderes dominantes a cambiar la distribución de bienes, los títulos de propiedad y la misma estructura social en cuya base se encuentra el sistema de valores, ha mostrado ser camino eficaz para la creación de los sindicatos y la reivindicación de los derechos del trabajador.

Atribuir a Marx el descubrimiento de este poderoso agente del cambio social no respondería a la realidad. La historia del sindicalismo europeo muestra su anterioridad en el tiempo y en el uso de estas técnicas. Marx dio consistencia teórica y levantó al rango de los principios lo que los activistas de fines del XVIII y comienzos de XIX ya practicaban en Inglaterra y Francia (36).

La teoría de Marx mostró cómo pueden cambiarse las ideas y los valores partiendo de la base operativa. Sólo que en esta base operativa no se manejaban hechos tales como las interrelaciones sociales, sino la **ideología, los valores** que soportaban esos modelos de interrelaciones sociales. Dicho de otra forma, a la interpretación de la realidad social patrocinada por los capitalistas se oponía otra interpretación más de acuerdo con la naturaleza original.

Lo que estaba en juego era una ideología combatida por otra ideología; un sistema de valores frente a otro sistema de valores.

Esto confirma la idea de que el cambio social para realizarse tiene que moverse al nivel de las ideas y de los valores, lo que hace pensar que las ideologías no son supraestructuras adicionales y superficiales, sino fuerzas básicas en la compleja organización y funcionamiento de la convivencia social.

Sin embargo, Marx destacó algo tan viejo como la igualdad de derechos, la fuerza y poder del grupo humano cuando comparte una conciencia común, y el efecto enormemente eficaz de la denuncia o crítica de unos hechos abusivos, camuflados en el ropaje de unas ideologías defendidas por los beneficiarios de la situación. Y lo destacó en el momento oportuno y con la fuerza aplastante de su expresión.

En algún modo logró romper la inviolabilidad de un sistema de valores que parecía intocable y completamente a salvo de las luchas rastreras por el pan y la vida que atormentaban a las gentes del trabajo. Llevar al campo de la lucha esas ideologías no ya en el plano académico, sino en el nivel popular de las masas, es mérito que sólo hombres con la fuerza y convicción de este alemán pueden alcanzar.

La lección que puede desprenderse de todo lo dicho es que usando elementos muy concretos, con una base de verdad en la realidad social, con una respuesta muy uniforme en amplios sectores de la población y con un respaldo ideológico y de valores aceptable para esa población, puede provocarse o forzarse el cambio social, si no por la revolución violenta, ya que ésta rara vez logra su cometido, sí por un trabajo de **input-output**, forzando compromisos progresivos que acelerarán el cambio de estructuras.

(36) Cfr. Baselga, 1964, pp. 316-322.

Por tanto, nos encontramos frente a dos enfoques opuestos en apariencia, complementarios en realidad. Ambos tratan de explicar el cambio social, no meramente desde la perspectiva del observador, sino entrando en el juego del proceso.

Marx, anterior en el tiempo, dirigió todo su esfuerzo a la creación de las internacionales, y en los últimos años de su vida y ante los fracasos sufridos en la Europa Occidental, se dio al estudio del ruso, país donde, acertadamente, pensó podría triunfar. Lenin continuó la obra, aunque su visión universalista le hubiera impedido realizarla si Stalin, en 1913, en Austria, no le hubiera hecho aceptar el concepto nacionalista como punto de partida.

Esta discusión de las divisiones nacionales tiene interés porque nos descubre la conciencia que ya existía en Marx y Engels, pero que adquirió nueva fuerza en Lenin, de la mutua dependencia de los pueblos en su dinámica estructural. La idea de Parsons sobre la interdependencia de los sistemas sociales es sólo una nueva expresión, más explícita y más feliz, de la convicción de Lenin de que el comunismo sólo podría imponerse si se realizaba simultáneamente en todos los países. Idea que, como ya he dicho, Stalin, con los pies anclados en la arena de la lucha, no dudó en combatir como utópica e irrealizable.

Aunque aún es pronto para juzgar, cabe pensar que la historia no le ha negado razón a Stalin. La realidad de los países del Este de Europa y de la China comunista puede explicarse, con sus más y sus menos, tanto por el volumen de estos bloques como por su capacidad de autosuficiencia. El caso de Cuba resulta más difícil de explicar, si se insiste en la mutua dependencia de los sistemas sociales. Su situación geográfica (bajo el influjo de U.S.A.) y la limitación de recursos propios hubieran obligado a pensar en un fracaso sin solución. Los datos parecen indicar que es mayor el influjo ejercido por Cuba en U.S.A. que a la inversa. El caso requeriría un análisis detallado, que está fuera de propósito. Baste sólo indicar que la teoría de Parsons sobre la mutua dependencia y mutuo influjo de los sistemas sociales no siempre se cumple.

Como ya se indicó antes, en la línea de Marx han teorizado los patrocinadores de la teoría de que el conflicto social es una realidad presente en todo grupo humano. Sus diferencias con la teoría de Marx son más de matiz que de fondo. Ralf Dahrendorf, aunque rechaza la base filosófica de Marx, acepta de Marx el aspecto heurístico de la clase como el mejor instrumento para explicar el conflicto. Pero Dahrendorf define la clase en términos de las relaciones de autoridad, no de propiedad. Los que poseen autoridad, por la razón que sea, tienen interés en mantener el *statu quo* que les sitúa en posición de privilegio. Por el contrario, los que carecen de autoridad desean y buscan el cambio de situación para obtener los roles de dominio (37). Se presupone, por tanto, que:

1. La mayoría de la población aspira a desempeñar los roles de autoridad, poder y dominio.
2. Que una vez que los consiguen, tratan de conservarlos oponiéndose al cambio.
3. Que existe una oposición entre los intereses de los que poseen autoridad y los de los que carecen de ella; y

(37) Dahrendorf, 1966, pp. 165-205.

4. Que el conflicto entre los grupos de interés lleva al cambio en la estructura de las relaciones sociales.

En la misma línea se mueve C. W. Mills, aunque avanza al afirmar que el móvil dominante en los grupos constituidos en poder no es el servicio del pueblo, sino el servicio y defensa de los intereses propios del grupo (38).

INTERPRETACION Y REALIDAD

El problema con todas estas teorías está en la falta de comprobación experimental y en la dificultad de lograr una verificación fiable y que admita generalizaciones como las que hacen estos autores. Marx fue consciente de este problema y, en los últimos años de su vida, publicó en el número 5 de la «Revue Socialiste» (20 de abril de 1880), el texto de una encuesta obrera, que consta de 101 preguntas, la mayoría con múltiples subpreguntas muy complejas y difíciles de responder. Aunque la técnica del cuestionario sea muy pobre, lo que aquí interesa destacar es el significado de este deseo de Marx por conseguir datos con que comprobar su teoría. En los noventa años que nos separan del intento de Marx, se han conseguido multitud de datos, a través de las estadísticas nacionales, con las que hoy resulta fácil responder a muchas de las preguntas formuladas por Marx. Desgraciadamente, los datos no existen cuando se trata de establecer el significado de la conciencia de clase, las actitudes de la gente respecto a su propio grupo o a los grupos opuestos, su reacción frente a los modelos de interacción social derivados de los modos de producción, o de la estructura de autoridad, etc. Nuestra situación en sociología es similar a la del médico que sólo con los datos de una observación externa quisiera diagnosticar un tumor interno. Evidentemente, la sociología no es biología, pero tampoco es filosofía.

Einstein escribió en una ocasión:

«En nuestro esfuerzo por entender la realidad estamos de algún modo como el hombre que tratase de entender el mecanismo de un reloj cerrado. Ve la esfera y la manecitas moviéndose, incluso oye el *tik-tak*, pero no tiene medio de abrir la caja. Si es ingenioso, puede esbozar algunos dibujos de un mecanismo que podría ser responsable de todas las cosas que observa, pero nunca podrá estar completamente seguro de que su dibujo es el único que podría explicar sus observaciones. Nunca será capaz de comparar su dibujo con el mecanismo real y no podría ni aun imaginar la posibilidad o el significado de tal comparación; sin embargo, cree ciegamente que a medida que su conocimiento aumente, su dibujo de la realidad se simplificará más y más, a la par que explicará cada vez mejor sus impresiones sensoriales.» (39).

En todos los esquemas presentados anteriormente, los diversos autores han tratado de esbozar un dibujo de una realidad que observamos, pero que permanece cerrada. Ninguno de los esquemas puede responder de todos los fenómenos y procesos que se manifiestan en el cambio social.

(38) C. W. Mills, 1963, pp. 198 ss.

(39) A. Einstein y L. Infeld: *The Evolution of Physic*, New York, Simon and Schuster, 1938, p. 33.

Las comparaciones con otras ciencias, la biología, por ejemplo, no valen, porque las diferencias son manifiestas. Las elucubraciones filosóficas, si no se basan en la realidad de los hechos, explican poco de esa realidad. El estudio exclusivo de los hechos poco nos dice de las fuerzas misteriosas que los mueven. Para analizar y explicar los cambios que observamos en los modelos significativos de interrelaciones sociales, se requieren los hechos y la teoría tentativa hasta lograr una que cuadre con la realidad y admita un nivel de generalización satisfactorio.

DATOS NEUTROS

Hoy contamos con algunos hechos recurrentes, que permiten teorizar y que están presentes en los procesos de cambio, tales como que la urbanización altera la estructura familiar; que la organización del trabajo industrial rompe la dependencia de unos bienes patrimoniales; que los medios de comunicación facilitan y, tal vez, fuerzan el intercambio cultural; que la organización burocrática limita las relaciones personales en la producción o en el trabajo; que el progreso de la ciencia desacraliza la tradición y debilita la fuerza del misterio; que la falta de función de los valores termina por desprestigiarlos; que las generaciones mayores se angustian más ante los cambios que las generaciones jóvenes; que el sistema de valores tiende a prevalecer aun cuando su función ya no exista; que en toda sociedad que subsiste se da un orden en la distribución de roles y una eficacia, al menos mínima, en el funcionamiento de sus instituciones, y que este orden y esta eficacia se alteran cuando se da el cambio social; que las tensiones y conflictos en mayor o menor grado están presentes en la mayoría de las comunidades humanas cuando se produce cambio; que los cambios en un sector de relaciones humanas con significado difícilmente quedan aislados, etc.

He tratado de formular algunas proposiciones que no implican necesariamente un juicio de valor. Son hechos, en sí mismos neutros, y que dicen poco, fuera de que son diferentes de otros hechos que observamos. Sin embargo, son hechos recurrentes en los procesos de cambio y que si no nos explican **por qué** se produce el cambio, al menos nos sugieren **cómo** funciona o se crea el proceso de cambio.

INTERPRETACION

¿Puede afirmarse que estos hechos son responsables del cambio social? Evidentemente, no, y aquí entra la teoría o interpretación, que trata de dibujar un esquema que los explique.

El determinismo ecológico, biológico, psicológico o de otro tipo sería una solución fácil, pero que en realidad no se confirma, aunque un cierto influjo no se le pueda negar. Como tampoco se puede negar que se da una cierta tendencia a la evolución, que a veces queda rota inesperadamente. Que algunos conflictos crean y fuerzan el cambio es innegable, como también lo es que el orden y el juego de la homeostasis se da en las sociedades, o que en la historia de los pueblos se dan ondulaciones en las que parecen repetirse situaciones que ya se dieron.

Todas estas variables y otras muchas entran en la alteración de la complicada trama de las formas de convivencia e interrelación humana.

ORDEN LEGAL Y LEGITIMO

Partiendo del hecho de que en toda sociedad que funciona se da un mínimo de orden establecido y regulado por la tradición, la ley, la política, etc., que está respaldado por el sistema de valores, cabe pensar que los ciudadanos lo aceptan por costumbre, por rutina, por falta de otro, o por su buen funcionamiento y por sentirse identificados con los principios que rigen ese orden. En otras palabras, conviene distinguir entre dos niveles o planos en la convivencia humana: el plano legal y el legítimo. Todo lo establecido por la ley y que en teoría refleja el orden más conveniente a un sistema dado, sea éste religioso, económico, cultural, político, etc., sólo adquiere legitimidad cuando el pueblo lo acepta. La aceptación del pueblo no siempre se produce por el mismo proceso. La inmadurez política o psicológica o de otro tipo de un pueblo puede incapacitarle para pronunciarse positiva o negativamente respecto a un orden establecido. El hecho de que no se pronuncie, pero se someta, implica una aceptación tácita, al menos, y, por tanto, una legitimación del orden existente. Una legitimación explícita puede darse en unas elecciones libres y honestas. No todo el pueblo votará del mismo modo, pero todo el pueblo aceptará el juego del sistema y esto basta para que la legitimación se dé (40).

LOS VALORES

En estos casos, el problema está en decidir por qué el pueblo acepta y legitima o reprueba y sanciona negativamente un orden existente.

Desde mi punto de vista, que queda abierto a discusión, el pueblo, todo pueblo, se siente identificado con un sistema de valores, un modo de entender la vida y el mundo (*Weltanschauung*), compartido, y que le da el sentido de integración verticalmente en la coordenada de la historia, y horizontalmente en la de la convivencia presente. Esta orientación compartida le da la seguridad de entender y ser entendido; le da un sentido a su vida y actividad, y le capacita para funcionar coordinado en el entorno. Cualquier cambio básico en el **statu quo** crea problemas de orientación e identidad, tensión y conflicto, sobre todo, cuando el sistema de valores que daba sentido a su vida aparece en crisis. Mientras esto no ocurre, los cambios tienen poca trascendencia y se mueven sólo en la superficie, con el riesgo de no durar por falta de base.

En este sentido debe aceptarse, por una parte, que el sistema de valores puede ser una poderosa fuerza de resistencia al cambio, y por otra, un poderoso agente de cambio. En cualquier caso parece claro que un cambio que no perturbe ni altere el sistema de valores carecerá de verdadero significado en la convivencia humana. Por el contrario, un cambio que implique la sustitución de un sistema de valores por otro no será fácilmente aceptado y legitimado por el pueblo.

La industrialización o la urbanización comportan cambios en la forma de vida y en los modelos de interacción que tienen profundas repercusiones en el modo de entender la familia, la dependencia o autonomía económica, el sentido de la religión, etc. La centralización del poder y el control nacional que se ejerce desde ese poder central y que se introduce en la Europa Occidental a partir del siglo XVIII, debilita o destruye el sentido

(40) Baselga y Urquijo, 1974, pp. 73-90.

E. BASELGA

de comunidad vecinal de los pequeños pueblos, que daba sentido a su organización económica, política y aun religiosa. La organización burocrática, que se inicia de manera clara en el XIX con el capitalismo, deshace los sistemas de pequeña producción y mercado artesanal, privando a grandes masa del sentido de propia realización en el trabajo y aun del significado del propio trabajo.

En otro orden de cosas, los cambios religiosos operados en los últimos años han abierto la puerta a un libre mercado en este campo, que rompe el monopolio en la interpretación del bien y del mal, de lo ortodoxo y lo heterodoxo, lo que hace que muchos valores con evidente conexión con los religiosos hayan entrado en profunda crisis. Piénsese en la trascendencia que pudo tener la desacralización del poder real, cuando se dio en e' acatamiento y sumisión a una autoridad intocable hasta entonces.

VALORES Y RELIGION

Tal vez porque los valores dan sentido y significado a la vida y al mundo, están profundamente relacionados con la dimensión religiosa. Desde este punto de vista, si los valores están en la base de la cultura de los pueblos, la religión está en la base de esa cultura. Si se acepta esto, parece claro que se dé una gran interdependencia entre la religión y la cultura. Esto sugiere que no se dará un cambio cultural sin un correspondiente cambio religioso. Como ejemplo estaría el caso de China en los tiempos del P. Ricci. La inflexibilidad de Roma tal vez cerró definitivamente la puerta para que las grandes masas orientales se cristianizaran. Fenómeno que no es exclusivo de los católicos, ya que los protestantes tampoco han logrado sobrepasar la dimensión y la condición de **ghetto** en sus comunidades orientales. En claro contraste está el caso de la América Latina, donde los conquistadores y colonizadores impusieron sin paliativos su cultura y religión. Africa, en cambio, según afirma David B. Barrett, que al comienzo del siglo sólo contaba con un 3 por 100 de cristianos, llegará a casi el 50 por 100 para finales de siglo. Los drásticos cambios culturales que ha experimentado este continente parece que tienden a seguir los moldes culturales de los países occidentales, lo que conlleva y facilita la aceptación del cristianismo.

Como es fácil de apreciar, las consecuencias de aceptar esta interpretación teórica son muy grandes. (Los estudios realizados sobre la introducción del protestantismo en Puerto Rico parecen confirmar plenamente esta teoría.)

RELIGION Y CULTURA EN EL CAMBIO SOCIAL

Según todo lo dicho, quiero destacar el significado que tiene en el cambio social el cambio en el sistema de valores culturales. No son la religión, ni la economía, ni la política, las que dan consistencia al cambio social, sino el sistema de valores, aunque todas ellas puedan provocar, impulsar o cohonestar el cambio.

Esta teoría modifica, en parte al menos, la tesis de Max Weber, según la cual el protestantismo fue el responsable del cambio que se operó en el mundo anglosajón a partir del siglo XVII.

Ernst Troeltsch dice en su comentario a esta afirmación de M. Weber:

«En mi opinión, Weber probó completamente su caso, aunque, tal vez, debería haber destacado más que el carácter especial del ascetismo reformado fue determinado, al menos en parte, por las condiciones especiales de la situación comercial en los países occidentales y muy especialmente por la exclusión del derecho a disentir en la vida política, con todas sus oportunidades y responsabilidades; lo mismo que, por otra parte, la visión tradicional luterana ganó fuerza durante el declive económico de Alemania» (41).

Troeltsch valora con preferencia el influjo del mundo profano, en especial del económico y político, en el religioso.

Christopher Dawson es aún más explícito:

«Bajo los temas teológicos que dividen al catolicismo y al protestantismo está el gran cisma cultural entre el Norte y el Sur de Europa, que se hubiera dado igual aunque la cristiandad no hubiera existido nunca, pero que al existir hizo que el cisma se trasladase al campo religioso» (42).

La revolución cultural creada por el Renacimiento, que marcó la transición del Medievo a los tiempos modernos, exaltó el valor del humanismo, desencantó el mundo—«*Entzauberung der Welt*»—, que decía Weber, y desafió la intocable sacralidad de la Iglesia de Roma, provocando el cisma de Occidente. La Reforma estableció nuevas comunidades libres e independientes, que se atribuían la auténtica representación de la «Ecclesia» frente a Roma. Estas comunidades rechazaron la autoridad exclusiva del Papa como Vicario de Dios en lo temporal.

La Reforma protestante no fue sólo un movimiento de protesta, sino una respuesta racional a los muchos tópicos que se discutían desde el cambio cultural creado por el Renacimiento. La Reforma nació con la nueva cultura de los tiempos modernos y se identificó con esta cultura en los países donde esta cultura prosperó más. Ciertamente que esta cultura incluye todos los cambios en economía, producción industrial y descubrimientos científicos. Todos ellos, subrayando el significado de los valores terrenos llevados a primer plano por el Renacimiento, ayudaron a explicar algunos de los secretos inaccesibles a las mentes medievales y rompieron el misterio sacralizado de la institución religiosa. La Reforma protestante ganó terreno progresivamente, al identificarse con la cultura moderna. Identificación patrocinada en esos países por los poderes políticos, ya que, como nota Wach:

«En todas las naciones europeas, el viejo lema "cuius regio, eius religio" o "une loi, une foi, un roi", permaneció válido y el gobernante determinó el credo de sus súbditos» (43).

Para que los súbditos aceptaran la religión del Estado se usó la fuerza (44), como en otros países se usó la fuerza para que los súbditos no abandonaran el catolicismo romano.

Este breve ejemplo puede valer para mostrar lo que aquí se ha querido decir: la religión y la cultura están íntimamente relacionadas y tienen

(41) Troeltsch, 1931, p. 138.

(42) Dawson, 1956, p. 83.

(43) Wach, 1962, p. 328.

(44) Cfr. Swanson, 1967, y Leonard, 1965, vol. II, pp. 172-358.

que aceptarse mutuamente para poder convivir. Cuál de las dos ejerce más influjo en el cambio de la otra es cuestión que debe dilucidarse con hechos, no con disquisiciones teóricas. Parece claro que el cristianismo en los primeros siglos ejerció influjo para que se cambiaran las costumbres paganas de Roma, aunque tampoco parece dudoso que el «*ius ecclesiasticus*» en su origen y en su método debe mucho a la jurisprudencia romana. La cultura moderna, que desarrolla la era industrial, tuvo un perfecto aliado en la Reforma protestante, que cohesionaba el sistema de valores dominante en esta cultura. Desde este punto de vista, no es la Reforma protestante la creadora del cambio social que se observa en los siglos XVIII y XIX, sino el aliado que da un respaldo religioso al cambio que se hubiera operado con o sin Reforma, y que ya se había iniciado en el Renacimiento.

En definitiva, el cambio de valores precedió en el arte, en la literatura y en general en la orientación cultural que introdujo el Renacimiento. La expresión de este cambio coincidió con la protohistoria de la era industrial. Recuérdesse que la concentración de capitales que se había iniciado en el siglo XIV en los mercados de Brujas, Amsterdam, Amberes, Londres, aparece de manera clara en los siglos XV y XVI en las casas comerciales de Italia, Alemania y Holanda y en las Compañías de Indias, que extienden los sistemas de monopolios. La primera ley en favor de los monopolios se dio en Alemania, el 10 de marzo de 1525, año en que se casó Lutero (45). Con esto quiero indicar que todo el cambio que significa el sistema capitalista estaba ya en marcha cuando apareció el protestantismo. Más bien cabe pensar que el protestantismo encuentra buena acogida porque el sistema de valores ya había entrado en un proceso de cambio, que ni Trento, ni los esfuerzos posteriores de la Iglesia lograron parar.

MECANICA DEL CAMBIO

El punto siguiente se relaciona con el modo como se cambia el sistema de valores. ¿Por intercambio de culturas, por evolución, por conflicto, por compromisos de reajuste? Todo puede ayudar y en cada caso habrá que ver cuál es el cauce dominante.

Sin embargo, pienso que lo decisivo es que el pueblo acepte y legitime. Para esto, el considerar los valores como una respuesta a necesidades humanas puede ser de interés. En el esquema y teoría de Maslow, las necesidades humanas se organizan en planos. Hasta no estar satisfechos, al menos parcialmente, los inferiores, que se refieren a las necesidades más elementales, no entran en juego los superiores. Superados los tres primeros planos de necesidades fisiológicas, de seguridad y de amor o afecto, aparece la necesidad de estima y la necesidad de propia realización. El hombre estimado es respetado, sus opiniones son tenidas en cuenta y su pertenencia al grupo es altamente valorada. Caso contrario, el sentimiento de inferioridad aparece, con las secuelas de rencor hacia el grupo que no le concede el rango correspondiente. Aparte de las razones psicológicas, que pueden influir en la aceptación o rechazo de una persona en el grupo, puede pensarse que el criterio de estima social está determinado por unos cánones que responden al sistema de valores dominante en el grupo. El *hippie* es aceptado y estimado por amplios sectores de la juventud, y rechazado mayoritariamente por las poblaciones maduras. El

(45) Cfr. Baselga, 1964, pp. 150-155.

criterio hay que relacionarlo con los diferentes sistemas de valores de cada sector o tipo de población.

«Lo que un hombre puede ser, debe serlo.» Con estas palabras indica Maslow su pensamiento respecto al último plano de su esquema. Es decir, todo hombre debe tener, al menos en un cierto grado, la posibilidad de realizarse de acuerdo con sus capacidades y con los **standards** sociales que se presentan como asequibles. Evidentemente, este plano permite un margen de frustración mayor, pero, a la par, impone unas barreras mínimas, que deben superarse. El contraste con desigualdades sociales manifiestas y legalizadas, la clara diferencia entre una teoría de igualdad de oportunidades y una práctica de monopolios del poder y de la riqueza estimula el rechazo por parte de la población alienada de unas estructuras y un sistema de valores que coherente y soporta tal situación. También aquí se trata de formas encontradas de entender la vida, la distribución de las riquezas y, en definitiva, la organización y sistema social, que impide el que las gentes alcancen ese grado mínimo o conveniente de propia realización, que la propaganda, el contraste con otros sectores de población y tal vez aun la misma ley estimulan.

Desde este punto de vista, parece que hay dos niveles que deben tenerse en cuenta en el estudio del cambio social: por una parte, las necesidades de la población; por otra, el sistema de valores en que se sustenta la estructura social y que debe dar respuesta adecuada a esas necesidades. El ignorar cualquiera de los dos o el no valorarlos en su auténtica dimensión, pienso que puede llevar a graves errores. Si las necesidades no existen o están satisfechas [dato experimental] es inútil combatir para cambiar la estructura existente en el nivel de los valores. Si los valores y la estructura no responden a las necesidades existentes, parece inútil el querer mantenerlos. Por fuerza se podrá conseguir durante un tiempo; pero si el pueblo no lo legitima, los esfuerzos fracasarán. Cuando digo «pueblo», no me refiero a la minoría política, que diría Lenin—minoría respecto a la masa de población, aunque sea mayoría en los grupos de presión y poder—, sino a la mayoría de la población.

Esto supuesto, resulta claro el influjo que los sistemas de educación tienen en el proceso de crear inquietudes y necesidades y de llevar a la conciencia de las gentes el sentido de frustración por medio de la denuncia crítica de males o deficiencias reales, pero tal vez inadvertidas. La juventud que llena las escuelas y universidades no está anclada en el sistema de valores dominante en la población adulta, se encuentra en situación de tránsito y, por tanto, libre de las responsabilidades o compromisos contraídos por sus mayores, y en mejor disposición, es de suponer, para innovar y experimentar.

En segundo lugar, tampoco parece ofrecer duda el influjo que los medios de comunicación puedan ejercer en la mentalización de un pueblo.

En tercer lugar, yo sitúo los grupos de presión cuando poseen la fuerza para imponer su poder y forzar el cambio, casos de Lenin y Castro, o cuando, al menos, tienen la capacidad de denunciar males reales. Y eso, aunque no sean capaces de encontrarles solución. La mera denuncia del mal, contrario a lo que se suele pensar, hace intolerable la situación y fuerza a los que poseen la autoridad o el poder a arbitrar soluciones para conservarlo.

Desde mi punto de vista, evidentemente discutible, los cambios en la economía, las innovaciones en la técnica, los avances en la ciencia y

aun las innovaciones en los sistemas de producción y consumo, las variaciones en las tasas de urbanización, los cambios ecológicos, etc., pueden ser y han sido históricamente ocasión para que se inicien procesos de cambio social. En algunos casos, la homeostasis, que diría Parsons, logra devolver el equilibrio a la comunidad. Los cambios se reducen a procesos de ajuste interno (reciclaje). En otros, el conflicto explota y rompe los moldes de la estructura. Mi explicación, elemental y simple, es que esas alteraciones en la economía, en la técnica o en el urbanismo o ecología son la ocasión que crea las circunstancias favorables para cuestionar el sistema de valores donde se sustenta la estructura social. Tal vez sea una minoría quien se lo cuestione. Si la minoría tiene capacidad para mentalizar a la masa de población, se extenderá la conciencia de necesidades o derechos no satisfechos por el sistema de valores imperante. Tal vez, estos valores no se cuestionen directamente, sino a través de la estructura y orden social establecidos. Ni se precisa que sea toda la estructura social sometida a juicio. Basta que lo sea una parte con significado sustancial. Cuando el pueblo adquiere conciencia o se mentaliza, dejará de aceptar y hará ilegítima la estructura social existente.

Sin esto, los cambios serán menores y no alterarán sustancialmente el orden existente.

NOTA BIBLIOGRAFICA

- Appelbaum, A.: **Theories of Social Change**, Chicago, Markham, 1970.
- Baselga, E.: **Estudios de Sociología Industrial**, Madrid, Aguilar, 1964.
- Baselga, E., y Urquijo, S.: **Sociología y Violencia**, Bilbao, Universidad de Deusto, Mensajero, 1974.
- Boskoff, A.: «Social Change: Major Problems in the Emergence of Theoretical and Research Foci», en Howard Becker and Alvin Boskoff: **Modern Sociological Theory in Continuity and Change**, New York, Holt, Rinehart and Winston, Inc., 1957, chap. 9.
- Comte, A.: «El progreso de la Civilización a través de tres estadios», en Amitai Etzioni y Eva Etzioni: **Los cambios sociales: Fuentes, tipos y consecuencias**, trad. F. M. Torner, México, Fondo de Cultura Económica, 1968, pp. 24-28.
- **System of Positive Polity**, vol. 2, «Social Statics», London, Longmans, Green, 1875.
- Dahrendorf, R.: **Class and Class Conflict in Industrial Society**, Stanford, Cal., Stanford University Press, 1966.
- Dawson, C.: **Dynamics of World History**, New York, Sheed and Ward, 1956.
- Durkheim, E.: **De la división du travail**, Paris, PUF, 1960.
- **Suicide**, New York, Free Press, 1957.
- Homans, G. C.: **The Human Group**, New York, Harcourt, Brace and World, 1950.
- Issawi, Ch.: **An Arab Philosophy of History: Selections from the Prolegomena of the Ibn Khaldun of Tunis**, Londres, John Murray, Ltd., 1950.
- Khaldun, I.: **The Mugaddimah: An Introduction to History**, trans. Franz Rosenthal, ed. N. J. Wawood, Princeton, Princeton University Press, 1967.

- Lauer, R. H.: **Perspectives on Social Change**, Boston, Allyn and Bacon, Inc., 1973.
- Leonard, E.: **A History of Protestantism**, London, Nelson, vol. II: «The Establishment», 1965.
- Levy, M. J.: «Social Patterns (structures) and Problems of Modernization», en W. E. Moore and R. M. Cook, ads.: **Readings on Social Change**, Englewood Cliffs, N. J. Prentice Hall, 1967.
- Marx, K., and Engels, F.: **Selected Correspondence**, Moscow, Foreign Languages Publishing House (sin fecha).
- Marx, K.: **The Poverty of Philosophy**, trans. H. Quelch, Chicago, Charles H. Kerr, 1920.
- Maslow, A. H.: **Motivation and Personality**, New York, Harper and Row, 1970.
- Mills, C. Wright: **Power, Politics and People**, ed. Irving L. Horowitz, New York, Oxford University Press, 1963.
- **The Power Elite**, New York, Oxford University Press, 1956.
- Moore, W.: **Social Change**, Englewood Cliffs, N. J., Prentice-Hall, 1963.
- Parsons, T.: **Essays in Sociological Theory**, New York, Free Press, 1954.
- **Societies: Evolutionary and Comparative Perspectives**, Englewood Cliffs, N. J., Prentice-Hall, 1966.
- **Structure and Process in Modern Societies**, New York, Free Press, 1960.
- **The Social System**, New York, Free Press, 1951.
- «Una teoría funcional del cambio», en A. Etzioni y E. Etzioni: **Los cambios sociales**, trad. F. M. Torner, México, Fondo de Cultura Económica, 1968, pp. 84-96.
- Radcliffe-Brown, A. R.: **Structure and Function in Primitive Society**, London, Cohen and West, 1952.
- Rocher, G.: **Introducción a la Sociología General**, trad. J. Pombo, Barcelona, Herder, 1973.
- Ryan, B. F.: **Social and Cultural Change**, New York, Ronald Press, 1969.
- Smelser, N. J.: «The Modernization of Social Relations», en Myron Weiner, ed.: **Modernization**, New York, Basic Books, 1966.
- Sorokin, P.: **Social and Cultural Dynamics**, 3 vols., New York, American Book Co., 1937.
- **Society, Culture and Personality**, New York, Harper and Row, 1947.
- Spencer, H.: **First Principles of a New System of Philosophy**, New York, de Witt Revolving Fund, 1958.
- **Sociology**, vol. 1, New York, Appleton, 1892.
- Spengler, O.: **La decadencia de Occidente**, Madrid, Espasa, 1944.
- Ssu-yu y Fairbank, J. K.: **China's Response to the West**, New York, Atheneum, 1967.
- Swanson, C. E.: **Religion and Regime: A Sociological Account of the Reformation**, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1967.
- Toynbee, A. J.: **Estudio de la Historia**, vols. I-VI, compendiados por D. C. Somervell, Buenos Aires, Emece, 1958.
- Troeltsch, E.: **The Social Teaching of the Christian Churches**, trans. Olive Wylon, London, Allen Unwin, 1931.

E. BASELGA

Wach, J.: **Sociology of Religion**, Chicago, The University of Chicago Press, 1962.

Weber, A.: **Historia de la Cultura**, trad. Luis Recaséns Siches, México, Fondo de Cultura Económica, 8.º ed., 1965.

Weber, M.: **Economía y Sociedad**, México, Fondo de Cultura Económica, 1969.

— **The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism**, New York, Scribner, 1958.

Evolución de la identidad en la sociedad tecnocrática:

I - Familia y gran organización *

Por Juan-Luis RECIO ADRADOS*

INTRODUCCION

Este trabajo trata de indagar desde una perspectiva psico-sociológica la evolución de las formas de agrupación y pertenencia en la configuración de la sociedad del futuro. Para ello estudiaremos la alienación parcial o total del individuo respecto de las distintas formaciones sociales como variable estructural en la raíz del desasosiego cultural de la sociedad tecnocrática. Esta alienación supone, por un lado, una transformación de las funciones tradicionalmente desempeñadas por estas formaciones y, por otro lado, una insuficiente interiorización de las nuevas legitimaciones y valores de la sociedad post-industrial.

Ante la imposibilidad de abarcar la variedad de sistemas sociales que integran el sistema social global, nuestro trabajo constará de dos partes: la primera se ceñirá a la gran organización y a la familia; la segunda, de ulterior publicación, estudiará, como caso ilustrativo, la religión organizada, forma singular de agrupación y pertenencia.

LA CRISIS DE LA IDENTIDAD TECNOCRÁTICA

Preguntarnos por las formas de agrupación y pertenencia en la sociedad del futuro equivale a pronosticar la crisis de identidad del hombre actual. La dificultad que el adolescente encuentra en definir su identidad o en evitar una confusión de sus roles sigue, en parte, acechando al adulto, presionado por las exigencias del sistema sociocultural industrial. Como el adolescente, también él, en una era de cambio acelerado y de notable desarraigo, trata de conseguir «una identidad que sea una nueva combinación de viejos y nuevos fragmentos de identificación» (1).

* Doctor en Sociología por la City University of New York. Profesor de Sociología en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Pontificia de Salamanca. Redactor de REVISTA DE FOMENTO SOCIAL.

(1) Erik H. Erikson: *Insight and Responsibility* (New York, W. W. Norton, 1964), 90.

El individuo de la sociedad tecnocrática, sin embargo, encuentra difícil aprender nuevos roles e integrarlos con la imagen de su yo, porque todavía mantiene muchas de las legitimaciones y valores de la sociedad tradicional, dominada por la familia patriarcal, que interiorizó en su socialización primaria. Estas creencias y valores están en agudo contraste con los de la sociedad moderna dominada por las grandes organizaciones. El contraste es aún mayor porque la misma familia, al modernizarse, se organiza mucho más que en el pasado a partir de actividades expresivas, mientras que la sociedad tecnocrática gravita hacia las actividades instrumentales que se rigen por normas de tipo técnico.

Fue precisamente el desarrollo tecnológico el que modificó radicalmente las identidades tradicionales de grupo (2) y las formas de pertenencia y agrupación, colocando en posición dominante la organización compleja y centralizada industrial, comercial y financiera. La sociedad industrial se mostró incapaz, sin embargo, de generar una nueva ideología que lograra ampliar la identidad de individuos y grupos hacia nuevas metas de convivencia y solidaridad (3).

Al hablar de una crisis de la identidad tecnocrática—tipo ideal al que se aproxima el ciudadano occidental—, entendemos que la identidad o yo social es el conjunto de los roles que el individuo desempeña dentro de los distintos grupos y cuasi-grupos a que pertenece y en relación con aquellos otros hacia los que orienta su conducta.

Nuestra primera hipótesis es que la personalidad y las agrupaciones de la sociedad tecnocrática atraviesan un período crítico de creciente confusión de sus roles y de los valores que los configuran y dan sentido, crisis que aparece ligada a las características estructurales de la gran organización. Existen no pocos estudios empíricos que verifican esta hipótesis, confirmándola en alto grado. El amplio espectro de fenómenos que una extensa bibliografía reúne bajo los conceptos de alienación y anomia ejemplifican los «malos caminos» por los que la personalidad tecnocrática puede seguir extraviándose. Lo que es común a la inmensa mayoría de las conceptualizaciones en cuestión es la consideración de los factores socioestructurales de la crisis de la personalidad moderna, sean éstos una situación en la que es forzoso desposeerse del propio trabajo y de su producto (Marx); una situación de crisis en que la normativa y la integración social son deficientes (Durkheim) o una desafección y sentido de extrañamiento resultante de la incapacidad de satisfacer las exigencias de la sociedad, lo que crea un abismo creciente entre la persona y su mundo social (Keniston) (4).

Ahora bien, una crisis de identidad que no acabe en prolongada confusión de roles debe resolverse en la adopción de una nueva identidad. La

(2) Erik H. Erikson: «Identity», *Youth and Crisis* (New York, W. W. Norton, 1968), 191.

(3) *Ibidem*.

(4) Peter Christian Ludz: «Alienation als Konzept der Sozialwissenschaften», *Koerner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*, 27 (marz 1975), 1-32. K. Marx: «Economic and Philosophical Manuscripts», in *Karl Marx: Early writings*, ed. by T. B. Bottomore (New York, Mc Graw-Hill, 1964), 61-219. E. Durkheim: *Le Suicide, Etude de Sociologie*, Paris, Alcan, 1897; nueva edición, Paris, P. U. F., 1960. Kenneth Keniston: *The Uncommitted* (New York, Harcourt, Brace and World, 1965).

segunda hipótesis que avanzamos es que la identidad tecnocrática está experimentando un proceso de transformación profunda o re-socialización (5) de la realidad subjetiva a la que acompaña la aparición de estructuras de plausibilidad o formaciones sociales de tipo comunitario que la sustentan, y que se van abriendo paso a todos los niveles de la organización social. Tal proceso de re-socialización supone un serio esfuerzo por sustraerse al influjo alienador de la ideología tecnocrática ambiente. Obviamente lo iniciarán los menos alienados, los que gozan de una estructura grupal más densa y al mismo tiempo fomenten una ideología de cooperación.

Siguiendo la analogía—que es además parcial coincidencia—entre la crisis de identidad juvenil y la crisis de identidad tecnocrática, conviene recordar que, según Erikson, el carácter totalitario de las ideologías a las que el adolescente propende puede ser causa de que el super-ego infantil regane su territorio a costa de la identidad adolescente (6). Para muchos de los analistas americanos el ego es, según Keniston, ya desde el comienzo de la vida, el centro coordinador y organizador de la personalidad cuya función es mantener armonía psíquica y adaptarse a las posibilidades y exigencias del ambiente (7). Adoptar, por tanto, sin crítica la ideología tecnocrática y cientista sería una regresión infantil al no reconocer el ego las posibilidades de autonomía relativa que realmente existen en la sociedad tecnológica frente a los mecanismos aparentemente inexorables de la gran organización. La ideología tecnocrática y cientista, tan bien denunciada, entre otros, por Habermas y Schroyer (8), al exigir una rendición total a sus imágenes e ideales, impide el desarrollo de una nueva identidad ligada a nuevas formas de agrupación y pertenencia.

La ideología tecnocrática persigue la autolegitimación del poder por medio de la invasión de la esfera de comunicación simbólica interpersonal por parte de los sistemas de acción instrumental que funcionan según reglas técnicas. La tecnocracia se sustrae de ese modo a las normas que regulan la interacción humana y a la ética como categoría vital al tratar de reducir la conducta a mera adaptación a estímulos externos. Los distintos tipos de conducta instrumental servidos por la técnica pretenden soslayar la discusión de la racionalidad sustantiva de los fines recortando así la autonomía personal. En resumen, la ideología tecnocrática impone la renuncia a una comunicación humana exenta de dominación en beneficio de la expansión del poder de control técnico, que desde luego, queda en manos del tecnócrata. El resultado de tal «racionalidad» es una creciente manipulación cultural y una despolitización del público que lo integra al sistema social tecnocrático.

CRITICA DE LA ORGANIZACION BUROCRATICA VISTA DESDE LA CRISIS FAMILIAR

Se ha señalado que Weber pasó por alto muchas de las disfunciones de la burocracia, en particular su condición alienadora que se revela en la escasa disposición de los subordinados a aceptar responsabilidades. La gran

(5) P. L. Berger and Th. Luckmann: *The Social Construction of Reality* (Garden City, N. Y., Doubleday Anchor, 1967).

(6) Erik H. Erikson: *Identity: Youth and Crisis*, 191.

(7) Kenneth Keniston: *The Uncommitted*, 363, 364.

(8) J. Habermas: *Technik und Wissenschaft als Ideologie*. Trent Schroyer: «Toward a Critical Theory for Advanced Industrial Society», in *Recent Sociology*, n.º 2, ed. by H. P. Dreitzel (New York, Macmillan, 1970), 210-234.

organización desanima, hace imposible la participación y el compromiso pleno de la gran mayoría de sus miembros.

Gouldner, criticando el pesimismo conservador de los estudiosos de las tendencias oligárquicas dentro de la gran organización, ha hecho ver que la instancia democrática es una exigencia estructural de la misma no menos importante que la oligárquica, aunque aquélla exija más esfuerzo y vigilancia que ésta (9). Sin embargo, la gran mayoría de las grandes organizaciones, de acuerdo con los estudios empíricos disponibles, de hecho manifiestan una preponderancia de las tendencias y las prácticas oligárquicas sobre las democráticas.

En último término, la racionalidad «formal» que se expresa en la estructura misma de la organización burocrática, exige definir autoritariamente los oficios y roles y segregarlos de los intereses personales, segregación que sólo puede mantenerse mediante la disciplina. Esta separación de rol burocrático e interés personal necesariamente limita la autonomía y espontaneidad del individuo y en particular pone un freno a la dinámica de sus relaciones interpersonales de cooperación.

La evaluación de este obstáculo al desarrollo de la personalidad, que eventualmente se revela en el fenómeno de la alienación burocrática y tecnocrática, requiere perspectiva. El niño que toma contacto con las primeras organizaciones formales—probablemente la escuela y la parroquia—, llega a ellas no sólo socializado primariamente por la estructura social familiar, es decir, afianzado en la realidad fundamental mediada por sus padres y familiares más importantes, sino también iniciado en el proceso de socialización secundaria que comienza, según G. H. Mead, con la adquisición del concepto del «otro generalizado» o de la sociedad en sus rasgos más elementales y continúa con el aprendizaje de los varios submundos institucionales (10).

La pedagogía infantil profana y religiosa tiene en cuenta el estadio del desarrollo psico-social del alumno cuando trata de hacerle «familiar» los valores que persigue la organización escolar o religiosa sintonizándolos con el mundo fuertemente emocional de la socialización primaria. El éxito pedagógico se mide por un aprendizaje de roles que permita el desarrollo de la espontaneidad creativa y la cooperación social. Si rara vez se consigue la justa proporción de estos elementos, generalmente se debe al desfase o inadecuación de la organización y de sus funcionarios para potenciar, en vez de sofocar, la capacidades innatas del niño, ya desarrolladas en parte en el ambiente familiar. No hay que ver la deshumanización de las organizaciones en el hecho de que no funcionen según los valores de la familia patriarcal que dominaban la sociedad tradicional, sino más bien en su incapacidad de «traducir» aquellos valores en la nueva situación.

Una breve consideración de los avatares de la familia moderna servirá para calibrar más tarde las insuficiencias de la organización burocrática.

La familia sigue siendo la forma de agrupación humana más importante aunque se escribe con profusión de su crisis y hasta de su muerte. En su seno el yo se sitúa socialmente a sí mismo y es situado por los demás, es decir, adquiere por vez primera una «identidad». El deterioro de la

(9) Alvin W. Gouldner: «Metaphysical Pathos and the Theory of Bureaucracy», *Amer Polit. Sci. Rev.*, 49 (1955), 496-507.

(10) Anselm Strauss (ed.): **George Herbert Mead on Social Psychology** (Chicago, University of Chicago Press, 1964).

familia tradicional se inicia con la especialización institucional que viene acelerada decisivamente por la revolución industrial. La familia cede muchas de sus funciones en todo o en parte de las instituciones primarias tales como economía, sistema educativo, establecimiento médico, etc., y sólo se reserva en su totalidad, aparte de la procreación, la función de proporcionar sentido o continuidad biográfica a sus miembros (11). Sea que el balance se considere pérdida o saldo positivo, por lo que la concentración en unas pocas funciones supone de especialización y perfección, de alguna manera puede hablarse de un shock cultural producido por la nueva situación en que los roles familiares se redefinen de modo radicalmente distinto.

Decir, como Luckmann, que la identidad personal deviene de un fenómeno privado (12), no deja de ser una hipérbole, pues él mismo reconoce el control que las instituciones primarias ejercen sobre los roles que desempeña el individuo y es el conjunto de esos roles lo que constituye la identidad del individuo. A nuestro juicio, el fenómeno de la pérdida de capacidad funcional por parte de la familia explica por una parte el cultivo de los aspectos intimistas de la identidad familiar y por otra extrema la dependencia del individuo respecto de las instituciones primarias; por lo cual, con igual derecho, podríamos hablar del aspecto público de la identidad personal. Lo cierto es que, en todo caso, el grupo familiar ha quedado seriamente debilitado y privado en gran medida de esa energía que Benello ha dado en llamar «afectividad», energía que también resulta escasa en todos los niveles, excepto los más altos, de la gran organización en la que los miembros de la familia trabajan, aprenden o realizan otras actividades ciudadanas (13).

LA ALIENACION COMO CARENCIA DE «AFECTIVIDAD»

El mérito de Benello consiste en haber sintetizado buena parte de la bibliografía más importante que se ocupa de la alienación en la sociedad tecnocrática y en encontrar la clave de la misma en la escasez de «afectividad» que resulta del fenómeno burocrático de la gran organización. «Afectividad—dice Benello—es la energía disponible para realizar los objetivos del individuo en la sociedad... (y) es generada a través de la interacción personal en condiciones de estabilidad, confianza y fe en las posibilidades de colaboración en metas comunes» (14). Por supuesto, hablar de energía tiene un sentido metafórico. La intuición central del concepto creemos reside en relacionar «afectividad» y «efectividad». Para Benello, las asociaciones primarias deben ser funcionalmente relevantes: deben proporcionar al individuo tanto el apoyo afectivo como la oportunidad de iniciar interacción, es decir, deben ocupar un lugar importante en la sociedad y en las vidas de sus miembros. Y esto es lo que, a su juicio, ha dejado de hacer la familia en la sociedad tecnocrática.

Benello enumera las siguientes dimensiones de la «afectividad»: 1) eficacia causal; 2) autonomía e iniciativa; 3) cooperación; 4) totalidad psíquica o integración de roles—que supone una interpenetración objetiva de

(11) Thomas Luckmann: *The Invisible Religion* (New York, Macmillan), 97.

(12) *Ibid.*

(13) George C. Benello: «Wasteland Culture», in *Recent Sociology*, n.º 1, ed. by H. P. Dreitzel (New York, Macmillan, 1969), 263-298.

(14) *Ibid.*, 265.

los distintos sectores de actividad. Su hipótesis —que viene confirmada con abundante evidencia empírica— es que la carencia de «afectividad» tanto en la familia como en la gran organización es un factor decisivo en la orientación hacia el poder y hacia el status que caracteriza a la gran mayoría de los miembros de la gran organización (y de la sociedad tecnocrática por difusión cultural).

Ahora bien, la raíz de esa carencia de afectividad la ve Benello en la acumulación o concentración de la misma en los altos niveles de la gran organización, supuesto su carácter limitado como el de toda capacidad humana. Dicho en otras palabras: la pérdida de la capacidad funcional de las asociaciones primarias—con la resultante ausencia de la experiencia de comunidad—está determinada en último término por una característica estructural de la organización burocrática, a saber, la concentración de recursos y poder en su cima.

Se trata aquí de una hipótesis netamente sociológica a la que se ha incorporado una teoría psicológica para lograr un análisis sociológico más adecuado, ya que «el sistema de la personalidad humana (es) una de las principales variables intermedias de cualquier estimación de los efectos que un aspecto de la estructura social tiene sobre otro» (15). Esta teoría psicológica está fundada en parte en el «Estudio de la personalidad autoritaria», de Adorno, Frenkel-Brunswik, Levinson y Sanford. Se encontró en ese estudio que la personalidad autoritaria—que, entre otros rasgos, se distingue por su esterilidad afectiva y por su orientación hacia el status y el poder—está relacionada con experiencias de dureza y amenazas parentales en la primera infancia y con una estructura familiar de tipo jerárquico. El liderato de la gran organización lo suelen ocupar personalidades autoritarias. Pero incluso los demás miembros en los niveles medios y bajos, como consecuencia de su privación «afectiva», «se conforman marginalmente» al sistema orientándose hacia el poder y el status. Las teorías psiquiátricas de Karen Horney también fundamentan la hipótesis (16). El individuo desarrolla una «ansiedad básica» que nace de una amenaza percibida contra su aceptación social. Uno de los mecanismos neuróticos con que combate esa «ansiedad» es la «necesidad de poder» que opera de forma compensatoria contra la sensación de debilidad e impotencia, reacción que se asemeja a la sobrecompensación provocada por el sentimiento de inferioridad, según Adler. De parecida forma reaccionan todos los miembros de la familia disminuida en su capacidad funcional.

El círculo se cierra porque la influencia entre organización y familia es recíproca. La organización dominada por personalidades autoritarias, está estructurada de tal modo que la concentración de poder y totalidad psíquica en sus niveles superiores conlleva escasez en los restantes niveles. Estos vienen a ser ocupados por individuos que se ven imposibilitados de integrar sus roles ocupacional y familiar, que es otra manera de decir que sus familias carecen de capacidad funcional. Sus roles familiares pierden importancia para ellos porque en su desempeño no logran un grado suficiente de autonomía al no poder hacer impacto en ninguno de los mayores sectores institucionales, todos ellos dominados por las grandes organizaciones. Al contrario, la actividad familiar está múltiplemente condicionada y limi-

(15) Alex Inkeless: «Personalidad y estructura social», en Talcott Parsons (ed.), *La Sociología norteamericana contemporánea* (Buenos Aires, Paidós, 1969), 25.

(16) K. Horney: *Our Inner Conflicts* (New York, Norton, 1945); *The Neurotic Personality of Our Time* (London, Routledge & Kegan Paul, 1974).

tada por las grandes organizaciones de la sociedad tecnocrática que acaparan casi toda la «energía afectiva» disponible. Autonomía, iniciativa y eficacia causal están estrechamente relacionadas. Sólo son una minoría —los dirigentes de las grandes organizaciones— los que poseen en abundancia estos elementos de la «afectividad» tanto en el desempeño de sus roles organizativos como en su vida familiar y privada (17). La gran mayoría de la población sufre una penuria más o menos grave de «afectividad». Paradójicamente también los dirigentes padecen alienación, ya que su tipo de «afectividad» es anormal por ser muy escasa su cooperación con los niveles inferiores de la gran organización.

LAS DIMENSIONES E INDICADORES DE LA «AFECTIVIDAD»

Vamos a enumerar una serie de dimensiones, componentes o indicadores provisionales de los principales elementos de la «afectividad» con el ánimo de que puedan orientar investigaciones empíricas sobre el tema. En ocasiones, a título ilustrativo, y no por pretender confirmar conclusivamente nuestras hipótesis, ofreceremos evidencia empírica a nuestra disposición.

El desarrollo del individuo y del grupo humano tiene como meta la ampliación y maximización de su capacidad de autocontrol y autodeterminación o, en formulación negativa, la disminución o minimización de los factores alienantes o determinantes extrínsecos de su actividad.

a) La «**eficacia causal**» de un grupo primario se refiere, por tanto, a su capacidad de funcionar como fuente de decisiones que tienen un cierto grado de importancia en la cultura o subcultura del grupo.

Una definición operativa de «eficacia causal», «autonomía» e «iniciativa» debería incluir las siguientes dimensiones e indicadores para los que habría que determinar procedimientos de medida:

- Trabajo extradoméstico de la mujer como medio de realización personal.
- Movilidad social ascendente de la familia.
- Participación activa en asociaciones voluntarias.
- Tiempo que pasan los hijos en casa.
- Familia extensa relacional con sentido de obligación entre sus miembros, especialmente en la clase media ya que en la clase baja los mecanismos cooperativos sirven a la mera supervivencia. Damos por supuesto el que las familias de clase alta tienen un alto grado de eficacia causal.
- La identificación con el padre que parece facilita el liderazgo y responsabilidad de los hijos.
- Actitudes de confianza en las relaciones económico-sociales y la disposición a diferir gratificaciones, actitudes que parecen facilitar el logro económico.
- Integración de los roles religioso y profanos.
- Regulación de la natalidad.
- Distribución igualitaria de la renta nacional.
- Acceso no clasista a estudios superiores.
- Subsidio familiar de cuantía considerable.

(17) Benello: «Wasteland Culture», 266-267.

El hecho de que el trabajo de la mujer española, según el Informe FOESSA 1975, se deba primariamente a motivación económica en un 53 por 100 de los casos parece indicar una escasa eficacia causal de las familias en cuestión, ya que la mayoría de la población juzga que el puesto de la mujer está en el hogar. El trabajo extradoméstico, sin embargo, no indicaría falta de eficacia causal—excluyendo el caso de necesidad económica—desde la perspectiva de las mujeres jóvenes en que aparece una orientación al trabajo como medio de realización personal.

La disminución del tamaño de la familia ideal en las clases inferiores (2,65 hijos frente a 3,19 en la clase media-alta) también indicaría una relativa menor eficacia causal frente a las instituciones primarias, en particular la económica, que han determinado un cambio de valores en la familia. Tal disminución es en parte un exponente de la subida del nivel de vida, la civilización del consumo y de una política económica y de vivienda que tiende a minimizar el costo de la fuerza de trabajo.

b) El concepto de «cooperación» dentro del grupo familiar y entre los miembros de distintos grupos primarios se distingue del de autonomía y eficacia causal, aunque hay evidencia empírica que sirve de indicadora de ambos conceptos. Así, por ejemplo, tanto la escasa cooperación como la «ineficacia causal» económica viene indicada por el hecho de que sólo el 16,1 por 100 de las mujeres casadas trabajaban fuera de casa en España en 1971.

Una definición operativa de «cooperación» debería comprender los siguientes elementos, para los que habría que buscar los indicadores correspondientes:

- Relación «unida» de roles conyugales (18), es decir, una relación en que la organización de las actividades familiares es más bien conjunta. Marido y mujer desarrollan muchas actividades juntos con un mínimo de diferenciación de tareas y separación de intereses.
- Estructura familiar igualitaria.
- Buen funcionamiento de empresas familiares (agrícolas, industriales, artesanales, etc.).
- Responsabilidad compartida en la educación de los hijos, más frecuente en familias de clase media que en las trabajadoras. Los hijos de familias de clase media también tienen mayor participación en las decisiones que los hijos de familias trabajadoras. La clase media animan más a sus hijos que las clases trabajadoras a adoptar nuevas formas de conducta, según datos de tres sociedades distintas.
- Trabajo extradoméstico de la mujer.

El autoritarismo y segregación de los roles conyugales (que es lo opuesto a la relación unida de roles conyugales) de la familia obrera son serios obstáculos para la cooperación. Nada menos que un 78,7 por 100 de esas familias, según el Informe FOESSA 1975, piensa que la mujer no debe tener actividades fuera de casa sin permiso del marido, frente a un 47,6 por 100 de la clase alta y media alta. La unión de los roles conyugales y la cooperación crece con la clase social como reflejo de una ideología más igualitaria y una mayor instrucción. El trabajo extradoméstico de la mujer es más aceptado «a medida que se pasa de niveles inferiores de estudios

(18) Elizabeth Bott: *Family and Social Network* (London, Tavistock Publications, 1957), 53.

a los medios y superiores». También al realizar los esposos un buen número de tareas de modo intercambiable—especialmente la educación de los hijos—, la comunicación es más intensa, el autoritarismo es menor y la eficacia causal familiar es mayor, aunque de distinto tipo a la de la familia extensa tradicional, «que está ligada a la necesidad de conservar y transmitir el patrimonio familiar».

Se debe hablar, tanto en España como en todas las naciones industrializadas, de una familia extensa, modificada o relacional, tanto en las zonas urbanas como en las rurales. En este tipo de familia se dan frecuentes formas de cooperación, entre ellas, la asistencia en caso de enfermedad (en el Informe FOESSA 1975 aparece en un 84,3 por 100 de los encuestados, mientras que sólo se da en un 59,2 por 100 de los mismos, tratándose de amigos). Las visitas más frecuentes se hacen a familiares, especialmente en la clase obrera (80,5 por 100, frente a 64,2 por 100 en las profesiones liberales). Es de señalar, sin embargo, la independencia de la familia urbana moderna respecto del grupo familiar extenso y la libertad en igualdad de sus relaciones en fuerte contraste con las de la familia extensa tradicional.

c) La «totalidad psíquica» es otro de los componentes del concepto de «afectividad», según Benello. En la teoría de los roles, cada persona posee un repertorio de roles, a cada uno de los cuales corresponde una cierta identidad. El desempeño consecutivo de variados roles entraña una tarea de integración de los mismos para que pueda darse, a juicio de Keniston y de otros psicólogos, un desarrollo armónico de la personalidad (19). La carencia patológica de integración bordearía en la personalidad múltiple y la esquizofrenia. En un terreno intermedio podría situarse la confusión de roles e identidad y la fragmentación de los roles desempeñados fuera de un contexto significativo para la biografía del individuo.

Al diferenciarse estructuralmente la comunidad en instituciones públicas y privadas, la misma identidad correspondiente al conjunto de roles segregados habría quedado fragmentada. En las sociedades primitivas que aún subsisten, dice Keniston: «las exigencias de la inteligencia, las manos y el corazón están fundidas». En cambio, en nuestras sociedades, «la vida de la familia es media vida... Las instituciones públicas exigen competencia racional y cognitiva—productividad, objetividad, desapasionamiento... (mientras que) la familia, las artes, la religión, se convierten en la provincia del resto de la vida—pasión, sentimiento, idealismo, impulso, amor, odio y capricho» (20).

El problema de la unidad personal no lo crea la multiplicidad de los roles. Al contrario, las ventajas de acumular roles compensan con creces la tensión que puedan ocasionar, pues proporcionan privilegios, seguridad de «status», recursos para mejorar el «status» y desempeñar los demás roles al mismo tiempo que enriquecen la personalidad y gratifican el yo (21). El peligro está en carecer de una agencia central de sentido—tradicionalmente lo fue la comunidad o la familia abierta a una comunidad en la que se fundían las instituciones primarias—que sea capaz de ordenar y jerarquizar esos roles dentro de una visión global de la persona humana y de sus fines en la sociedad.

(19) Keniston: *The Uncommitted*, 269.

(20) *Ibid.*, 249.

(21) Sam D. Sieber: «Toward a Theory of Role Accumulation», *American Sociological Review*, 1974, vol. 39 (August), n.º 4, 567-578.

Keniston detectó esa carencia de totalidad psíquica o integración personal en su estudio sobre la alienación de un grupo de jóvenes norteamericanos. Entre sus síntomas destacaba su desafección o extrañamiento de la sociedad. Entre los síndromes extremos estaban las actividades revolucionarias y las sociopatías criminales. «Sentir que uno verdaderamente pertenece en nuestra sociedad exige una notable capacidad para unificar las distintas fragmentarias pertenencias en un sentido interno y coherente de comunidad», dice Keniston (22). Faltan los ideales o ideologías unificadoras como consecuencia del orillamiento de las grandes agencias tradicionales de sentido forzado por la nueva ordenación de la vida social.

Conviene caer en la cuenta que a la alienación no participante corresponde una actitud simétrica, igualmente negativa, que es el conformismo, tan lejano como aquélla de un compromiso o participación racional y crítica en las instituciones y organizaciones de la vida social. Una de las formas de conformismo es el excesivo tradicionalismo cultural, que impide reconocer las exigencias planteadas por la sociedad en que se vive o, lo que es lo mismo, es una resistencia o incapacidad para aprender nuevos roles o para redefinir roles tradicionales.

Una definición operativa de «totalidad psíquica» o integración de roles debería incluir las siguientes dimensiones, para las que se determinarían los indicadores correspondientes:

- Satisfacción en el trabajo y en el hogar.
- Participación en asociaciones voluntarias.
- Participación en las decisiones en la empresa.
- Trabajo dentro de la misma comunidad en que se vive.
- Alto grado de religiosidad o de compromiso político.
- Amistades entre compañeros de trabajo.
- Amistades entre miembros de la misma asociación, iglesia, etc.
- Visitas frecuentes al lugar de origen (entre emigrantes recientes).

Ante la frecuente desintegración familiar en los países desarrollados habría que especificar con cuidado las condiciones en que la familia realiza satisfactoriamente su función normativa y significativa. El fenómeno de la alienación de amplios sectores de la juventud de esos mismos países apunta a las serias deficiencias con que la familia ejercita esta función normativa e integradora de sentido. Si Berger y Kellner piensan que «la estabilización y estrechamiento de la identidad es funcional en una sociedad en que las mayores instituciones públicas deben insistir en controles rígidos de la conducta del individuo» (23), falta por considerar las no menos reales disfunciones que tal estrechamiento de la identidad ha producido y sigue produciendo. De otro modo no asistiríamos a un proceso reactivo de signo inverso del que existe abundante evidencia empírica. Nos referimos al proceso de ampliación o ensanchamiento de la identidad individual y familiar.

Según Benello, la familia moderna sólo realiza con la intensidad requerida la primera de las dos funciones que corresponden a todo grupo primario, a saber, servir de apoyo emocional y jugar un papel importante en la sociedad y en la vida de sus miembros. Ese papel no lo realiza porque

(22) Keniston: *The Uncommitted*, 270.

(23) P. Berger and Hansfried Kellner: «Marriage and the Construction of Reality», in *Recent Sociology*, n.º 2, ed. by H. P. Dreitzel (New York, Macmillan, 1970), 50-72, en 65.

su autonomía e iniciativa es muy limitada de cara a las grandes organizaciones. En concreto, la cooperación eficaz de las familias extensas relacionales de las clases medias y bajas es muy limitada, por carecer de recursos.

También compartimos la hipótesis de Benello respecto del papel alienador de la gran organización. Sin el hombre actual se orienta hacia el «status» y el poder, esto se debe, sobre todo, a la escasez «afectiva» de la familia y de los niveles bajos y medios de la gran organización, por una parte, y a la «plenitud psíquica» y concentración de poder en los altos niveles de la gran organización, por otra parte. Se trataría, en definitiva, de un mecanismo compensatorio dinamizado por la atracción que ejerce esa misma «plenitud psíquica», sólo accesible en la cima de la organización. Sólo sus altos dirigentes pueden integrar «las esferas fundamentales de trabajo, ocio, vida pública y privada» (24). En los niveles medios y bajos de la organización, en cambio, apenas hay posibilidad de integración dentro del trabajo y aún menos posibilidad de integración del trabajo con otras esferas de actividad.

Veamos en algún detalle los mecanismos por los que la gran organización ejerce su función alienadora. La burocratización y centralización propias de la civilización industrial—en el Este como en el Oeste—han privado de eficacia causal propia las actividades de la comunidad local hasta el punto de que las organizaciones económicas controlan indirectamente y a distancia, cuando no directamente y sobre el terreno, las decisiones de las élites locales (25).

La familia, según Ellul, ya está rota y, por tanto, expuesta a la propaganda que ejerce sobre ella la gran organización. Los medios de comunicación, por ejemplo, le ofrecen sucedáneos de interacción personal y amistad (26).

El sentimiento de pertenencia a la empresa cultivado por las relaciones humanas supone una renuncia a la iniciativa y no persigue sino la adaptación y el conformismo respecto de la estructura de dominación. El clima de la organización, según Whyte, «ahoga toda iniciativa, toda capacidad de imaginación individual y el valor para servirse de estas facultades contra la opinión de la mayoría» (27). La organización, generalmente, evitará los riesgos que toda innovación implica y preferirá las imperfecciones del status quo.

La plenitud psíquica en la cima de la gran organización se funda en una concentración de poder y en una estructura de dominación. Son conocidos los estudios que muestran cómo las redes familiares en los Estados Unidos y España, entre otros países, coadyuvan en el proceso de integración y concentración económica al tiempo que maximizan las gratificaciones que derivan de la relación familiar. La mayor parte de las familias, en cambio, sufren algún grado de carencia «afectiva», que tratan de compensar con orientaciones alienadoras. ¿Cómo explicarse esta orientación del hombre

(24) Benello: «Wasteland Culture», 267.

(25) Arthur J. Vidich and Joseph Bensman: **Small Town in Mass Society** (Princeton, N. J.; Princeton University Press, 1958).

(26) Jacques Ellul: **Propaganda: The Formation of Men's Attitudes** (New York, Random House, A Vintage Book, 1973), 84, 175.

(27) W. H. Whyte, Jr.: **L'homme de l'organisation** (Paris, Plon, 1959), 545.

actual hacia el status y el poder que aqueja tanto a los que lo concentran como a los que lo ansían? Benello prefiere recurrir a la virtualidad explicativa de la dinámica de concentración ya apuntada más bien que a la razón metafísica de un pecado de origen (28).

LA ORIENTACION HACIA EL PODER Y EL STATUS

No es fácil establecer en abstracto la frontera que separa la cima o puestos de alta dirección de la gran organización del resto de los miembros de la misma. Este problema se ha planteado de forma más aguda en los últimos años al ser cada vez más amplios los sectores profesionales y técnicos que exigen participación en las decisiones básicas de sus empresas, que frecuentemente están en contradicción con sus estándares profesionales. El científico, en la gran organización, pierde la autonomía e iniciativa, cualidades indispensables en la investigación científica, al quedar sometido a la supervisión e incluso al capricho de los administradores. El «staff» quiere más reconocimiento y una mayor voz en el control de las empresas.

Toffler, explorador del futuro, anuncia una nueva forma de organización, la «ad-hocracia», que viene a sustituir a la burocracia (29). El hombre del futuro se sentirá liberado en un nuevo tipo de organizaciones cinéticas a las que le ligarán lazos continuamente cambiantes. El tipo de organización adhocrática es el equipo formado para resolver un problema concreto de corto plazo. Estos equipos de trabajo son particularmente frecuentes entre científicos convocados para realizar o diseñar planes y proyectos. Terminado su trabajo, el equipo frecuentemente deja de existir y sus miembros entran a formar parte de nuevos equipos.

La aceleración del cambio social es la raíz de esa nueva flexibilidad organizativa que hace imposible las rigideces de la burocracia clásica y conmueve profundamente los sistemas de autoridad legal-racional. La ad-hocracia exige un alto grado de movilidad y adaptabilidad por parte de los individuos. Entre nosotros, sin embargo, está todavía lejos de haberse generalizado tanto como en otros países industrializados, por las conocidas características de nuestro sistema administrativo y político. La burocracia clásica, sin embargo, seguirá estando por muchos años no sólo con nosotros, sino con todos los países desarrollados, en los que una creciente tasa de ad-hocracia es ya discernible. Al menos en este caso el futurismo de Toffler raya en optimismo.

La antinomia orientación hacia el poder, orientación hacia el amor, ha sido analizada en el contexto del estudio del prejuicio y de la personalidad autoritaria. Numerosos estudios posteriores confirman la tesis de que la privación afectiva durante la temprana infancia es la causa fundamental del desarrollo de la personalidad centrada en el poder. En cambio, el individuo con un bajo nivel de prejuicio se orienta en sus relaciones personales hacia el amor, la afiliación y la realización de valores humanitarios. El individuo con un grado notable de prejuicio muestra, en cambio, un exagerado deseo de propiedad haciendo de ella un fin en sí misma. Su ineptitud para las relaciones interpersonales parece ser una consecuencia de deficientes identificaciones en su temprana infancia, en la que no fue objeto de trato indi-

(28) Benello: «Wasteland Culture», 264.

(29) Alvin Toffler: **Future Shock** (New York, Bantam Books, 1971), 124-151.

vidualizado. La estructura del carácter autoritario refleja, según Adorno y sus co-autores (30), los rasgos esenciales de nuestra civilización, en particular la gran importancia de las instituciones y de las ideas de éxito y competencia en las que el niño es primeramente socializado por sus padres.

Según Whyte, en las zonas residenciales americanas predomina la orientación al conformismo, la adaptación al status—que, en parte, coincide con el éxito económico—más bien que a la autonomía, la iniciativa y la cooperación. Tal orientación no hace sino reflejar el ambiente y los valores de la gran organización en que transcurre la jornada laboral del «suburbanita» (31).

Entre nosotros cabe esperar que las pautas familiares de conducta estén seriamente influenciadas no sólo por los valores de la gran organización económica capitalista como en los Estados Unidos, sino también por los valores de un ambiente político autoritario, con el consiguiente balance de duplicado conformismo y relaciones de dominación-subordinación que, como reacción, deben de conducir a una orientación aún más intensa a la competencia por el status y el poder. Una investigación realizada recientemente en la zona industrial de Cornellá de Llobregat (Barcelona) por Comín y García Nieto, parece corroborarlo. Solamente un 19,2 por 100 de los jóvenes obreros encuestados poseen algún nivel de sensibilidad de cierta problemática social «todavía ambigua, y que no puede equipararse todavía al nivel propio de 'instinto de clase'» (32). Un 10,3 por 100 de los jóvenes encuestados poseen cierto «instinto de clase» y parece se encuentran en proceso de aproximación a la toma de conciencia de clase. Mientras que el 64,7 de los encuestados dicen pertenecer a la clase obrera, tan sólo 24,1 por 100 de los encuestados desean pertenecer a ella, mientras que el 51,1 por 100 desean pertenecer a la clase media y 16,9 por 100 a la clase alta. Estos datos, que evidencian escasa conciencia social y clara orientación al status más bien que a la cooperación, denotan, por tanto, un bajo nivel de «afectividad».

CONCLUSION

A pesar de vivir en un mundo en que una gran variedad de ideologías y cosmovisiones compiten en mercado abierto, el hombre del futuro no plasmará una identidad adulta y estable, sino adhiriéndose y comprometiéndose con una de ellas, es decir, desarrollando la «virtud» o capacidad que Erikson llama fidelidad. La cosmovisión y sistema de valores que él adopte se apoyarán fundamentalmente en su inserción en un grupo y en el rol que desempeñe. Podemos preguntarnos cuál será la agrupación capaz de conciliarse la lealtad de la persona en la sociedad del futuro. De las premisas desarrolladas en este trabajo se desprende que será aquella que le ofrezca la oportunidad de sentirse en comunidad—condición estructural de la identidad—, es decir, en una formación social en que el individuo es aceptado plenamente por lo que es con anterioridad al desempeño más o menos exitoso de un rol; aquella en la que pueda desarrollar con suficien-

(30) Adorno et al.: *The Authoritarian Personality* (New York, Harper, 1950).

(31) Stein: *The Eclipse of Community* (Princeton, N. J., Princeton University Press, 1960), 280 ss.

(32) A. C. Comín y J. N. García Nieto: *Juventud obrera y conciencia de clase* (Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1975), 155.

cia esa energía que Benello llama «afectividad» y que se explicita en capacidad de cooperación, eficacia causal, plenitud o totalidad psíquica, iniciativa y autonomía.

Por supuesto, no es preciso que todas las variadas pertenencias del individuo sean igualmente positivas. Parece que el desempeño satisfactorio de un rol dentro de una agrupación basta para que este rol devenga eje unificador de los demás roles y de la personalidad proporcionándole un grado suficiente de afectividad. En unos casos esta agrupación será la familia; en otros, la comunidad de fe; en otros, el grupo de trabajo, etc. De cualquier modo, ese rol y ese grupo deberán permitir al individuo el reasumir constructivamente todas las identificaciones e imágenes de sí mismo en el pasado y todos los aspectos positivos y negativos de los demás roles que ha desempeñado o desempeña. No se puede desarrollar una identidad más comprensiva, sino a partir de una continuidad entre el pasado y el futuro.

En otro trabajo estudiaremos alguna de las variadas formas en que cristalizará este proceso en curso de signo comunitario de amplitud posiblemente mundial. Lo que sí parece cierto es que el futuro de las formas de agrupación pasará por una distribución equitativa de la «afectividad», o, en otras palabras, reclamará algún tipo de autogestión. Como ha escrito recientemente Garaudy: «La autogestión, es decir, la gestión por la base, no se reduce en modo alguno a un sistema de cooperativas, sino que viene a ser mucho más que eso: una concepción de toda la sociedad, en la que cada individuo se convierte en centro de iniciativas, de creación y de responsabilidad a todos los niveles: economía, política y cultura; una concepción alejada por igual del individualismo y del totalitarismo, fundada, en cuanto a la totalidad de las actividades sociales, en unas comunidades de base» (33).

(33) R. Garaudy: «La "base" en el marxismo y en el cristianismo», *Concilium* (abril, 1975), núm. 104, pág. 67.

La configuración de la sociedad futura según el poder derivante de la distribución ocupacional

Por Pablo LASSO *

INTRODUCCION

Afrontamos un problema: Intentar hacer un esbozo de cómo se está configurando la sociedad futura. El factor configurador que tomamos en cuenta es el poder social derivante de la distribución ocupacional.

Para poder realizar nuestro objetivo establecemos dos hipótesis de trabajo:

I. La distribución ocupacional genera, en ciertas condiciones, una conciencia de pertenencia que puede derivar hacia un poder social.

II. A partir de las tendencias actuales se puede conjeturar, con un cierto margen de fiabilidad, la distribución ocupacional que existirá en una cierta sociedad dentro de un futuro no muy lejano (treinta a cincuenta años).

I—DISTRIBUCION OCUPACIONAL-PODER SOCIAL: LAS CONDICIONES DEL NEXO

Empezaremos indicando en qué sentido tomamos los conceptos que vamos a usar.

Definición de poder

Defino el poder de una persona o de un grupo como la capacidad de controlar, modificar, manipular, etc., las acciones de los demás. Esta capacidad de control puede ser ejercitada en un área de conducta más o menos grande, variar en intensidad, etc.

El poder puede ser analizado a nivel interpersonal o bien a nivel intergrupar, interorganizativo. El segundo nivel es el que más nos interesa.

* Licenciado en Ciencias Sociales por la Universidad Gregoriana de Roma. Profesor en la Universidad Comillas y en el ICADE.

El poder a nivel interpersonal (control de una persona sobre otra en una determinada situación) tiene, al menos, dos componentes:

1. La autoridad o poder formal, que es un derecho establecido para tomar decisiones y ordenar las acciones de los otros. Está basada en el cargo; ejemplo, los diferentes rangos en el ejército o en cualquier organización jerárquica.

2. La influencia o poder informal, que es la capacidad de afectar las decisiones y acciones de los otros, independientemente de cualquier autoridad. La influencia se basa fundamentalmente en las cualidades personales (respeto, prestigio, afecto...). A este nivel informal se puede hablar de liderazgo de un estudiante sobre la clase o la influencia de un periódico, editorialista, etc., sobre la opinión pública.

Los ocupantes de los roles de poder formal e informal pueden ser las mismas personas o diferentes, ser cooperativos o incluso conflictivos en sus acciones respectivas.

Las fuentes de poder intergrupal o interorganizativo (control de un grupo sobre otros en una determinada situación), en líneas generales, dependen de: número de miembros, grado de integración y especialización de los miembros de la organización, radicalidad con la que están dispuestos a obtener sus objetivos, grado de identificación de los objetivos de los miembros y el objetivo común, cohesión entre los miembros de la organización, ausencia de graves problemas financieros... Desde el punto de vista estratégico se podría señalar, incluso, que cuantos más roles claves ocupen los miembros de la organización en la sociedad, más ventajosa será la situación de la organización, en la consecución de sus objetivos, respecto a un eventual conflicto de intereses con otras organizaciones contrarias.

Hay que señalar que una organización que posee demasiado poder produce como efecto nivelador la tendencia a que otras organizaciones se unan en contra suya. Esto se ha llamado «poder compensador». Como consecuencia, el poder de un grupo resulta compensado por el de los otros, de forma que normalmente ninguno ejerce un dominio absoluto.

Distribución ocupacional

Llamo distribución ocupacional al diseño social que se obtiene si ordenamos los actores sociales atendiendo exclusivamente al tipo de trabajo que realizan.

En las sociedades industrializadas, cada tipo de trabajo lleva consigo una cierta remuneración, un cierto estilo de vida, exige un cierto saber o habilidad, permite alcanzar un cierto **status** o nivel social, es evaluado por los otros miembros de la sociedad como más o menos deseable, permite un cierto poder sobre los subordinados, permite educar y «colocar» a los hijos en una cierta manera, etc. Por lo tanto, las nociones de clase, **status** y poder están entrelazadas en la distribución ocupacional y en cierta medida son transmisibles a través del sistema educativo.

La distribución ocupacional permite obtener un cuadro de situaciones reales de desigualdad. Desigualdad que puede ser percibida o no, legítima o no, por los diversos estratos. No entramos en las causas de la desigualdad ni en el problema de hasta qué punto la igualdad es posible.

Nos interesa ver ahora si quienes viven en las mismas circunstancias tienden a agruparse, y sobre todo en qué condiciones lo hacen, con el fin de defender sus intereses comunes o de satisfacer necesidades comunes de las que otros grupos les excluyen. A eso lo hemos llamado nexo entre la distribución ocupacional y poder social.

Las condiciones del nexo

A partir de la revolución industrial y a través de la historia intentaremos ver cómo ha variado el nexo.

Conviene tener en cuenta, previamente, que el **alcance de las tensiones o luchas debidas a la distribución ocupacional** viene dado y puede ser medido aplicando tres escalas: 1. El grado de oposición del grupo ante otros grupos competitivos; ¿quiénes son los adversarios?, ¿por qué?, ¿cuáles son sus bloqueos? El conocer los oponentes es fundamental para la reivindicación. En este sentido se puede decir, por ejemplo, que el carácter democrático, campechano, de los americanos privilegiados en sus contactos personales con los no privilegiados, enmascara, dificulta el reconocimiento de la desigualdad social y la clasificación de los oponentes. 2. El grado de reformulación de la sociedad global que el grupo pretende imponer; es decir, el grado de revolución o ruptura que la alternativa pretendida supone respecto al estado de cosas reinante. 3. El grado de identidad o cohesión del grupo; ¿a quiénes representa?, ¿hasta qué punto hay unión en los objetivos de reivindicación? Este aspecto fundamental de la condición de posibilidad de un movimiento social se da a un nivel muy reducido, por ejemplo, en la sociedad americana, debido al sueño de la igualdad de oportunidades, la esperanza ilimitada de «salir adelante», la convicción de que cualquier individuo puede ascender si es hábil, perseverante o afortunado. Sueño mantenido por la publicidad dada a algunos casos concretos (1).

1. Generalizando el proceso histórico occidental, se puede decir que el nexo entre la distribución ocupacional y el poder social se dio fuertemente en la época de la **revolución industrial**.

La noción de **clase social** (2) aparece en los comienzos de la revolución industrial, cuando la clase capitalista detentaba en exclusiva el poder de la organización de la industria orientada hacia el beneficio económico. El poder económico, político, burocrático y el «saber hacer» estaban asociados a la clase privilegiada capitalista o burguesa. Por lo tanto, se puede hablar de la existencia de un grupo con un fuerte grado de identidad, conciencia de lo que son, en oposición neta ante el tipo de vida y aspiraciones de los miembros del extremo opuesto de la distribución ocupacional, etc. (3). Si la clase social burguesa está relacionada con el privilegio, la clase obrera está relacionada con la alienación, condición en la que se encuentra un hombre alienado y creador al tiempo, **alienado** a nivel

(1) Sobre el tema de las clases sociales en U.S.A. y su diferencia con Europa puede ser útil Mayer, K. B.: **Clase y sociedad**, Buenos Aires, 1961.

(2) Definimos **clase social** como colectividades, organizadas o no, de individuos que condividen los mismos intereses manifiestos o latentes derivantes de su puesto homogéneo en la estructura social.

(3) Sobre las circunstancias y vida de los obreros ingleses durante la revolución industrial, cfr. Royston Pike, E.: **Human Documents of the Industrial Revolution in Britain**, London, 1966.

de retribución económica, toma de decisiones sea a nivel político o burocrático, alienado a nivel de saber técnico, alienado en comparación con otras profesiones. A esas fuentes de alienación se añaden, como características fundamentales del trabajo obrero: fatiga, aburrimiento, monotonía y la pérdida del instinto de «pericia» en el oficio. Cuando esas fuentes de alienación coinciden, entonces el poder constituido pierde toda legitimación.

La **clase obrera** fragua desde el momento en que quienes sufrían esa alienación real empiezan a ser **conscientes** de ella. El paso del yo al nosotros requiere, además de una homogeneidad sentida, una cierta capacidad de abstracción para superar el concreto; es decir, la alienación nace de una situación real, que no depende del carácter del patrón u otras circunstancias extrínsecas.

A principios de la civilización industrial parece que la alienación más agudamente percibida fue la económica. Al ser sentida por muchos hizo que se intentase una subversión contra el poder de la clase dominante, e incluso la instauración de un régimen totalitario basado en la conciencia de la unidad fundamental de todos los problemas sociales. Es decir, en los comienzos de la era industrial se dio la conciencia de clase porque las circunstancias sociales apuntaban a un máximo en el grado de oposición entre privilegiados y alienados. Los alienados o los líderes con quienes se identificaron reformularon un nuevo tipo de sistema social donde su alienación no existiese (4) y, finalmente, porque lo anterior produjo una gran cohesión o integración del grupo en la obtención de las metas de la sociedad distinta. Hay que tener en cuenta que si sólo se da el factor **identidad**, sin la existencia de un «enemigo» y sin pretender reformular la totalidad, se obtiene, a nivel de acción, un grupo de presión al cual le faltan estrategias y metas, grupo fácilmente manipulable y de logros limitados. Si sólo se da el factor **oposición**, lo que se produce es un grupo de protesta, y, por lo tanto, por falta de cohesión en el grupo, la duración también será limitada. Si sólo hay una reformulación a nivel de valores, normas y sistemas de legitimación, la inoperancia nace del hecho de ser un movimiento de ideas sociales incapaz de precisar objetivos concretos, y que, desde el momento en que lo haga, reaparecerá el conflicto de identidad y oposición de grupos de intereses que queden desfavorecidos en la nueva situación. Esa reacción real destroza la fuerza de la utopía, que, en teoría, debería ser sentida por todos (¿es éste el caso de la doctrina social de la Iglesia?).

2. Hoy, sin embargo, en el **momento industrial del mundo occidental**, el nexo entre distribución ocupacional y poder social ha variado. La noción de clase es poco operativa, porque no se ve que corresponda a la realidad. La aparición de la clase media, las profesiones, etc., han cambiado el tipo de sociedad y, por tanto, la distribución ocupacional. Es preferible aplicar la noción de conjunto de **grupos de intereses** (5) incluso a la antigua «clase» obrera. La afirmación hecha se basa en los siguientes rasgos. El intento de pasar del trabajo asalariado al control, a la toma de decisiones, a una nueva reformulación social en última instancia, ha desembocado, en la gran mayoría de los casos, en una lucha puramente económica y salarial. En la primitiva sociedad industrial se proponía un tipo de reivindicaciones

(4) Desde esta perspectiva de desahogo de tensiones reales en una nueva estructuración de la realidad, cfr. Marx, K., y Engels, F.: **Manifiesto del Partido Comunista**, Roma, 1967.

(5) Definimos **grupo de interés** a cualquier colectividad organizada de individuos que condividen determinados intereses manifiestos.

de alcance cada vez más social; pero en la moderna sociedad industrial, la disgregación de las grandes ciudades, el modelo racionalizador, han roto la cohesión «emotiva» obrera, se ha producido una creciente pluralidad de las fuentes de alienación, una diversificación en el tipo de trabajo manual, una ruptura, por tanto, en los intereses reivindicativos, que exige la aparición del concepto de grupos de interés. Esto se palpa en los sindicatos, al menos en Italia, donde las diversas ramas de afiliados pugnan por aprovecharse de la fuerza del sindicato en beneficio de su propio interés y no en favor del grupo que en la realidad sea más débil o necesitado de ayuda.

En sus principios, la lucha del movimiento obrero frente al capitalismo fue doble: por una parte quiso destruir totalmente el poder de clase, la dominación del hombre por el hombre, la autocracia del director de empresa; por otra, llevar a cabo una lucha económica, que se hace más pura y directa en la medida en que ha conseguido ya disminuir el poder social de la clase dominante. En frase de A. Touraine, «las más avanzadas formas de industrialización capitalista muestran claramente la **debilitación del poder de clase**, a la par que el mantenimiento de la economía capitalista y, por consiguiente, la **importancia de la lucha puramente económica del movimiento obrero**» (6).

Dos investigaciones hechas en U.S.A. sobre las aspiraciones del obrero pueden ser un ejemplo de lo dicho antes. En la primera, los obreros consideraron un buen trabajo el que tuviese las siguientes características: 1. Trabajo seguro.—2. Mandos intermedios razonables y amistosos.—3. Posibilidad de fijar el ritmo de trabajo.—4. Libertad para sindicarse.—5. Posibilidad de relaciones personales agradables.—6. Conocimiento e interés de la dirección por ellos.—7. Medidas de higiene y seguridad.—8. Limpieza. 9. Temperatura agradable e iluminación adecuada.—10. Trabajar con gente «con clase».—11. Posibilidad de destacar individualmente (7). En la segunda enumeraron por orden de importancia diez características de lo que se aspira, desea, en un hipotético empleo; se enumeró: 1. Trabajo seguro. 2. Condiciones de trabajo agradables.—3. Buenos compañeros de trabajo. 4. Buenos jefes.—5. Posibilidad de ascenso.—6. Salarios altos.—7. Posibilidad de poner en práctica las propias ideas.—8. Posibilidad de aprender un oficio.—9. Horario adecuado.—10. Trabajo fácil (8). Lo importante para nuestro estudio es el deseo de seguridad en el trabajo, actitud más bien realista, individual y conservadora, respecto al deseo de sindicarse. Puede suponerse que, a la larga, es más rentable un empleo seguro que otro inestable pero con mayor sueldo.

Otro factor importante es la urbanización y sus efectos disgregantes en la cohesión social. «Una investigación americana, la de M. Berger («Working-class suburb», University of California Press, 1960), permite pensar que solamente en las ciudades obreras, aisladas y homogéneas, se mantienen a la vez un fuerte valor de las relaciones de vecindad y una clara conciencia de pertenencia a un medio obrero. Pero la importancia relativa de este tipo de habitat parece en franca disminución, dado el desarrollo de las grandes aglomeraciones y la multiplicación de los medios de transporte. Andrieux y

(6) Touraine, A.: **Sociología de la acción**, Barcelona, 1969, p. 347.

(7) Wight Bakke, E.: **The Unemployed Worker**, Yale University Press, New Haven, Conn., 1940, p. 12, citado en Schneider, E.: **Sociología Industrial**, Madrid, 1966, p. 251.

(8) Wyatt, S.; Langdon, J. N. & Stock, F. G. L.: **Fatigue and Boredom in Repetitive Work**, Industrial Research Board Report 77, London, 1937, citado en Schneider, E., op. cit., p. 252.

Liguou («L'ouvrier d'aujourd'hui», París, Rivière, 1960) han mostrado que la conciencia de ser obrero era cada vez menos viva fuera de la fábrica, en los diversos ambientes de consumo, mientras que seguía siendo fuerte en la empresa. Incluso si no se aceptan las conclusiones de K. Bednarik, que más que analizar interpretan los resultados de la investigación, no es posible rechazar los numerosos estudios que demuestran que los obreros jóvenes tienen mucha menos conciencia que sus mayores de pertenecer a un medio social particular, sobre todo cuando habitan en las grandes ciudades» (9).

3. **Conclusión:** En la configuración de las reivindicaciones a favor de una mayor igualdad y menor alienación, se ha pasado de la categoría de clase social a la de grupo de interés. Se afirma, sin embargo, que aunque hayan cambiado las circunstancias, la distribución ocupacional señala la posibilidad de un grupo (cualquiera) clave, el cual puede predominar sobre los otros, en la consecución de sus intereses mediante el poder social que ejerza. De hecho se constata todos los días, aunque sea a nivel de lectura de periódicos, que distribución ocupacional y grupos de intereses opuestos son cosas inherentes a la sociedad occidental. Estos conflictos parecen ser intrínsecos al sistema social.

Respecto a la posibilidad de que actualmente se den en el «status obrero» las tres características de un movimiento ya señaladas (oposición, reformulación de la sociedad global, cohesión de grupo), parece difícil. Las reivindicaciones puramente económicas o los grupos de interés prescinden de una reformulación de la sociedad global. En lo referente a la oposición y cohesión del grupo se observa que, el aumento de la diversificación, la pérdida del control absoluto por parte de los propietarios del capital, el consumo de masas donde está inserto el obrero, le hacen separarse cada vez más de los intereses de su clase, cada vez más heterogénea. Es difícil conocer incluso los límites de la clase obrera, por ejemplo, ciertos tipos de empleados, de funcionarios, de técnicos asalariados pero sin control ni insertados en la producción. Con aspiraciones de pequeña burguesía, pero jurídicamente proletarios, económicamente impotentes, continuamente oscilando entre la derecha (status quo) y la izquierda reformista, ¿dónde colocarlos? (10). A esta complejidad se añade el que las diversas categorías de prestigio y sueldo no se correspondan; por ejemplo, los profesores, ocupando el lugar más alto de la escala intelectual, su remuneración no es correspondiente o incluso menor que la de algunos obreros especializados. Por tanto, cuanto menos homogéneas sean las escalas de jerarquía social, más difícilmente se dará la conciencia de clase.

Finalmente, conviene tener en cuenta que hay unas ciertas condiciones de organización de los intereses individuales en grupo de interés colectivo y, por lo tanto, de poder social; las hay de tipo técnico (necesidad de personal adiestrado, liderazgo, ideología), de tipo político (posibilidad, libertad o clandestinidad en la asociación...), condiciones de tipo social (comunicación, reclutamiento según criterios determinados...) (11). Esto influye en la posibilidad y tipo de conflicto.

Ahora nos adentramos en un problema que ha quedado abierto: ¿qué tipo de movimiento social jugará en la civilización industrial el rol que el

(9) Touraine, A.: *La sociedad post-industrial*, Barcelona, 1969, pp. 39-40.

(10) Mallet, S.: *Realtà conflittuale e compiti della classe operaia*, en Carbonaro, A., y Pagani, A.: *Sociologia industriale e dell'organizzazione*, p. 294.

(11) Dahrendorf, R.: *Classi e conflitto di classe nella società industriale*, Bari, 1971, p. 375.

movimiento obrero jugó durante el desarrollo de la economía capitalista?
¿Se puede saber la distribución ocupacional del futuro?

II.—LA DISTRIBUCION OCUPACIONAL EN LA SOCIEDAD DEL FUTURO

Nos centramos ahora en la segunda hipótesis que hicimos al principio de este trabajo: a partir de las tendencias actuales se puede conjeturar, con un cierto margen de fiabilidad, la distribución ocupacional que existirá en una cierta sociedad dentro de un futuro no muy lejano (treinta-cinuenta años).

Esta segunda hipótesis de trabajo exige partir de una sociedad concreta y proyectar sus tendencias ocupacionales durante un cierto tiempo según un cierto método. Se presupone que, si el método de proyección es fiable, se puede diseñar con anticipación cuál será el estrato social más importante, sus tensiones con los otros grupos e incluso las alienaciones internas que intentarán resolver los afiliados.

En cuanto al país, he elegido los Estados Unidos, debido a que su liderazgo en el proceso de industrialización va caminando hacia lo post-industrial. Esto no significa que todos los demás países industrializados de Occidente tengan que recorrer el mismo camino, sino que serán partícipes del proceso y de sus repercusiones. A la elección dicha se unen otros motivos prácticos como la cantidad de estudios proyectivos ya realizados (12).

En cuanto al tiempo de la proyección se sobrepasa un poco el año 2000, límite clásico en nuestros días.

1.—El método.

El método consistirá en hacer una proyección del armazón social actual de tal forma que nos dé un diseño del nuevo armazón buscado (13).

Los problemas serán dos: 1, El diseño del armazón social. 2, Las líneas de proyección hacia el futuro.

1.1.—El diseño del armazón social:

Lo que he llamado armazón social son las estructuras de las principales instituciones que ordenan las vidas de los individuos en una sociedad. Pretende ser un esquema conceptual más o menos útil, un intento de captar coordinadamente la sociedad subyacente. Equivale a la pretensión de encontrar una estructura dinámica capaz de ser proyectada según sus tendencias internas.

(12) Para una posible comparación entre la distribución ocupacional en U. S. A. y en Europa, cfr. Tinbergen, J.: **La fuerza laboral en el año 2000**, en «Fundación Europea de la Cultura», Europa en el año 2000, Revista de Occidente.

(13) Sobre los diversos métodos y técnicas que, en teoría, se podrían haber seguido, cfr. de Jovenel, B.: **L'arte della congettura**, Firenze, 1967; Barbieri, E.: **Previsione umana e sociale**, Roma, 1973; Bell, D.: **Twelve modes of prediction**, en Bennis (W.), Benne (K.) y Chin (R.): «The Planning of Change», New York, 1969, pp. 532-552.

Analíticamente la sociedad puede ser descompuesta en tres partes, subsistemas o subestructuras, según el principio ordenador de cada una de ellas. Estas tres partes serían:

1. Estructura social: que comprende y está formada por los roles derivantes de la economía, tecnología y sistema ocupacional, coordina todos esos roles individuales para obtener fines específicos.

2. Estructura política: que comprende y está formada por los roles de la distribución del poder.

3. Estructura cultural: que comprende y está formada por el sistema de símbolos, valores, normas, sistemas de legitimación que ofrecen significados y dan una jerarquía a las posibilidades de la conducta.

Cada uno de estos tres aspectos de la sociedad industrial se ha configurado respecto a un principio clave: 1) La estructura social se ha configurado en torno al economismo como fin específico clave (colocar recursos que den el máximo de beneficio, etc.). 2) La estructura política se ha configurado en torno al principio de la participación. 3) La estructura cultural se ha estructurado en torno al principio de la plenitud y realce del yo.

1.2.—Las líneas de proyección hacia el futuro:

En las líneas de proyección hacia el futuro habrá que tener en cuenta dos aspectos, uno cualitativo de individualización de los principios configuradores de cada una de las subestructuras o subsistemas en la nueva situación, y otro cuantitativo de extrapolación, en la dirección de ese principio configurador, de las magnitudes ahora actuantes. En el caso que los cambios en el sistema social se desarrollen lógicamente y no se den factores exógenos relativamente grandes e imprevisibles (catástrofes a nivel geográfico, guerras mundiales, desastres atómicos, etc.), la proyección habrá podido cubrir el margen temporal previsto.

A la vista del método, las conclusiones tendrán al menos dos limitaciones previsibles, efecto de las posibilidades limitadas de este trabajo. La primera limitación nace del hecho de que, para estudiar la distribución ocupacional, tenemos que centrarnos en la marcha de la estructura social, lo cual nos hace poner en segundo lugar las estructuras política y cultural, las cuales influirán ciertamente en la respuesta de las tensiones derivantes de la distribución ocupacional. La segunda limitación nace del hecho de que la sociedad USA no es independiente. Está referida y en interrelación con el resto de las sociedades terrestres. El hipotético paso de sociedad industrial avanzada a post-industrial está condicionado no sólo por sus tensiones internas, sino por las condiciones de posibilidad que las otras sociedades ofrezcan a su expansión post-industrial. Es decir, un aumento de precisión en las conclusiones requeriría la formación de un escenario a nivel mundial que rodease la configuración de la sociedad USA del 2000 y la misma USA estudiada como un microescenario.

2.—Desarrollo y resultados.

Nuestro objeto de análisis, en el encuadre antes referido, era: la distribución ocupacional (y su incidencia en el poder) como configurante de la sociedad futura.

Estudiaremos: 1. Hacia dónde se mueve la estructura social. 2. El tipo de distribución ocupacional que ese movimiento determina. 3. La posibilidad de un cambio en el actual principio configurador: el economismo.

2.1.—Movimiento de la estructura social.

Se acepta comúnmente que el proceso de desarrollo va unido al proceso de industrialización. Eso significa un paso de las fuerzas de trabajo del sector agrícola al sector de fabricación y finalmente, con el crecimiento de la renta nacional, el sector predominante será el de servicios que comprende el comercio, la banca, salud pública, espectáculos, investigación, educación, gobierno, etc....

En Africa y Asia, por ejemplo, en 1960 más del 70 por 100 de las fuerzas de trabajo lo hacían en la agricultura. En 1969 en USA el 60 por 100 ya trabajaba en el sector de servicios y se calcula que en 1980 la hará el 70 por 100. Una relación entre las fuerzas de trabajo por sectores y su participación en el PNB, en algunos países industrializados, puede verse en la tabla 1, que no precisa de comentarios.

Tabla 1

País	Agricultura		Industria		Servicios	
	% de PNB	% de trabajo	% de PNB	% de trabajo	% de PNB	% de trabajo
Alemania Oc. ...	4,1	10,6	49,7	48,0	46,2	41,4
Francia	7,4	16,6	47,3	40,6	45,3	42,8
Inglaterra	3,3	3,1	45,7	47,2	51,0	49,7
Suecia	5,9	10,1	45,2	41,1	48,9	48,8
Holanda... ..	7,2	8,3	41,2	41,9	51,6	49,8
Italia... ..	12,4	24,1	40,5	41,1	51,7	45,1
U. S. A.	3,0	5,2	36,6	33,7	60,4	61,1

Año: 1969. Fuente: Organisation for Economic Cooperation and Development (Paris). Citado en Bell, D.: **The Coming of Post-Industrial Society**, New York, 1973.

El paso de la producción de bienes a la de servicios en USA, como actividad de la mayoría, viene dado a través de la tabla 2.

Tabla 2

**DISTRIBUCION DE EMPLEO POR BIENES Y SERVICIOS, 1948-1968.
PROYECCION HASTA 1980 (en miles)**

	1947	1968	1980	% de cambio	
				1947-1968	1968-1980
Total	51,770	80,780	99,600	56	23
Total producción de bienes... ..	26,370	28,975	31,600	9,8	9
Agricultura, montes y pesca	7,890	4,150	3,180	(— 48)	(— 23)
Minas	955	640	590	(— 33)	(— 9)
Construcción... ..	1,980	4,050	5,480	10	35
Manufacturación... ..	15,540	20,125	22,358	29	11
Durable	8,385	11,850	13,275	41	12
No durable	7,160	8,270	9,100	15,5	10
Total producción de servicios	25,400	51,800	67,980	104	31
Transportes y servicios públicos... ..	4,160	4,500	5,000	8	10
Comercio (por mayor y detalle)	8,950	16,600	20,500	85,5	23
Banca, seguros, servicios agrícolas... ..	1,750	3,275	4,640	113	24
Servicios (personal, profes., negocios)	5,050	15,000	21,000	135	40
Gobierno	5,470	11,850	16,800	117	42
Federal... ..	1,890	2,735	3,000	45	10
Estado y local ...	3,580	9,110	13,800	150	52

Fuente: The U. S. Economy in 1980, Bureau of Labor Statistics Bulletin 1673 (1970).

Nota: Los datos de 1980 consideran un 3 por 100 de desempleo. Con un 4 por 100 estarían afectados un millón (99,600-98,600) y la baja estaría distribuida entre producción de bienes (31,600-31,000) y producción de servicios (67,980-67,300).

Citado en Bell, D., op. cit., p. 131.

Viendo la tabla se observa que en el sector de producción de bienes la agricultura y minas tenderán a decrecer en términos absolutos. La construcción continuará aumentando en esta década. Manufacturación continúa siendo el sector mayoritario; sin embargo, si se descuenta lo que viene empleado en atender a necesidades de defensa militar, ha crecido relativamente poco. Los empleados del gobierno han crecido considerablemente; en 1980 uno de cada seis americanos trabajarán en el gobierno; esto se debe sobre todo al incremento de la enseñanza. Dentro de la manufacturación hay que tener en cuenta que el incremento de la técnica, calculadoras, controles automáticos, hace que se espere que la proporción de trabajadores «con mono» vaya disminuyendo. Pero lo que está claro es que si

una sociedad industrial viene definida como productora de bienes y, en ella, el sector de manufacturación le imprime el rasgo predominante, entonces se puede afirmar que USA no es ya una sociedad industrial.

Sin embargo, nuestro problema no es sólo conocer el sector principal, sino qué tipo de trabajo realizan las personas dentro de cada sector.

2.2.—El tipo de distribución ocupacional.

La primera fase de la industrialización origina el trabajador semi-cualificado que en pocas semanas puede aprender un oficio rutinario. Estos trabajadores han constituido la categoría más numerosa. La expansión de la economía de servicios trae un incremento de los trabajadores de corbata o «cuello blanco» (white-collar). En USA, en 1956, estos trabajadores superaron a los del «mono» (blue collar); a partir de entonces han sido cada vez más numerosos. Todo indica que estamos viviendo una sociedad «programada» (su medio de acción es la programación) o «tecnocrática» (si se quiere indicar el tipo de poder que la domina).

La distribución ocupacional puede verse, de forma más pormenorizada en los años 1968 y 1980, en la tabla 3.

Tabla 3

DISTRIBUCION OCUPACIONAL, NUMEROS Y PORCENTAJE, DESDE 1968 (ACTUAL)-1980 (PROYECCION)

Grupo ocupacional	1968		1980	
	Núms. (miles)	%	Núms. (miles)	%
Total	76,000	100	95,000	100
Trabajadores «de corbata» (White-collar)	35,600	46,7	48,300	50,8
Profesionales y técnicos	10,300	13,6	15,500	16,3
Managers y funcionarios... ..	7,800	10	9,500	10
Empleados	12,800	16,9	17,300	18,2
Vendedores	4,600	6	6,000	6
Trabajadores «de mono» (Blue-collar)	27,500	36,3	31,100	32,7
Artesanos y capataces	10,000	13,1	12,200	12,8
Operarios (semiespecializados)	14,000	18,4	15,400	16,2
Mano de obra	3,500	4,7	3,500	3,7
Servicios domésticos y gubernativos	9,400	12,4	13,100	13,8
Agricultores, granjeros	3,500	4,6	2,600	2,7

Fuente: Datos computados por U. S. Department of Labor Bulletin 1673. Citado en Bell, D., op. cit., p. 123.

Nótese que empiezan a disminuir los puestos de semiespecializados, en tantos por ciento, que fueron la clase más numerosa dentro del grupo predominante de antaño: crecen los profesionales y técnicos. Este cambio es el núcleo de nuestro problema, pero «no se trata de saber si desaparecen los obreros y el sindicalismo, sino de preguntar si el movimiento de la clase obrera se halla hoy, al igual que ayer, en el centro de la dinámica y, por consiguiente, de los combates de la sociedad. Esta cuestión clara merece un respuesta simple, incluso aunque en seguida haya que añadir matizaciones y explicaciones complementarias: la clase obrera ya no es, en la sociedad programada, un actor histórico privilegiado» (14). Todo radica en el hecho de que el sindicato no discute la sociedad actual programada, no discute el poder social, sino ciertas decisiones. No se pone directamente en cuestión el poder social. En esa manera el sindicalismo obrero no es ya una fuerza revolucionaria.

El cambio más llamativo del cuadro anterior es el incremento de puestos para profesionales y técnicos, personas que necesitan estudios superiores o medios. En 1940 había de esa categoría, 3,9 millones; en 1964 ya eran 8,6 millones; en 1968, 10,3; se supone que en 1975 serán 13,2 y en 1980, 15,5 millones de profesionales y técnicos. El aumento del porcentaje de los científicos y técnicos ha sido el triple que el de la población activa. El crecimiento en esta categoría supera a todos los otros grupos. Dentro de esa categoría el mayor grupo lo forman los profesores (más de dos millones), luego el personal sanitario (dos millones, más o menos), científicos e ingenieros (1,4 millones, más o menos). Dentro de la categoría tienden a crecer los profesores y los técnicos. Se postula, por tanto, que las ocupaciones profesionales y técnicas van a ser el corazón de la sociedad post-industrial.

La explicación del fenómeno puede ser la siguiente: industrialización, profesionales y burocracia son cosas relacionadas. Esto lo demuestra el hecho de que en Rusia y USA, dos países de ideologías diferentes, están dirigidos por la misma clase profesional y técnica. En Rusia, la clase técnica y profesional ha suplantado a la clase trabajadora en la dirección de la revolución. En USA la clase técnica y profesional ha suplantado a los propietarios del capital en las funciones directivas (15). Parece lógico suponer que la dinámica del desarrollo lleva inherente la aparición de los tecnócratas y burócratas como clase directiva (16).

Lo anterior nos plantea el futuro de esta nueva clase trabajadora, sus posibles alienaciones, sentido de «clase social», o grupos de interés que se originarán en ella, etc. Sobre la posible cohesión u homogeneidad conviene tener en cuenta, aunque matizando algunos aspectos, que, según Touraine, «cuando se ha entrado en la categoría de los dirigentes ya no se sale de ella. Puesto que los tecnócratas sólo son un elemento del sistema de poder, muchos de ellos, a buen seguro, ven que su posición se eleva o desciende según que el equipo gubernamental les sea o no favorable. Pero su seguridad de empleo es muy grande, y siguen percibiendo su remuneración incluso cuando se hallan en situación de «disponibles». Se forma así un medio que ciertamente no es homogéneo, pero que cobra una cierta conciencia de sí, adopta determinados tipos de conducta y ejerce un cierto control sobre su reclutamiento» (17).

(14) Touraine, A.: **La sociedad post-industrial**, op. cit., pp. 18-19.

(15) Sobre el colapso del capitalismo familiar, cfr. Bell, D.: **El fin de las ideologías**, Madrid, 1964, cap. 2.

(16) Cfr. Galbraith, J.: **The New Industrial State**, London, 1967, capítulos 1 y 6.

(17) Touraine, A.: **La sociedad post-industrial**, op. cit., pp. 56-57.

La «nueva clase» plantea también un problema para los sindicatos de trabajadores ya que, de hecho, el porcentaje de trabajadores es exactamente el mismo que en 1947 (18). El poder de los sindicatos obreros, ¿tiende a disminuir en la época post-industrial? Todo parece indicar que sí. Mientras que los sindicatos de gente de «corbata» aumentan (19). ¿Hasta qué punto se están creando las bases de homogeneidad cultural y de condiciones reales que hagan aparecer una nueva conciencia de clase? Las organizaciones profesionales de USA (ingenieros, doctores, profesores), ¿seguirán como hasta ahora en los próximos treinta años o se harán más militantes y agresivas? Los que fueron universitarios en la década de los 60, ¿trasladarán a los sindicatos profesionales aquella problemática? Ese es fundamentalmente el problema del futuro respecto a la distribución ocupacional.

La «nueva clase» tiene una paga superior a la de los obreros, pero su alienación radica en el hecho de que no podrán realizarse a un nivel profesional, sino que su actividad estará rutinizada, preestablecida, determinada. La idea del provecho capitalista les hará trabajar en solución de problemas que den dinero y tendrán que resolverlos en función del beneficio económico. La estructuración y división del trabajo les hará dedicarse a resolver problemas preseleccionados y a no poder interesarse por otros problemas sentidos. De la misma manera que la industria tomó en el siglo pasado a los campesinos y les hizo poner sus músculos al servicio de la producción, la industria ahora toma a los universitarios, personas que son capaces de realizar un trabajo creativo o independiente, que tienen capacidad de síntesis, de análisis, de invención creativa y las hará producir en áreas predeterminadas, solucionar problemas fijados de antemano (20). Se ha sustituido el préstamo muscular por el préstamo de cerebro. Es un nuevo tipo de fuerza de trabajo universitaria al servicio del capital. Nace, pues, la hipótesis de una «nueva clase», producto de una nueva alienación. En esta línea es interesante la constatación de Touraine: «uno de los aspectos del movimiento de mayo más importantes para el futuro es que ha demostrado que no era en los grandes sectores, más organizados, de la clase obrera donde estaba más viva la sensibilidad para los temas nuevos de contestación. No fueron los ferroviarios, los portuarios ni los mineros quienes desbordaron mayormente los objetivos puramente reivindicativos. Fue en los sectores económicamente más avanzados, en los gabinetes de estudio, o entre los cuadros que ejercen funciones de calificación y no de autoridad, y, naturalmente, en la universidad, donde aparecieron los movimientos más innovadores y radicales» (21). Es indicativo también que O. Benoit y M. Maurice («Les relations entre direction et salariés», 2 vols., cicl., Paris, I. S. S. 1960) han demostrado que los técnicos, en una empresa moderna, eran más sensibles que los obreros a los problemas relacionados con la jerarquía y con la carrera, pero recurrían más infrecuentemente que ellos a un análisis en términos de clases de la empresa y su dirección (22).

El liderazgo de esa nueva clase tratará de resolver su propia alienación, ya dicha, en el contexto de una problemática de economía nacional más

(18) Bell, D.: **The Coming of Post-Industrial Society**, pp. 138-139.

(19) Cfr. Bell, D., op. cit., p. 142.

(20) «Todo trabajo mal escogido, inadaptado al individuo, entraña para éste efectos nocivos. Todo trabajo experimentado como algo ajeno por quien lo realiza es, en el sentido propio del término, un trabajo "enajenado"» (Friedmann, G., y Naville, P.: **Tratado de Sociología del Trabajo**, México, 1963, vol. 1, p. 17).

(21) Touraine, A.: **La sociedad post-industrial**, p. 20.

(22) Idem, p. 45.

amplia. Los problemas globales que tendrán que resolver se prevé que serán los siguientes: El crecimiento ocupacional lo experimenta el sector de servicios, que no es directamente productivo de mercancías y, además, tiene una productividad menor que la del sector de producción directa de bienes. ¿Desencadenará este hecho una inflación que hará detener el proceso? ¿Logrará la clase profesional autojustificar su «utilidad» en términos monetarios? ¿Lograrán los profesionales hacer suficientes avances tecnológicos y organizativos como para ser rentables? Hasta ahora estos problemas han sido solucionados, en parte, gracias al sistema de las multinacionales. ¿Podrá continuar USA con este sistema en el futuro? ¿La dejarán otros países operar y beneficiarse en sus mercados?

Estos problemas, a los que está abocada la sociedad americana, ¿pueden ser resueltos como hasta ahora? ¿exigen un nuevo tipo de configuración de la actividad empresarial? Esos efectos colaterales del sistema productivo ¿harán cambiar el propio sistema?

2.3.—La posibilidad de un cambio en el actual principio configurador: el economismo.

Hemos postulado que el grupo social más importante por su posibilidad potencial de liderazgo y cambio social serán los graduados profesionales. ¿Intentarán cambiar el tipo de industria que los ha originado?

La sociedad industrial occidental ha tenido tres rasgos característicos: la formación de las grandes corporaciones como prototipo de toda empresa de negocios (el crecimiento de la corporación era un indicador); el amoldar el obrero a la máquina y a sus ritmos, y los conflictos laborales. Se prevé que esos tres rasgos van a cambiar. Hoy se aprecia dentro de las grandes corporaciones una tendencia hacia una mayor autonomía de las unidades menores (cfr. el caso de los departamentos en las universidades). Respecto al trabajo son cada vez menos las personas que lo hacen en interacción con máquinas en ritmos de producción y, más—a causa del crecimiento del sector terciario—quienes «trabajan» con hombres. Respecto a los conflictos laborales y conciencia de clase ya vimos su evolución (23).

Tal vez el hecho más saliente en cuanto a la corporación es que, a los ojos de la opinión pública, no se ve que coincidan el interés colectivo y el interés de la corporación. Se ha empezado a criticar así el motor de la corporación como algo disociado del interés colectivo. Se detecta que todo está ordenado en torno a la productividad, la cual tiene dos pilares, el ingeniero y el economista. El ingeniero que diseña la mejor máquina y el economista que calcula la mejor mezcla de hombres y máquinas en orden a la producción del beneficio económico. Este principio que llamamos «economismo» revolucionó la sociedad y ha configurado la sociedad actual, la ha jerarquizado. Medios, fines y actividades han sido evaluados en términos monetarios, ha sido el principio-eje del sistema social.

Ese principio (economismo) y esa técnica (productividad) se han fundido en una institución (corporación). Se puede decir que esta invención social de la corporación gigante no tiene más de sesenta años.

Pero el economismo tiene límites percibidos. El deseo de desarrollo económico centrado en el consumo de bienes económicos ha prevalecido sobre

(23) Cfr. Bell, D., op. cit., cap. IV.

la conservación de los bienes «libres» (aire limpio, agua, conservación de la naturaleza o la satisfacción de estar con los amigos, etc.); las fábricas de coches ensucian el agua y el aire con sus productos y eso no entra en el precio del coche. Por otra parte, resulta contradictorio el que se dé excesivo énfasis al consumo privado y luego se pretenda que los privados paguen impuestos sin sentir que es algo que se les sustrae de sus posibilidades económicas. Otros límites que tiene el economismo son: A) Mayor interés en la productividad que en la satisfacción del trabajo de sus empleados. B) Desinterés en emplear ciertos grupos o miembros de la sociedad menos capacitados, pero que necesitan vivir. C) Dificultad en medir el valor del trabajo de un hombre.

Todas esas cosas hacen que la corporación sea criticada y que se busque un modo nuevo de hacer las cosas. Un modo más social basado, en cuanto al hombre, en una visión no atomista del individuo, sino en una idea de la justicia social y de la participación de todos los ciudadanos en una mejor distribución de bienes y de tareas a realizar. Basado, en cuanto a los bienes, en una mayor preservación de los bienes libres y de la ecología. Todo eso pasará por la decisión pública a nivel político.

Esta visión de las tendencias de la corporación post-industrial está en concordancia con los rasgos que se proponen de una nueva ética mundial, necesarios para que la raza humana pueda afrontar su supervivencia. Rasgos obtenidos del estudio de unos recursos limitados de la tierra y de la consecuencia que la raza humana tendrá que aprovecharlos cada vez mejor a nivel tecnológico. En síntesis, la visión ética mundial futura se propone así (24):

1. Desarrollo de una conciencia mundial a través de la cual cada individuo realice su rol como miembro de la comunidad mundial. Debe entrar a formar parte de la conciencia de cada individuo el hecho de que «la base de la colaboración humana y, por tanto, de la supervivencia, consiste en el paso de un nivel nacional a un nivel global».
2. Desarrollo de una nueva ética de los recursos materiales, que lleve a un modo de vivir compatible con la era de escasez que se está acercando. Esto requerirá una nueva tecnología productiva basada sobre un uso mínimo de materias primas y sobre una larga duración del producto.
3. Nueva actitud ante la naturaleza fundada sobre la armonía y no sobre la conquista. El hombre será en la teoría y en la práctica una parte de la naturaleza.
4. Para que la especie humana sobreviva, el hombre debe desarrollar un sentido de identificación con las generaciones futuras y estar dispuesto a renunciar a ventajas personales en favor de aquellos de las generaciones que vendrán. Si cada generación busca el máximo bien para sí, el «homo sapiens» está ya condenado.

Creo que estos son los rasgos fundamentales de la sociedad post-industrial en lo referente al nexo distribución ocupacional-poder derivante: un nuevo grupo mayoritario que puede derivar hacia clase social en caso de que su alienación colectiva sea lo suficientemente grande como para originar conciencia de clase. Ese grupo puede caminar hacia la reivindicación simple

(24) Mesarovic, M., y Pestel, E.: *Strategie per sopravvivere*, Milano, 1974, pp. 125-126.

PABLO LASSO

o usar su poder social para reformular la corporación industrial actual, ampliamente criticada y con efectos laterales negativos para la colectividad y ellos mismos. Sus enemigos o adversarios tal vez sean otros profesionales radicados en el «economismo» y que ocupen puestos directivos. Respecto a las condiciones de organización de los intereses individuales en un grupo, me parece que, aunque la base de alienación existe, faltan todavía pasos en el aspecto de la coordinación ideológica y la imaginación social para poner en pie una nueva corporación.

La prensa obrera en España (1900-1923) (*)

Por Víctor Manuel ARBELOA

VI: LA PRENSA OBRERA DE SANTANDER

La prensa obrera de Santander que he podido ver, dentro de este segundo período que estoy estudiando, muy bien conservada en esa admirable Biblioteca Menéndez Pelayo de la ciudad montañesa, se reparte entre la publicación anarquista **Adelante**, que saca 42 números entre 1902 y 1903; el semanario socialista **La Voz del Pueblo**, dirigido por Manuel Olivero, Alvaro Ortiz e Isidoro Acevedo, que se mantiene desde 1898 a 1905; **El Trommel**, también socialista, pero de menor alcance que el anterior, que, desde 1906 a 1908, sustituye de alguna manera a **La Voz**, cuando ésta dejó de publicarse, probablemente al pasar Acevedo a hacerse cargo del semanario socialista de Bilbao, **La Lucha de Clases**; y la revista católica quincenal, luego mensual, **Boletín del Obrero**, órgano de las asociaciones católicas obreras de Santander, que, como todas las de su género, sólo por extensión y analogía puede enumerarse dentro de la prensa obrera, y que se publica durante siete años, desde 1905 a 1912. Añado como apéndice el **Boletín Oficial de la Asociación de Obreros de Santander**—que he encontrado después de estudiar el primer período—, órgano de la cooperativa de consumo, que aparece en 1872, de carácter cooperativista, y del que sólo se conservan tres números.

Las cuatro primeras publicaciones se distinguen, como casi todas las de aquel tiempo, por su carácter polémico y agresivo, y por su dependencia de otras publicaciones españolas o ex-

* En la cabecera del artículo que con el mismo título se publicó en el número 119, julio-septiembre, de REVISTA DE FOMENTO SOCIAL, páginas 311 y sigs, se filtró una errata: donde dice «(1920-1923)», debe decir «(1900-1923)», como el lector habrá podido fácilmente deducir por el contenido del escrito. (N. de la R.)

tranjeras del mismo signo, cuyas transcripciones llenan buena parte de sus páginas. Las tres primeras—el **Boletín del Obrero** tiene, sin duda, otras fuentes de ingresos—sufren, como el resto de la prensa obrera del tiempo, apremios económicos, que no se disimulan, y que probablemente—salvo en el caso de **El Trommel**, cuya desaparición parece debida a conflictos con la administración local—fue la causa de su desaparición. Un conocimiento profundo de la prensa burguesa santanderina de entonces, y que yo no tengo, sería necesario para conocer los motivos de esa desaparición, así como el nacimiento de otros probables periódicos obreros.

No cabe duda de que estos periódicos son un archivo insustituible para la historia del movimiento obrero en Santander e incluso para la de Vizcaya, íntimamente unida en ese tiempo a la de la provincia montañesa.

«ADELANTE»

Subtítulo: **Semanario Socialista Obrero.**

Lemas: «Solidaridad-Ciencia».

Lugar de edición:

Santander. «Dirección: Diego Cortázar, Travesía de San Matías, número 1, 1.º Administración: Emilio Carral, Plaza de Velarde, Kiosko número 1». Desde el núm. 18 (24 de agosto de 1902): «Toda la correspondencia a Francisco F. Moldes, Lista de Correos». Desde el número 24 (5 de octubre de 1902): «Toda la correspondencia a José Manuel Méndez, calle de la Blanca, núm. 6, 2.º». Desde el núm. 33 (7 de diciembre de 1902): «Toda la correspondencia a Juan Blanco, calle de la Consolación, 2, 2.º».

Imprenta de **El Dobra**.

Frecuencia: «Aparece los domingos».

Publicación:

Se conserva la colección completa, desde el 1 de mayo de 1902 (número 1) hasta el 8 de marzo de 1903 (núm. 42).

Páginas: Cuatro.

Precio:

España, al trimestre, 1 pta. Extranjero, 1,75. Número suelto, 0,50 pesetas. Paquete de 30 ejemplares, 1 peseta.

Formato: 42,9 × 31,2 cm.

Objeto y tendencia:

Anarquista.

«Las protestas de los oprimidos—escriben sus redactores—, la agonía de los que por luchar en pro de la causa del proletariado sufren, ora en un hospital, ora en las cárceles y presidios, nos ha recordado el ineludible deber de ayudar de una manera enérgica y práctica a la vez a nuestros hermanos de trabajo; deber que todo obrero ha de deducir al leer en las sangrientas páginas de la historia humana el horrible calvario recorrido por el miserable esclavo llamado trabajador, víctima de la tiránica opresión del régimen capitalista» («Nuestro saludo», núm. 1).

Diciendo el credo común del socialismo ácrata, escribe Anastasio Juan en el mismo número: «Nuestra aparición más o menos estable en el vasto campo de la prensa obrera y en la esfera del socialismo ácrata, viene a ser, si no una fuerza positiva, un elemento a sumar entre los muchos que en el palenque de las ideas vienen a romper una lanza en pro del bienestar del proletariado» («Nuestros propósitos»).

Secciones:

Folletín de **Adelante**. Notas instructivas. Curiosidades. Sentida (pincelada literaria). Tinta Roja (poemas). Noticias. Huelgas. Recortes y pegotes (polémica antisocialista, anticlerical, etc.). Actos civiles. Movimiento obrero (España y extranjero).

Colaboradores:

Anastasio Juan, Diego Martínez Barrio, José María Herrera y Muñoz, Adolfo Vasseur, José Montero (Santander), J. M. Tortajada (Torrelavega), Francisco F. Moldes, José Manuel Méndez (Santander), Juan de Meiza (Santander), Manuel Fernández, Cándido Ruiz, Vicente Blanco, Eduardo Pérez Iglesias, Vicente García (desde Inglaterra), Guillermo Fernández, Manuel Acuña, José Prat, Vicente Daza, Teresa Claramunt, Vicente Carreras, Gregorio Muro (Bilbao), Vicente Sobadillo, J. Mejuto, A. Uriarte (Santander), Joaquín Julio Fernández (Sevilla), Francisco Díaz Madroñedo.

Trabajos más importantes:

«Los prejuicios religiosos: A la mujer», por Vicente Blanco, núms. 3 y 4 (11 y 18 de mayo de 1902). «Falsos redentores», por José María Herrera (contra los socialistas), núm. 7 (8 de junio). «La utopía socialista», por Vicente Blanco (contra los bonos de trabajo y el lema «A cada uno el producto íntegro de su trabajo», que atribuye a los socialistas), núm. 10 (29 de junio). «La resurrección proletaria», por Diego Martínez Barrio, dedicado a Adolfo Vasseur, núm. 15 (3 de agosto), al que contesta éste con el artículo «¿Verdad, Maestro?», últimas palabras del artículo de Barrio (generalizando la miserable situación expuesta por éste en Andalucía y sobre la regeneración anarquista del mañana), núm. 16 (10 de agosto). «Pecadora» (la prostituta Paquita García, «La Farinelli»), por Diego M. Barrio, núm. 18 (24 de agosto). «Tolstoi y su doctrina», por Vicente Blanco (contra las «castradoras creencias místico-espiritualistas-religiosas» del escritor ruso), núm. 19 (31 de agosto). «El bonete y el maüser», por Joaquín Dicenta, núm. 25 (12 de octubre). «Socialistas y anarquistas», por José M. Méndez, núm. 27 (2 de noviembre). «Autoritarismo»,

por Kropotkin, núm. 30 (16 de noviembre). En el mismo número, «Correspondencia anarquista», de Zola. «La mentira religiosa», de Max Nordau, núm. 31 (23 de noviembre). Mitin de controversia entre Isidoro Acevedo y Emilio Carral: «Balance doctrinal», núm. 34 (14 de diciembre). «Socialistas y anarquistas», por Vicente García, núm. 37 (4 de enero de 1903), y dentro de una serie de artículos («El socialismo del Estado no es otra cosa sino la continuación de la actual sociedad con su Gobierno y sus parásitos, algo atenuados; el anarquismo es la muerte del régimen existente con todos sus accesorios y el triunfo de la sociedad del bien...»). En el Folletín se publica, de los núms. 1 al 24 (5 de octubre de 1902), el trabajo «Pensativo», de Juan Serrano y Oteyza, del I Certamen Socialista del Centro de Amigos de Reus, 1885. Desde el núm. 29 (9 de noviembre) se publica el trabajo de Pedro Gori «Treinta y seis acusados de malhechores: Defensa ante el Tribunal de Ginebra».

Observaciones:

Se insertan numerosas transcripciones de **El País, Tierra y Libertad, Temps Nouveaux, El Rebelde**, etc.

Según los últimos números, se vende el periódico en siete puestos de Santander; en cuatro, según el último. En estos mismos números se publican apremiantes llamamientos a los suscriptores de fuera de la capital para que abonen el importe del tercer trimestre.

En Santander existían al menos tres grupos anarquistas: el «Grupo Adelante», al que pertenecía Emilio Carral; el «Grupo Nitro», al que pertenecía José Diego Cortázar, y el «Grupo Redención», del que hacía parte José María Herrera, según una misiva «A la Agrupación Socialista de Astillero», firmada por los tres citados, en el núm. 5 (25 de mayo de 1902).

Lugar donde se encuentra:

Los 42 números se encuentran en el BMP de Santander.

«LA VOZ DEL PUEBLO»

Subtítulo: Semanario Socialista Obrero.

Lugar de edición:

Santander. Red. y Admin.: Vargas, 19, bajo. Desde el núm. 2 (7 de agosto de 1898): Animas, 12, Centro Obrero. Ver el apartado de

Redacción y colaboradores.

Imprenta de A. Quesada. Desde el núm. 2 (7 de agosto de 1898): Imprenta Obrera, Animas, 12. Desde el núm. 62 (15 de octubre de 1899): Tipografía de «El Cantábrico», Compañía, 3 y 5.

Frecuencia: «Aparece los domingos».

Publicación:

Se conserva desde el 19 de junio de 1898 (núm. 1) hasta el 16 de diciembre de 1905 (núm. 376).

Páginas: Cuatro.

Precio:

Número suelto, 5 céntimos. España, 1 peseta al trimestre. Ultramar, 1,25. Portugal, 1,75. Otros países, 1,75. «Los pagos adelantados, en libranza o sellos.» Desde el núm. 62 (15 de octubre de 1899) se suprime la referencia a Portugal y Ultramar.

Formato: 42,2 × 31,4 cm.

Objeto y tendencia:

Socialista del P.S.O.E., cuyo programa insertan en el núm. 1, y en el núm. 2, el programa municipal aprobado en el congreso de Valencia.

«A combatir todos los atropellos y a demoler todas las iniquidades, que con clase tan digna y valiosa (la trabajadora) se cometen, han de dirigirse nuestros esfuerzos, siendo nuestra única aspiración contribuir al planteamiento de la nueva sociedad, base de la armonía universal y de la abolición de todas las injusticias» («A la prensa y al público», núm. 1).

Redacción:

«La correspondencia—se dice en el núm. 1—se remitirá a la Redacción y Administración, a nombre de Manuel Olivero.» Desde el núm. 2 se asigna a éste la correspondencia administrativa, y la de Redacción, «a nuestro director». Desde el núm. 16 (13 de noviembre): «La correspondencia de Redacción se dirigirá a nombre de Alvaro Ortiz, Viñas, 6, 4.º drcha., y la de Administración, a nombre de Eduardo Rojas, Carbajal, 4, 1.º drcha.» Desde el núm. 25 (29 de enero de 1899), la correspondencia administrativa «a nombre de José Cuevas, Vargas, 19, bajo». Desde el núm. 77 (27 de enero de 1900): «La correspondencia de Redacción, a Isidoro Acevedo, Cuesta de la Atalaya, 4, 1.º, y la de Administración, a Eduardo Rojas, Carbajal, 4, 1.º». Desde el núm. 178 (4 de enero de 1902), la dirección de Redacción, al mismo nombre, en Convento, 4, 2.º izquierda, y la de Administración, a nombre de José María Solinís, Cuesta de la Atalaya, 6, 1.º derecha.

Secciones:

Sección Literaria. Rápida (firmada frecuentemente por Beram de Susje). Pinceladas, sustituida después por Rasguños (gacetilla antiburguesa y anticlerical). Rumores locales. Movimiento obrero o social. Noticias generales (locales y no locales). Nuestros muertos. Tribuna obrera (crónicas de corresponsales). Huelgas: Interior y Exterior. Variedades.

Trabajos más importantes:

«Los socialistas abogamos por la paz» (de **Vida Nueva**), por Pablo Iglesias; núm. 1. «Nuestro programa» (programa del Partido Socialista), del mismo, aunque sin firmar, núm. 3 (14 de agosto) al número 8 (V) (18 de septiembre). «El trabajo de las mujeres y el salario», por J. Guesde y P. Lafargue, núm. 6 (4 de septiembre). «¡Escuelas! ¡Escuelas!», por José Nákens (contra el catolicismo, la escuela), número 7 (11 de septiembre). «Antagonismo de clases», por Jaime Vera, núm. 15 (6 de noviembre). «Colectivismo», por Jaime Vera, números 16 y 17 (13 y 20 de noviembre). «Colaboradores del Socialismo», por E. de Amicis, núm. 18 (27 de septiembre). «Concepción económica de la historia», por Juan Bautista Justo, núm. 38 (30 de abril de 1899). «De las minas» (sobre la situación conflictiva en Astillero), núms. 39 y 40 (7 y 14 de mayo). «Los jesuitas», por Alfredo Calderón, núm. 49 (16 de julio). «El ejército de Dios», por Miguel Bakunin, *ibíd.* «La educación de las masas», por Juan José Morato, núm. 57 (10 de septiembre). «El Socialismo y el Cristianismo», por J. A. Lebrón, núm. 77 (27 de enero de 1900). «Republicanos y socialistas», núms. 85 (24 de marzo), 86, 89 y 93 (19 de mayo) («Si en España no ha triunfado la República, es por causa de los republicanos y de sus divisiones»). «El triunfo del socialismo», por José Verdes Montenegro, núm. 128 (19 de enero de 1901). «La democracia cristiana», por Alfredo Calderón, núm. 133 (23 de febrero). «La enseñanza laica», por Amparo Martí, núm. 152 (6 de julio). «La Federación local» (Congreso celebrado en Santander para la creación de la Federación Local de Sociedades Obreras; 13 sociedades con 3.000 asociados; fue reelegido Isidoro Acevedo), núms. 159-162 (24 de agosto al 14 de septiembre), ver también núm. 157 (10 de agosto). «La cuestión obrera», por Timoteo Orbe, núm. 180 (18 de enero de 1902). «Las clases y su desaparición», por Federico Engels, núm. 189 (22 de marzo). «¡Hermosa libertad!», por Pablo Lafargue, núm. 194 (26 de abril). «La evolución del Estado», por Augusto Bebel, núm. 197 (17 de mayo). «Los socialistas y la Iglesia», por X., núm. 213 (6 de septiembre). «El obrero y la taberna», por Julián Aguilera, núm. 230 (3 de enero de 1903). «II Congreso de la Federación Local de Sociedades Obreras de Santander» (representados 3.000 federados), números 234-235 (31 de enero y 7 de febrero). «Canalejas en Santander» (artículo crítico; los socialistas se niegan a comprar la platea ofrecida en el teatro Principal, de Santander, donde habla Canalejas, y sorteán las entradas en galería y paraíso), núm. 237 (21 de febrero). «Política religiosa de Canalejas» (frente al «más iglesias y menos conventos», que parece sintetizar el pensamiento de Canalejas, los socialistas van más allá: a dejar la iglesia «reducida al hogar, que es su límite»), núm. 239 (7 de marzo). «La lucha de clases», núm. 250 (23 de mayo). «El triunfo de los socialdemócratas alemanes», núm. 258 (18 de julio). Necrología de José Mesa, número 280 (13 de febrero). «Maura en Santander», núm. 306 (13 de agosto). «Iglesias en Santander» (conferencia en el Centro Obrero, número 319 (12 de noviembre). «Educación socialista», por Pablo Iglesias, núm. 328 (14 de enero de 1905). «Crónica de una revolución», por Eva Sarkoff, núms. 330-331 (28 de enero y 4 de febrero). «Reflexiones a la juventud santanderina», por «el Comité de la Juventud Socialista», del núm. 346 (20 de mayo) al 350 (17 de junio). «Los sindicatos y la acción política», por Pablo Lafargue, núm. 351 (24 de junio).

En los folletones del periódico aparecen diversos trabajos. Del número 3 (14 de agosto de 1898) al núm. 21 (1 de enero de 1899) se publican los **Discursos pronunciados en el meeting de controversia de Santander el 15 de mayo de 1892 entre Pablo Iglesias y Antonio María Coll y Puig, director de «La Voz Montañesa»**. Del núm. 23 (15 de enero de 1899) al 60 (1 de octubre del mismo), **El último día de un sentenciado a muerte**, de Víctor Hugo. Del núm. 62 (15 de octubre) al núm. 69 (3 de diciembre de 1899), **Observaciones a la cuestión social**, de Edmundo de Amicis. Del núm. 70 (10 de diciembre de 1899) al núm. 75 (14 de enero de 1900), **La Revolución**, de Aquiles Loria. Del núm. 77 (27 de enero) al núm. 84 (14 de abril de 1900), **La jornada de trabajo**, de José Ingenieros, firmado en Buenos Aires, febrero de 1900. Del núm. 108 (1 de septiembre) al núm. 117 (3 de noviembre de 1900), **Las organizaciones de resistencia**, por Pablo Iglesias. Del núm. 118 (10 de noviembre de 1900) al núm. 127 (12 de enero de 1901), **Catecismo socialista**, de J. L. Joynes. **Organización local de la Agrupación Socialista de Santander** se publica en el número 128 (19 de enero). Del núm. 149 (15 de junio de 1901) al número 155 (27 de julio del mismo año) aparece **Controversias en el Ateneo de Palencia. Discurso de Luis A. Vázquez, presidente de la Agrupación Socialista palentina, contestando a Gregorio Amor, catedrático del Seminario**. Del núm. 323 (10 de diciembre de 1904) al número 332 (11 de febrero de 1905) se publica **Pablo Iglesias en el Partido Socialista Obrero**, por Fidel [Antonio García Quejido]. Del número 333 (18 de febrero de 1905) hasta el último número, **La cooperativa práctica: Cómo se funda, se administra y se hace prosperar una cooperativa**, por Víctor Serwy, secretario de la Federación de Cooperativas Socialistas de Bélgica; traducción y prólogo de Rajisal.

Hay numerosas transcripciones de **El Socialista**—muchas veces sin indicarlo—; de **La Lucha de Clases**, de Bilbao; de **L'Asino** (¿a través de **La Nueva Era**?), de **La Revista Socialista**, **El Mundo Obrero** (Alicante), etc.

Colaboradores:

Isidoro Acevedo, Domingo Pérez (Mieres), Jaime Vera, Alvaro Ortiz, Felipe Carretero, E. Fernández del Pozo, Alfredo Calderón, E. de Amicis, Roberto Castrovido, M. de Beltrán (Sestao), Juan José Morato, J. Cuevas, M. Rivero (Santander), Antonio Atienza, José Estrañi (Santander), José Fernández Orbeta (Santander), Isidoro Soto (Santander), F. Isidro Socasans (Santander), Domingo Cueto (Santander), A. García del Río (Torrelavega), Santos Landa (Santander), Eduardo Rojas (Santander), Pedro Lucio (Burgos), Amparo Martí, José Ingenieros, E. Torralva Beci, J. Comaposada, Rafael Jimeno, Ricardo Oyuelos, Juan Domenech, Dr. Forgaxa (Astillero), Víctor Huergo (Gijón), R. Sánchez Díaz, V. Martínez Piquer (Barcelona), Francisco Toca (Santander), E. Jiménez (Madrid), José María Gutiérrez (Santander), Timoteo Orbe, J. Dicenta, Julián Aguilera, Miguel Cano, Manuel Suárez (Gijón), F. Blázquez, Javier Perdel, Gumersindo Carrañeja, Emilio G. Mellán (Gijón), M. Tostajada, Ernesto Estévez (Orense), Luis Villaoz, Pedro Antín, Simón Pedernales, R. de la Vega, Casimiro Muñoz, Dr. Madrazo, etc.

Se reproducen varios trabajos de los habituales colaboradores de números extraordinarios de **El Socialista**, dedicados al 1 de mayo,

V. M. ARBELOA

los años 1901-1905: de Oyuelos, Posada, Mora, Meabe, Buylla, Clarín, Picón, Dorado, Botana, Altamira, Verdes Montenegro, Vigil, Unamuno...

Observaciones:

Aparecen algunos grabados, sobre todo en los extraordinarios del 1 de mayo.

El núm. 15 (16 de noviembre de 1898) está triturado por la censura militar en sus páginas 1, 2 y 3; lo mismo, la página 2 del núm. 16 (13 de noviembre del mismo año).

En el artículo «Suspensión honrosa», del suplemento al núm. 2, se atribuye al periódico católico **Páginas Dominicales** el no haber podido publicar el semanario en la misma imprenta. Con dicho periódico polemiza acerbamente en los primeros números, lo mismo que, en menor medida, con **La Atalaya**.

Los suplementos al núm. 74 (11 de enero de 1900) y al núm. 75 (sin fecha), ambos de una página, están dedicados a la huelga de panaderos de Santander.

Durante el año 1905 aparece citado el **Boletín de la Federación Local de Sociedades Obreras**, que no he encontrado en ninguna parte.

Lugar donde se encuentra: En la BMP de Santander.

«EL TROMMEL»

Subtítulo: Periódico quincenal, Defensor de la clase trabajadora.

Lugar de edición:

Astillero.

Desde el núm. 42 (14 de diciembre de 1907): Santander. No sale en Astillero «porque el alcalde se niega a autorizarlo, no sabemos si colocándose la Constitución por montera».

Imprenta: «La Ideal», Rampa de Sotileza, Santander. Desde el número 16 (24 de noviembre de 1906): Carbajal, 4, Santander.

Publicación:

Se conserva desde el 1 de mayo de 1906 (núm. 1) hasta el 25 de enero de 1908 (núm. 45).

Páginas: Cuatro.

Precio: «En España, un trimestre, 50 cts. Pago adelantado».

Formato: 31,1 × 22 cm.

Objeto y tendencia:

Socialista del P. S. O. E. «La correspondencia al director: Industria, 7 (Centro Obrero)».

Redacción y colaboradores:

Aparecen las firmas de Francisco Valverde, Dr. Forgas, Domingo Pérez Reventún, J. S. Higuera, Antonio Valverde, F. Linares (de la Juventud Socialista de Bilbao), José María Gutiérrez, Benigno Miranda (La Habana), Alvaro Ortiz...

Secciones:

Picantillo municipal (por el Dr. Forgas). Sección de noticias (nacional). Tribuna obrera (provincial). Desde Cabárceno (crónica local).

Trabajos más importantes:

«La Juventud Socialista de Santander a los trabajadores» (convocando a un mitin en el Centro Obrero contra el Círculo Católico de obreros de Santander, diciendo que los católicos se han negado a convertirse con ellos), núm. 20 (19 de enero de 1907). «El mitin de Castro Urdiales» (mitin de los mineros de Santander y Vizcaya, con asistencia de 7.000 personas y la adhesión de 58 colectividades, celebrado el 29 de marzo para mantener las peticiones presentadas al Círculo de Patronos Mineros en junio de 1906, y protestar contra la condena a ocho años de cárcel de Isidoro Acevedo, director de **La Lucha de Clases**, de Bilbao (hablaron Achúcarro, Rosario Herranz, Torralva Beci, Domingo Pérez, Cabello y Perezagua), núm. 25 (6 de abril de 1907). «El amo», por el Dr. Jaime Vera, núm. 41 (23 de noviembre). Necrología de Alvaro Ortiz, núm. 28 (18 de mayo). En el mismo número, «Unión es fuerza», fábula en verso de Ortiz, de quien se publican varias composiciones en los números siguientes.

Observaciones:

Numerosas transcripciones de **La Lucha de Clases**, de Bilbao. Anuncia el catecismo **Sin Dios**, de Mangassarian, prologado por Meabe, de venta en el establecimiento «La Electra», Industria, 2, Astillero, a 1 peseta el ejemplar. En el núm. 27 (4 de mayo de 1907) aparece el retrato de Isidoro Acevedo, cuyas tarjetas se venden a 10 y 5 céntimos.

En el suplemento al núm. 9 (4 de septiembre de 1906), una página, está el artículo de Domingo Alvarez titulado «El Ejército ante las huelgas», publicado en **Ejército y Armada** y reproducido aquí, «tanto por el buen juicio y severa lógica, como por su oportunidad en estos momentos de lucha»; el artículo condena la intromisión del Ejército en los litigios de trabajo.

En la Sección de noticias del núm. 44 (11 de enero de 1908) se dice que los suscriptores que no hayan pagado el último trimestre no recibirán más ejemplares: «Advertimos que los pagos de suscripción son por trimestres adelantados, y que sin **agua** no se puede **lavar**».

La suscripción voluntaria—comenzada en el núm. 43—para el pago de la multa de 125 pesetas que «el ex alcalde Casi» puso al director, y demás gastos del proceso del mismo, ascienden en el núm. 44 (11 de enero de 1908) a 46,75 pesetas; entre los donantes de la última lista aparece «Un lerrouxista». La multa les fue impuesta por el artículo, publicado en el núm. 40 (9 de noviembre), titulado «La alcaldada», en el que se ridiculizaba al alcalde por negarse a sellar, como de costumbre, los tres ejemplares del núm. 39, y en el que se pedía, a la vez, la dimisión de las autoridades. También en los números 42 y 43 aparecen dos artículos titulados «Administración desastrosa», contra la administración local. Tal vez y como resultado de todo ello fue suspendido el periódico.

Lugar donde se encuentra: En la BMP de Santander.

«BOLETIN DEL OBRERO»

Subtítulo: Organó de las Asociaciones católicas obreras de Santander.

Frecuencia:

«Revista quincenal. Se publica los días 1 y 15 de cada mes». Desde el núm. 162 (1 de marzo de 1912): «Revista mensual».

Publicación:

Se conserva desde el 1 de marzo de 1905 (núm. 1) hasta el 1 de octubre de 1912 (núm. 169).

Lugar de edición:

Santander. Administración, Hernán Cortés, 9. Desde el núm. 51 (1 de abril de 1907) no se indica dirección alguna, y desde el núm. 121 (1 de marzo de 1910): Redacción y Administración, calle de San José, 12. Imprenta «La Propaganda Católica», Hernán Cortés, 9.

Páginas: Ocho. Desde el núm. 13 (1 de septiembre de 1905), cuatro páginas.

Precio:

«Por un año, dentro o fuera de la capital, 1 ejemplar, 2,50; 25, 30,00; 50, 50,00; 100, 90,00 ptas.»

Formato:

Hasta el núm. 12 (15 de agosto de 1905), 30,9 × 21,8. Desde entonces, 41,4 × 31,1.

Objeto y tendencia:

En el editorial titulado «Nuestros propósitos» escriben: «Nosotros tenemos resuelta hace tiempo la norma de nuestra conducta. El So-

berano Pontífice Pío X, en el **Motu Proprio**, dado en Roma en 18 de diciembre de 1903, presenta a cuantos se interesan por la acción católica en la sociedad civil las leyes a que, es su voluntad, se sujeten rendidamente», se transcriben esas normas, tomadas de las encíclicas **Quod Apostolici Muneris** y de la **Rerum Novarum**. Si la igualdad de los hombres—según la regla segunda—es sólo en cuanto al origen de Dios creador, la redención por Jesucristo y los premios y castigos finales, de ahí se sigue—según la regla tercera, tomada de la primera de las encíclicas citadas—«que en la sociedad humana es conforme a la ordenación de Dios que haya príncipes y súbditos, patronos y proletarios, ricos y pobres, instruidos e ignorantes, nobles y plebeyos, los cuales, unidos todos con vínculos de amor, se ayuden a vivir y a conseguir su último fin en el cielo, y aquí, sobre la tierra, su bienestar material y moral». Siguen las normas sobre la legitimidad de la propiedad privada, la obligación de caridad de los ricos, de la aceptación de la limosna por los pobres, etc.

Colaboradores:

José Rogerio Sánchez (catedrático de Literatura en Santander, secretario de la «Asociación Católica» y del «Círculo de obreros»; se trasladó a Madrid el 7 de noviembre de 1906: v. núm. 42, (15 de noviembre de 1906), Alonso López, Adolfo Claravana, J. M. Caraballo (salesiano), José de Posse y Villelga, Enrique Jiménez Díaz, Juan González Pérez, A. Bracho, Luis León, Emeterio de Pedreña, Juan Antonio Zugasti (jesuita consiliario del Círculo Católico), Francisco Revuelta Rubayo, José María de los Corrales, Miguel Santamaría, Tito Benítez, Ignacio Herrero, Rosendo Vilanova (presbítero), Juan Manuel Borrás...

Trabajos más importantes:

«Proyecto de un congreso obrero: Unidad de la acción social», por José de Posse y Villelga (volviendo sobre la idea de convocar un congreso de las Asociaciones Católicas Obreras del Norte de España, tras la Asamblea regional de Valencia), núm. 7 (31 de mayo de 1905). «Asamblea de Asociaciones Católicas de obreros de la Región Norte de España en Burgos» (convocatoria del Círculo Católico de Burgos, siguiendo la iniciativa de Santander), núm. 11 (1 de agosto): el congreso se aplaza de nuevo por el Consejo del Círculo de Burgos, con fecha 5 de septiembre (núm. 15, 28 del mismo), a causa de varias observaciones de otros Círculos y por haber decidido el Consejo Nacional de Asociaciones Católicas Obreras celebrar un congreso regional del Norte la próxima primavera. «El engaño del anticlericalismo», núm. 15 (28 de septiembre). «Los católicos alemanes» (proponiendo como ejemplar la combatividad y la organización de los católicos alemanes, alentados por las persecuciones religiosas y el crecimiento del socialismo). «Capitalismo» (copiado de **El Pueblo**, de Bilbao, defendiendo el «capitalismo insustituible», y condenando a la vez a los capitalistas, cuya «inmensa mayoría» «no tienen entrañas ni vergüenza ni sentido común»), núm. 30 (15 de mayo de 1906). «El Estado-Capital» (contra los socialistas), núm. 31 (1 de junio). «Asociaciones mixtas», por José de Posse y Villelga, número 33 (1 de julio). «Anarquismo y anarquistas en España» (breve pincelada histórica), ibíd. «Socialismo y Religión» (sobre su incompatibilidad), núm. 54 (15 de mayo de 1907). «El Congreso de Agri-

cultura en Santander» (sobre el VII Congreso de Agricultores Castellanos), núm. 89 (31 de octubre de 1908). «El credo anarquista», por «Esperanzas», núm. 119 (1 de febrero de 1910). «El resurgir de la fe» (crónica de la manifestación contra la escuela laica), núm. 121 (1 de marzo). «Las escuelas laicas», por Andrés Manjón, núm. 128 (1 de junio). «Inauguración del Círculo Católico de Santoña», número 137 (15 de octubre). Necrología del P. Vicent, núm. 166 (1 de julio de 1912).

Observaciones:

Numerosas transcripciones de **Revista Social, El Pueblo**, de Bilbao; **El Amigo del Obrero, La Gaceta del Norte, La Acción Social Popular, El Pueblo Obrero**, de Valencia; **La Voz de Valencia**, agencia **Prensa Asociada**.

El suplemento al núm. 17, una hoja, contiene el discurso de José María de Urquijo, el 22 de octubre de 1905, en el Círculo Católico de Santander.

El suplemento al núm. 82 (24 de julio de 1908), una página, trae el programa de la peregrinación obrera a Zaragoza.

Lugar donde se encuentra:

En la BMP, la colección pasa del núm. 162 (1 de marzo de 1912) al núm. 166 (1 de julio del mismo año). Falsa numeración desde el número 149 (1 de mayo de 1911), que dice 144 y continúa mal.

APENDICE

«BOLETIN DE LA ASOCIACION DE OBREROS DE SANTANDER»

Subtítulo: En los núms. 5 y 8, **Sociedad cooperativa de consumo**.

Lugar de edición: Santander. Imprenta de Solinis y Cimiano, Arcillero, 1.

Frecuencia: «Se publica todas las semanas».

Publicación:

Se conserva desde el 18 de julio de 1872 (núm. 1) hasta el 8 de septiembre del mismo año. En el primer número se dice «agosto» por julio.

Páginas: Ocho.

Precio: Dos cuartos.

Formato: 23,9 × 16,8 cm.

Objeto y tendencia:

En la reunión de la Junta Directiva del 11 de julio de 1872 se acordó la publicación de un semanario para que sirviera de órgano infor-

mativo, de plataforma de opinión y órgano de defensa. En el primer número, la Junta Directiva invita a la suscripción al **Boletín** de la cooperativa, que, «órgano de la misma, tenga al corriente a los asociados de todo cuanto referente a ella pueda interesarles» («La Junta Directiva a sus asociados»). «Todo obrero—se escribe en la cabecera del periódico—tiene derecho a emitir su opinión en las columnas de este **Boletín**, siempre que el asunto sea de interés para la Asociación y no se roce con la política.»

Redacción y colaboradores:

El **Boletín** se consagra a los asuntos de la cooperativa: avisos oficiales, contaduría, tesorería, relación de compras, tarifas de los géneros, etc.

Sabemos sólo que era presidente de la cooperativa Faustino Rozadilla, y secretario, Valentín Raba.

Trabajos más importantes:

En los núms. 5 y 8, y bajo el título «Reflexionemos», después de lamentar que para la formación de la candidatura, incluida en el número 5, para la elección de la próxima Junta, no se reuniera la tercera parte de los socios, inserta el capítulo V de la **Historia de las clases trabajadoras**, de Fernando Garrido, donde se habla de los primeros pasos del socialismo en Inglaterra, de Robert Owen, y de las experiencias cooperativas de Rochdale, para hacer ver «hasta dónde puede llevar la fe a los que, como nosotros, se asocian bajo el lema del trabajo y la cooperación» (núm. 5).

Observaciones:

En el núm. 5 se inserta la lista de socios, que son 235. Las rentas del quinto trimestre (6 de marzo a 3 de septiembre de 1972) daban 119,714 ptas. (núm. 8). Los fondos en caja, según el número 1, 15.863,62 Rvn., y en bonos, 2.859,72 Rvn.

Un Real Decreto de 20 de junio de 1872, aparecido en la **Gaceta** del día 22, declara a la Asociación de Obreros de Santander, a instancias del presidente de ésta, Manuel Torre, «con derecho a los beneficios que concede el artículo 11 del Reglamento de 20 de marzo de 1870 a las cooperativas, para el pago de contribuciones de subsidio» (núm. 1).

El **Boletín** recibe la visita de **Revista Social**, de Manresa (núm. 8), a la cual desea «larga vida y numerosas suscripciones».

Se publican varios anuncios comerciales.

Lugar donde se encuentra:

En la BMP de Santander se encuentran los núms. 1 (18 de julio de 1872), 5 (18 de agosto de 1872) y 8 (8 de septiembre de 1872). Al núm. 8 le faltan las dos últimas páginas.

Tejeira: Un pueblo del Bierzo (León) *

Por Prisciliano CORDERO DEL CASTILLO

I.—LA AVENTURA DEL VIAJE

Muy de mañana, uno de los primeros días del mes de marzo pasado, la Directora de las Cátedras de la Sección Femenina, el Director de la Escuela Sindical y yo, como sociólogo de la Organización Sindical, salimos de León camino del Bierzo en misión de reconocimiento.

El padre Valera, «misionero» de las comunidades del alto Burbia, había solicitado a la Delegación Provincial de la Sección Femenina los servicios de una Cátedra para uno de los pueblos del valle.

En Villafranca nos esperaba un Land Rover a las 10,30 y no había tiempo que perder. Después de una breve parada en Ponferrada para tomar café en el Hostal del Temple, seguimos el camino para llegar puntuales a la cita con Pepe, el conductor del Land Rover que nos trasladaría a nuestro punto de destino: Tejeira. En la plaza de la Alameda, de Villafranca, hicimos el cambio de coche, y a las 11 de la mañana emprendimos la aventura por el valle del Burbia arriba.

A pocos kilómetros de Villafranca, la carretera de Paradaseca, de buen firme de piedra, pero excesivamente estrecha, comienza a elevarse sobre el valle y a serpentear montaña arriba, ofreciéndonos todo un abanico de a cuál más bellos y originales paisajes: paisajes de montaña rocosa, inundada de luz y color, paisajes de laderas cubiertas de brezos rompiendo a florecer, paisajes de frágiles puentes colgados sobre el abismo y de senderos de belenes que unen la carretera con los pequeños poblados que quedan ocultos en cada hondonada.

Pepe nos ve sorprendidos por la belleza del paisaje, que para él era tan ordinario, y advierte en nosotros el temor disimulado y en ocasiones hasta el pánico, cuando la carretera parece desplomarse en el abismo o cuando, en cada curva, el Land Rover nos muestra los pequeños meandros que el Burbia va formando allá abajo. Pero Pepe, que es bueno, callado y comprensivo, sin aludir directamente a nosotros, nos tranquiliza al decir que hasta el presente, en los dos años que él lleva haciendo ese recorrido, no ha tenido ningún accidente.

* Presentamos este artículo como gráfica y triste muestra de una realidad olvidada en nuestro país: los poblados de zonas submarginales. (Nota de la Redacción.)

Después de 12 kilómetros de angosturas llegamos a Paradaseca, donde dejamos la carretera para coger uno de esos senderos zigzagueantes que va bajando y trepando según le dictan los valles y collados. Los tres a una, con la plena adhesión de nuestro conductor, coincidimos en calificar de autopista a la carretera que acabábamos de dejar atrás, al compararla con el sendero que, a lo largo de 18 kilómetros y en el tiempo de una hora y cuarenta minutos, nos serviría para atravesar una serie de valles y montañas hasta poder llegar a Tejeira. Desde este momento pierde importancia el paisaje, no porque haya perdido originalidad y belleza, sino porque aumenta en nosotros el nerviosismo de una forma manifiesta.

El Land Rover, de doble tracción, va haciendo todo lo que puede, a trozos para salir del lodo que cubre el camino, a trozos para no resbalar por la escarpada roca en que se asienta el sendero sobre el precipicio. Afortunadamente, a la altura de Villar de Acero encontramos la vereda cortada por un desprendimiento de peñas. Digo afortunadamente porque este incidente nos permitió hacer un alto, respirar profundo y relajar los nervios. Nos apeamos del Land Rover y nos pusimos «manos a la obra» a limpiar el camino. La operación fue breve, gracias a la pericia y larga experiencia de Pepe en estos menesteres. Con nuevos ánimos emprendimos la curvilínea final que duraría otros muy largos y difíciles ocho kilómetros.

Al final del camino, donde las montañas se entrelazan para cerrar el paso y hacer frontera entre León y Lugo, a la sombra de Peñarrubia, el valle se abre en forma de gran caldera y alberga en la ladera sureste un puñado de casas y pallozas, colgadas unas sobre otras y presididas por la ermita de Nuestra Señora de Pentecostés, que, colocada en lo alto de un cerro en forma de atalaya, se yergue sobre el poblado.

Al doblar la última curva, cuando se comenzó a divisar la rinconada que recoge las setenta y cuatro personas de Tejeira, no pudimos disimular nuestra admiración y contento, exclamando en loas para el paisaje y para el pueblo. Pepe, no muy seguro de haber entendido nuestras exclamaciones, pero intuyendo el significado de las mismas, nos desengañó con una sonrisa maliciosa y sapiencial, que hizo acompañar del refrán: «No es oro todo lo que reluce». Muy pronto nosotros mismos podríamos comprobar que Tejeira, de gran belleza en su ecología natural, era una maqueta de todos los males que puede tener una sociedad primitiva, pobre y marginada.

Como Pepe, además de taxista, es el presidente pedáneo y el dueño de la única tienda, cantina y fonda que existe en el pueblo, nos llevó a su casa, donde nos esperaba su mujer, Asunción, con la comida en la mesa: tortilla de patatas, jamón y chorizo; luego prepararía unos filetes que le traía su marido de Villafranca, y así, después de dos horas y veinte minutos de viaje, entre la abundancia de la mesa y una buena dosis de apetito, disfrutamos de una opulenta comida.

Después de comer, entre claros y chubascos, dimos un recorrido por las calles del pueblo, si es que a aquellos senderos y pasadizos que van de una casa a otra se los puede dar el nombre de calles. Inmediatamente pasamos a ser noticia en todo el pueblo, y se corrió la voz de que Pepe había traído a unos señores de León que venían a hacer no sé qué cosas. Las señoras y los niños, asomados a las puertas, y los hombres, en corrillos a las esquinas, todos seguían nuestros pasos con inquietud. Hasta que la Tomasa, con calzas hasta la rodilla, zapatillas a chancleta, el pañuelo atado al moño y unas sayas pardinegras, se acercó a nosotros y, en un

medio gallego medio castellano, nos preguntó por el Dionisio, su hijo, que había ido al médico a Madrid y ya hacía veinte días que no sabía nada de él.

—Señora, nosotros no venimos de Madrid, y no sabemos nada de su hijo—se adelantó uno de nosotros a contestarle.

Pero ella insistía:

—Díganle que nos escriba, que mande noticias por ustedes, que su padre y yo estamos preocupados.

Así fue cómo se rompieron las distancias entre nosotros y el pueblo y así fue cómo todos, uno tras otro, primero las mujeres y luego los hombres, se acercaron a hablarnos cada uno de sus penas y todos de la triste situación del pueblo. «Nos esperábamos tener luz y tener carretera; pero hay que se fastidiar, que nadie se acuerda de nos», comentaba un señor de unos cincuenta años y de baja estatura, aminorada por la casi extravagante vestimenta que llevaba: pantalones muy anchos y excesivamente largos, chaqueta muy pequeña, de mangas raídas, y una gorra caída hacia adelante, que cubría parte de su cara.

El aspecto del pueblo, de las casas y de la misma gente era deprimente: las calles estaban encharcadas entre fango y estiércol, que con la lluvia escurría por los pasadizos adelante; las casas, muchas de ellas con una sola puerta de entrada, y de muy reducidas dimensiones, son compartidas por los animales domésticos y sus dueños. Todas ellas están precedidas de un minúsculo huertecillo, en donde almacenan el estiércol de los animales, por encima del que necesariamente tienen que pasar al entrar y salir de casa. Las gentes son sencillas, cargadas de bondad natural para el forastero, envejecidas en su juventud, mal vestidas y con falta de alimentación, encorvadas por ese afanoso subir y bajar a la sierra y en un estado tal de primitivismo sólo imaginable para sociedades del Tercer Mundo.

Los hombres de Tejeira no se han enfrentado a la Naturaleza ruda e inhóspita que les rodea, no han luchado lo suficiente para dominarla y hacerse superiores a ella, se han acomodado a sus exigencias, se han mantenido en un plano de pura aceptación del medio ambiente. Las mujeres, de aspecto serrano, enfundadas en colores oscuros inidentificables, iban y venían al campo cargadas con arados romanos al hombro y con grandes fajos de heno a la cabeza o a las espaldas. Los niños estaban desnutridos, descalzos y mal vestidos.

Estas impresiones que nos produjeron Tejeira y sus gentes nos hicieron dar un **SI** rotundo a nuestra misión. Sí a hacer todo lo que se pueda por estas gentes. Sí a dar a conocer esta situación a nuestra sociedad leonesa. Sí a que una Cátedra de la Sección Femenina se trasladase a Tejeira durante unos meses para convivir con aquellas gentes y enseñarles lo más elemental para elevar aquellas condiciones de vida a plano humano.

II.—UN DÍA DE CONVIVENCIA EN TEJEIRA

Ya han pasado varios meses desde aquella primera visita de inspección, y la Cátedra lleva ya varias semanas en Tejeira. La Directora me invitó a dar unas charlas o, mejor, a pasar un día de convivencia con las gentes de Tejeira. Acepté gustoso y volví a repetir la misma aventura

del viaje con el fin de conocer un poco más detalladamente la situación de las gentes de Tejeira.

Pocas veces he vivido horas tan apretadas, sin un programa prefijado, pero sin un minuto libre para reponerme de una sorpresa y caer en otra aún mayor.

A las pocas horas de convivir con los vecinos de Tejeira, después de compartir su comida, su casa, sus preocupaciones y hasta su indignación, pude ir apreciando las siguientes situaciones dignas de mención:

1. Estratificación social.
2. Vivienda.
3. Salud e higiene.
4. Servicios.
5. Tradiciones.

1.—Estratificación social.

Tejeira, sociedad exclusivamente rural y en un alto grado de aislamiento social, no varía mucho de esas sociedades actuales subdesarrolladas del Tercer Mundo o de aquellas otras históricas donde la madre Naturaleza lo era todo, donde el culto a la Naturaleza, a la fecundidad y a la mujer se identificaban, donde la mujer, símbolo de la fecundidad y de la abundancia, ocupaba un lugar preferente en la sociedad. A las pocas horas de vivir en Tejeira se descubre un sistema familiar eminentemente matriarcal, aunque hoy se encuentre en fuerte crisis, debido a las nuevas ideas que aportan los emigrantes a su retorno al pueblo.

En Tejeira, la mujer es la encargada del hogar: ella prepara el caldo, hace las labores y atiende a los niños; pero, además, es la que carga con el arado romano al hombro y sale a hacer las faenas del campo, muchas veces acompañada de su marido. Ella guía las vacas durante la arada y abona las reducidas parcelas repartiendo cuidadosamente el estiércol y desmenuzándolo con sus propias manos; ella es la que acarrea el heno cargándolo sobre su cabeza y la que, en otras épocas, se pasa el día en la montaña cuidando de sus vacas y sus cerdos. A la vuelta del trabajo del campo, ella tiene que «despachar» (ordeñar y dar de comer al ganado), mientras su marido contempla impasible estas faenas y espera a que su mujer termine para prepararle la cena.

Esta preponderancia de la mujer en la relación trabajo la concede un primer puesto entre los miembros de la familia y en la misma sociedad, y ella, para hacerse más acreedora a tal «status», intensifica su participación en la relación trabajo, olvidándose de otros aspectos fundamentales. No sabe leer ni escribir, pero tampoco la preocupa; no anda aseada ni se arregla, pero no le interesa, ya que conquistará a su marido y ganará su estima, más que en estos valores, en la productividad dentro de aquellas estructuras económicas de mera subsistencia. De aquí que en Tejeira, siendo una sociedad eminentemente matriarcal, la mujer haya terminado siendo una esclava de su marido, de su familia y de la sociedad. Mientras, el «home» de la casa, partiendo de su condición de dominado, se ha convertido en el señor, con tiempo libre para marcharse a las ferias de todo el contorno, para charlar con los otros «homes» del pueblo o para presumir de una esposa trabajadora y muy dueña de su casa. De hecho, la Cátedra constató que la asistencia de los hombres siempre fue masiva a todos

los actos programados, mientras que las mujeres asistían, mucho peor vestidas y aseadas, sólo a los actos que tenían lugar en la noche, una vez que terminaban las faenas propias de su condición.

2.—La vivienda.

El retorno de los emigrantes a Tejeira está cambiando el sistema de vivienda. De hecho son ya ocho las familias que, después de haber hecho unos ahorros en el extranjero, han vuelto al pueblo y han sustituido las pallozas por casas que reúnen las condiciones mínimas de habitabilidad. Hoy día son ya pocas las pallozas que quedan en el pueblo y menos aún las que aún siguen siendo habitadas. La estructura de todas ellas es bastante similar a la que habitan Juan y Lucía, matrimonio de veintisiete y veintiún años, respectivamente. Su palloza, de forma circular, tiene un muro de peñas apiladas unas sobre otras y unidas con argamasa de fabricación casera, de dos metros de alto, en el cual se abren una sola puerta y tres minúsculas ventanillas. De este muro arranca en forma cónica un armazón de maderas que alcanza unos siete metros de altura. Este armazón va recubierto exteriormente por una espesa capa de paja larga de centeno, que forma la techumbre.

El espacio interior de la palloza está distribuido en partes proporcionales para los animales y para las personas, partiendo del «llar» o piedras colocadas en el centro, donde se hace el fuego. Alrededor del «llar» hay unos troncos arreglados que sirven de bancos. A la izquierda, separadas por unas tablas atravesadas y discontinuas, se encuentran las dependencias de los animales. Sobre esta parte para los animales hay un techumbre hecha de palos y paja majada, que forma una segunda planta, en donde colocan la ropa. En la parte derecha del «llar» se encuentran las dependencias de la familia: un gran salón comedor, continuación del «llar», y dos dormitorios, cuyas paredes están formadas por tablas contiguas.

La iluminación, necesaria durante todo el día, la hacen con gabuzos o palos secos de urces.

Pero lo más común en todo el pueblo es la casa de planta alta, en la que la parte baja está destinada a los animales, y la parte alta, a la vivienda de las personas. En este tipo de vivienda, el «llar» está también en la parte baja, separado de los animales por tablas ralas. También existe otro modelo de vivienda de planta baja, con una única puerta de entrada, cuya estructura interior es muy parecida a la de las pallozas.

Como las condiciones de higiene y sanidad en las viviendas no permiten la conservación de los animales en la propia casa, existen en el pueblo varios hórreos, muchos de ellos compartidos por varias personas, en donde guardan la matanza y las cosas de valor, ropas, vajilla de la fiesta, etc. Estos hórreos, que son compartidos por varias personas, están divididos en compartimentos, algunos de ellos no mayores de dos metros cuadrados, totalmente independientes y con una puerta-ventana de acceso a la calle. La propiedad de uno de estos compartimentos fue canjeada hace tres años por un huerto de 35 metros cuadrados.

El mueblario de las casas es rústico y muy antiguo, y muchos de los arcones, armarios y sillas son de fabricación casera. Por otra parte, al no existir luz eléctrica en el pueblo, no hace falta decir que los electrodomésticos y tantos otros servicios de nuestra sociedad son desconocidos en todo Tejeira.

3.—Salud e higiene.

Como nota típica de una sociedad aislada y encerrada en sí misma, en Tejeira se ha dado un alto grado de endogamia, cuyo resultado más mensurable es el alto número de subnormales en el pueblo, que alcanza un total de ocho personas.

Otra enfermedad bastante generalizada en Tejeira es el bocio, principalmente entre mujeres y a partir de los cuarenta y cinco años. El único tratamiento que se está siguiendo en todo el pueblo para combatir esta enfermedad es el recetado por un brujo o curandero de la provincia de Lugo, que, en tiempo inmemorial, dio a los antepasados de una de las familias del pueblo. El tratamiento consiste en tomar dos veces al año y durante nueve días seguidos un vaso de agua con unas gotas de yodo.

También se puede considerar como enfermedad el raquitismo en toda la población, pero principalmente entre los niños, cuya mortalidad es del 80 por 100. La falta de alimentación y de contenido vitamínico es sorprendente.

La dieta diaria de alimentación, generalmente, está formada por un caldo y, desde hace pocos años a esta parte, por un poco de leche en el desayuno; a media mañana suelen tomar un trozo de tocino y una rebanada de pan; la comida, que suele ser entre las dos y las cuatro de la tarde, dependiendo del trabajo que esté desempeñando la mujer en el campo, consiste en un «caldo más concreto, con berza y hebra de cerdo»; y luego la cena, formada por cachelos y un trozo de tocino. Si un día la mujer no tiene tiempo de preparar la cena, la suple con «un caldo concreto».

El caldo lo preparan en una olla grande, para cinco o seis días, y los ingredientes principales son: berza, tocino, hebra y chorizo.

La falta de una alimentación racional y la falta absoluta de higiene en los alimentos y en las mismas comidas producen una desnutrición en los niños y un envejecimiento prematuro en los mayores, que eleva el índice de mortalidad a cualquier edad. Es raro el hombre o mujer que a la edad de cuarenta y cinco o cincuenta años no ha perdido toda o al menos parte de su dentadura.

Si la alimentación es deficiente, es aún peor la higiene de los alimentos almacenados sobre el techo de paja del establo o colgados en la casa compartida por animales y personas, la higiene de las casas y de las mismas personas, habituadas a pasar por encima del estiércol apilado a la entrada de la vivienda, al convivir con sus animales domésticos y a practicar poco el aseo personal, ya que no es un valor de su cultura. Recordemos que las mujeres son las encargadas del trabajo en la cocina y en el establo, solamente separados por unas tablas, y que ellas mismas cargan el estiércol y lo desmenuzan con sus manos para repartirlo mejor en sus pequeñas parcelas.

Todo este entorno físico más la casi total ausencia de asistencia médica hace que la «esperanza de vida» de Tejeira sea notablemente inferior a la media nacional y provincial, y que las enfermedades que se declaran sean prácticamente incurables, ya que primeramente acudirán a tratamientos caseros y sólo en última instancia llamarán al médico. Recordemos también que el médico más próximo se encuentra en Villafranca, a 28 kilómetros de distancia y, sobre todo, a dos horas y veinte minutos de aventuras por intransitables senderos.

4.—Servicios.

En todo el pueblo no existen más profesionales que el maestro nacional o maestra, que cambia cada año y que, por el sano afán de permanecer en contacto con la civilización, se siente tentado a hacer más puentes de los reconocidos oficialmente.

El servicio médico, como dijimos antes, prácticamente no existe. La distancia, el tiempo y el costo de los traslados hasta el puesto médico más próximo hace que los vecinos de Tejeira sólo acudan al doctor en casos de verdadera gravedad, con la inseguridad de no poder ser atendidos o de ser recetados desde el mismo Villafranca, según la versión que cada uno dé de la enfermedad del paciente.

Los casos de urgencia prácticamente no tienen solución, porque se necesitaría, primero, que el Land Rover de Pepe estuviese disponible; luego, dos horas y media para llegar a Villafranca, encontrar al médico también disponible, otras dos horas y media de vuelta, auscultación, pronóstico y prescripción médica, más otras casi cinco horas para ir en busca de los medicamentos y traerlos, con el consiguiente gasto económico que todos estos viajes suponen, superiores a sus limitadísimas economías.

Esta es la razón por la que en Tejeira se prefieren los remedios caseros y los dados por brujos o curanderos de la provincia gallega vecina, que son más económicos y valen de una vez para otra.

En cuanto a los servicios religiosos, existe prácticamente la misma carencia. Allí, de cuando en cuando, cada tres o cuatro meses, sube el sacerdote encargado de casi todo el valle, y luego en alguna fecha señalada del año para dar la primera comunión a los niños o para bautizar.

Cuando hay enfermos en la familia, no se suele avisar al sacerdote, pero sí cuando ha muerto alguien, y no se hará el entierro hasta que no llegue el sacerdote, aunque haya que esperar tres o cuatro días por él. El respeto y culto a los muertos es muy grande, y la pérdida de algún miembro de la familia va acompañada de grandes demostraciones de duelo y dolor, con llantos en casa y en el «sagrado» o cementerio.

Otros servicios que pueden depender de la luz eléctrica son desconocidos, como la televisión, electrodomésticos, etc. En el pueblo no entra ningún periódico, y aunque hay varios aparatos de radio-transistores, parece que no son muy escuchados, por hablarles de un mundo que ellos desconocen. Casi las únicas noticias que reciben de fuera son las que les mandan sus hijos emigrados y las que traen los «homes» cuando van a las ferias de Villafranca, Cacabelos y, en general, a todas las celebradas en el Bierzo, donde suelen pasar dos o tres días tratando de vender sus productos: jamones curados y acaso uno o dos terneros. Cada familia suele tener dos vacas, que les ayudan en las faenas del campo, les dan una cría al año y leche suficiente para el poco consumo que en la casa se hace. Sólo dos familias del pueblo tienen cinco vacas cada una, y hay alguna otra familia con tres y cuatro.

Su situación económica depende de las ventas que hagan en esas ferias, que muchas veces, según nos cuenta alguno de los interesados, por no volver con sus productos para casa, los tienen que dar medio regalados.

En cuanto a los servicios en general, podríamos concluir diciendo que carecen de todo servicio.

5.—Tradiciones.

Por tratarse de un estudio muy somero, me voy a limitar a describir la fiesta de Nuestra Señora de Pentecostés, que celebran el mismo día de Pentecostés o el día más próximo a esta fecha que puedan contar con un sacerdote en el pueblo.

El día de la fiesta, muy de mañana, se reúne todo el pueblo en la iglesia y, colocados todos los santos sobre sus andas, comienzan la procesión de las «Mortajas». Esta va precedida por la cruz y los faroles; luego le sigue San Lorenzo, que va a hombros de los niños del pueblo; a continuación, una imagen de la Virgen, que llevan las mozas; luego, Nuestra Señora del Rosario, que es una imagen del Niño Jesús de Praga, a quien en Tejeira confunden y disfrazan de Virgen, con manto, pendientes y collares; esta imagen es portada por las casadas. Finalmente van las andas de Nuestra Señora de Pentecostés, las únicas que van arregladas con guirnaldas de flores. La imagen de Nuestra Señora de Pentecostés es portada por los mozos del pueblo. Detrás de Nuestra Señora van las «Mortajas», hombres y mujeres del pueblo que durante el año han recibido alguna gracia de la Virgen. Generalmente se trata de curaciones que ellos consideran milagrosas. Las «Mortajas» van enfundados en túnicas que originalmente fueron blancas, pero que ahora, deshilachadas y sucias, tienen color de túnica de dómine, y hacen todo el recorrido descalzos.

Después de varias horas de recorrido llegan a la ermita, a cuyas puertas se encuentran los ancianos del pueblo que también hayan recibido algún favor de Nuestra Señora durante el año, y con una ceremonia llena de colorido dan la bienvenida a la Virgen, dando tres vueltas alrededor de la ermita y haciendo sonar unas esquilas que llevan atadas a las rodillas. A continuación se celebra la santa misa, y de esta forma termina la parte religiosa para dar paso a la parte folklórica.

Por ser el día de «a festa» hay comida especial: caldo, garbanzos y carne, y de postre, una especie de mazapán.

Tanto para la procesión como para el baile se engalanan con sus mejores ropas; los jóvenes, con ropa más o menos moderna, y los mayores, con el vestido de la mortaja, ropa que han comprado de mejor calidad y que esperan les sirva para el día de su entierro.

Después de comer suben de nuevo a la ermita, y allí tienen el baile en la «campa de Nuestra Señora» hasta entrada la mañana del día siguiente.

En este Tejeira del Bierzo, como en otros muchos tejeiras de nuestra provincia, una vez al año rompen su monotonía diaria y se visten de fiesta; una vez al año son visitados por forasteros; una vez al año lloran y cantan en torno a Nuestra Señora, y luego se vuelven a ocultar en su mundo de miseria, de olvido y de marginación. ¿Hasta cuándo?

Producción y consumo

Por J. M. G.

Normalmente, la producción debe ser regulada por el consumo, debe tener por ley la satisfacción de las necesidades humanas. Pero, gracias a lo que llamamos progreso, las cosas no son así. La producción va impulsada por la codicia y la ambición de quienes producen. Y llama en su ayuda a la técnica más refinada. Como potro sin freno, allá va la técnica hacia la meta de una producción sin fronteras. Naturalmente, la productividad necesita a toda costa un consumo que nunca se pare. Hay que buscar salida urgente a los productos que, sin cesar, se acumulan. Nadie quiere bridar al potro y tirar con ambas manos de las riendas. Por consiguiente, hay que buscar consumidores. Si no existen o escasean, hay que producirlos también. A ello acude todas las mañanas una publicidad trepidante. Con ella se logra crear necesidades artificiales y, por consiguiente, hacer desgraciados a los que no saben o no pueden satisfacerlas. La imaginación publicitaria vence a la imaginación de consumidores en potencia. Créditos, pagos a plazo, premios a los compradores—que se cargan, naturalmente, sobre el precio de los productos—, visitas a domicilio, rebajas de verano o de fuera de temporada; en fin, todo lo que ya sabemos y otras trampas secretas. Así, producción, publicidad y consumo (esa triple invención del diablo) están en circulación permanente, como una cadena sin fin.

¿Adónde vamos? ¿Se consigue así el progreso augurado por el maquinismo incipiente de los albores del siglo pasado? Eugenio Montes señalaba, hace algunos años, esta terrible y creciente angustia de nuestro tiempo. Es la sensación de que ya no podemos pararnos, de que no podemos dejar de producir; esa indomable voluntad de potencia que no nos deja vivir ni nos deja morir en paz. Pero ¿las cosas tienen que ser necesariamente así? Frente a esas necesidades artificiales y ficticias

J. M. G.

de unos pocos están esas otras necesidades primarias y originales, sin cuya satisfacción muchedumbres incontables de seres humanos se agotan cada día. Frente al hambre, inventada, de productos estrambóticos está el hambre, realísima, de millones de criaturas. ¿Por qué no acudir a estas otras necesidades con una cadena sin fin de productos primarios, que no se agotaría nunca? ¡Ah! Pero esta otra cadena no sería rentable, no llenaría las arcas, ya tan exuberantes, de los productores. ¿A qué producir, si no ganamos y nuestras cuentas corrientes no engordan? Sobre el potro alocado de la producción cabalgan la codicia y la ambición de poderío. ¿Estoy haciendo demagogia?

BIBLIOGRAFIA

172. **Etica social.**

HOFFNER, JOSEPH: **Manual de Doctrina Social Cristiana.** Ediciones Rialp, Madrid, 1974. 363 págs.

Es la segunda edición española, traducida de la sexta publicada en Alemania en 1974. La primera edición española fue publicada antes de que Höffner fuese nombrado cardenal de Colonia. La doctrina social cristiana no es ni un haz de indicaciones prácticas para resolver la cuestión social, ni una hábil selección de ciertos conocimientos de la sociología moderna utilizables para la formación cristiana, sino un elemento integrante de la doctrina cristiana del hombre. En este libro van unidos la exposición de los principios y de los órdenes inmutables establecidos por Dios y el análisis de la situación en la época actual. En la medida en que es posible en este compendio, se explican todas las cuestiones correspondientes a la doctrina social cristiana general y especial. Después de exponer en la introducción el objeto, el concepto y el método de la doctrina social cristiana, se explica en la primera parte la fundamentación en tres secciones: individuo y sociedad, principios ordenadores de la sociedad, derecho y justicia. La segunda parte versa sobre las estructuras de la sociedad, estudiadas en cinco secciones: matrimonio y familia, trabajo y profesión, economía, el Estado, la comunidad internacional. Todo está estudiado con claridad y profundidad, y en esta edición ya se aducen los textos conciliares oportunos.

M. B.

2. **Religión.**

BIOT, FRANÇOIS: **Teología de las realidades políticas.** Ed. Sígueme, Salamanca, 1974. 278 págs.

El problema de las relaciones fe y política recibe, con este libro, una aportación nueva a su feliz planteamiento. Parte de cuatro relatos históricos muy concretos: las relaciones de Napoleón III con la Iglesia, el grupo de la «Iglesia alemana» bajo el nazismo, la situación eclesiástica brasileña tras el golpe de los militares y la problemática de la actual Iglesia polaca.

Para abordar la cuestión teológica intenta, en primer lugar—sin resultados positivos—una referencia a los planteamientos teológicos que reco-

BIBLIOGRAFIA

gen el Antiguo y Nuevo Testamento sobre el poder político. Tras el rechazo razonado de esta vía bíblica, el camino hacia una auténtica teología de la política es iniciado por el autor buscando la coherencia entre la fe en Cristo y el compromiso político. Porque la caridad—aspecto central del cristianismo—, si quiere seguir teniendo su sentido tradicional, ya no puede ser tal si no se hace política.

Las referencias que, desde la fe, hace Biot al capitalismo y al socialismo son muy lúcidas, constatando por igual, tanto la evolución de muchos cristianos—impulsados por su fe—hacia el socialismo, como la no identificación teórica de ambos fenómenos. Porque la fe en Jesucristo es sí una instancia crítica permanente a la política, pero, a pesar de ello, no es respuesta política a los problemas políticos. Biot aporta claridad y honda sensibilidad cristiana a la teología política.

A. Guillén

ROSANNA, ENRICA: **Secolarizzazione o transfunzionalizzazione della religione? Rapporto critico su una discussione attuale in sociologia della religione.** Pas-Verlag, Zürich, 1973. 125 págs.

El subtítulo del presente trabajo da una mejor visión de lo que es la primera parte de esta obra: el análisis de los autores que han tratado críticamente de la religión, desde los clásicos—Comte, Marx, Durkheim y Max Weber—hasta los actuales—Luckmann, Yinger, Acquaviva y Berger—. De todos ellos es un magnífico resumen y buena exposición. El problema que ha quedado reflejado en el título se centra entonces en una segunda parte del libro. Tras las aportaciones aducidas, la autora se decanta—siguiendo la tesis de su paisano y probable profesor Acquaviva—en contra de la tesis de la secularización y a favor de una interpretación del fenómeno actual como una «transfuncionalización», no absoluta, pero sí relevante, de la religión en la sociedad desarrollada actual. Una bibliografía de 170 títulos—especialmente referida a los autores mencionados—cierra la edición de este libro.

A. Guillén

301. Sociología.

PARSONS, TALCOTT: **La sociedad: perspectivas evolutivas y comparativas y El sistema de las sociedades modernas.** Trillas, México, 1974. 179 y 199 págs.

«Societies: Evolutionary and comparative Perspectives; 1966» y «The System of Modern Societies; 1971», han sido traducidas por Agustín Contin y revisadas por Miguel Salas Sánchez, de la Universidad Javeriana y de la Universidad de los Andes de Colombia. Forman los dos libros un conjunto y realmente son una misma obra. La crítica más moderna que se les ha hecho se debe a Chazel en «La théorie analytique de la société dans l'oeuvre de Talcott Parsons».

Sabido es el tema reiterado de los Subsistemas de la Sociedad y a manera de esquema copiamos de las «Orientaciones teóricas» contenidas en «El Sistema...», simplemente una elaboración más detallada de «El concepto de Sociedad» en «La Sociedad...» y otros textos anteriores y que finalmente reitera en la parte teórica de «The American University, 1973»:

Sociedad (de manera más general, sistema social).

Subsistemas	Componentes estructurales	Aspectos del proceso de desarrollo	Función primaria
Comunidad societaria	Normas	Inclusión	Integración.
Fiduciario o de mantenimiento de patrones	Valores	Generalización de valores	Mantenimiento de patrones.
Constitución política	Colectividades	Diferenciación	Alcance de metas
Economía	Papeles	Ascenso de adaptación	Adaptación

En esta tabla intenta presentar un paradigma de cuatro funciones de la **sociedad** o de algún otro tipo de sistema social, concebido como subsistema integrante de un sistema general de acción. La comunidad societaria, que constituye el primer subsistema de referencia en el análisis se coloca en la columna de la izquierda: los otros tres le siguen. En correspondencia a ese conjunto, en la segunda columna se presenta una clasificación, de acuerdo con los mismos criterios funcionales, de cuatro componentes estructurales principales de los sistemas sociales. En la tercera sigue una clasificación correspondiente de aspectos del proceso de desarrollo en los sistemas sociales. Finalmente se repite la designación de las cuatro principales categorías de función. Es importante no tratar la estructura de normas societarias como entidad monolítica. Por consiguiente, distingue en forma analítica cuatro componentes, aun cuando coincidan de manera considerable en cuanto a su contenido específico. Otros aspectos, como la direccionalidad del cambio, la inclusión de la «energía», con las consiguientes implicaciones discrónicas y dialécticas, pueden seguirse en las últimas aportaciones del autor, que creemos se inician precisamente en la década de los 60 con obras como las dos que comentamos.

El desarrollo del libro comienza con las sociedades primitivas, arcaicas, imperios «históricos» intermedios y dos sociedades «semillero»: Israel y Grecia. En el libro segundo: Fundamentos premodernos de las sociedades modernas, La primera cristalización del sistema moderno, Contrapunto y desarrollo posterior: La era de las revoluciones, La nueva sociedad dirigente y el modernismo contemporáneo y Nuevos contrapuntos, para concluir en El patrón principal, que no es otro que la convicción de que la crisis actual —pues parece existir una crisis— se centra en la comunidad societaria, no en la economía, la política o el sistema de valores. En comparación, incluso con el siglo XIX, se han generado cambios importantes en la comunidad societaria moderna, especialmente en los ajustes mutuos ante los efectos de la Revolución industrial y la Democracia. En época mucho más reciente, el efecto de la Revolución Educativa ha logrado su mayor significación. Es probable que los problemas más agudos se presenten en dos campos. En primer lugar, el desarrollo del sistema cultural como tal, en relación a la sociedad. Podemos representarlo enfocado en ciertos problemas de «racionalidad», o bien, en lo que Weber denominó «proceso de

BIBLIOGRAFIA

racionalización». En segundo lugar, aparece el problema de las bases de motivación de la solidaridad social, dentro de una sociedad amplia y en gran escala, que se haya desarrollado para presentar una estructura sumamente pluralista.

Hay, al menos, tres decenas de trabajos de Parsons traducidos al castellano; los que hemos comentado y los artículos correspondientes a Cristianismo, Durkheim, Interacción, Sistema Social, Pareto, Profesiones y Utilitarismo, en la «Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales»; algunos fragmentos de su última obra: «The American University» en la Circular de la Asociación de Antiguos Alumnos de la Facultad de Ciencias Sociales (León XIII); «El Sistema Social» y «Apuntes sobre la teoría de la acción», que también forman un conjunto; «Estructura y proceso en las sociedades modernas», en el Instituto de Estudios Políticos, y «Sobre el concepto de poder político» en Euroamérica; «La estructura de la acción», en Guadarrama, y «El Sistema social», en Revista de Occidente son los libros más importantes del primer Parsons. Estos dos últimos publicados por Trillas son básicos para no quedar anclado en el funcionalismo inicial de búsqueda.

El impacto causado por estas dos últimas obras lo está recibiendo la Sociología contemporánea. Por citar tan sólo un ejemplo, nos hemos de referir al trabajo de Kenneth C. Land: «Théories, modèles et indicateurs de changement social», en otro excelente número monográfico de la «Revue Internationale des Sciences Sociales», núm. 1.º de 1975. Es lástima que Land no haya utilizado toda la información última del estructuralismo funcional, que aquí hemos reseñado, para su definición del Sistema Social. Su Modelo de indicadores sociales, que relaciona los indicadores de producción, los descriptivos y los analíticos, es una verdadera puesta al día de la explicación de la teoría que haya de ser mensurable y queda bien desarrollado en el trabajo.

Finalmente es importante insistir en el sucesivo desarrollo de los paradigmas parsonianos, que en el caso de los que venimos dando noticia se inició en «Theories of Society, 1961» y termina obviamente en su última obra por el momento.

Julián Colina

304. Cuestión social. Política social.

FAY; CHESTER; LINKLATER: **Fraude**. Dopesa, Barcelona, 1972. 315 págs.

Los tres autores son periodistas que han escrito este libro para narrar la historia de un escándalo conocido con la denominación «Howard Hughes-Clifford Irving», el primero un misterioso potentado norteamericano, el segundo un novelista apenas conocido. Durante los dos primeros meses de 1972 acaeció el fraude perpetrado por este último y al medio año ya apareció el original de este libro. Su valor periodístico consiste en descubrir los aspectos inéditos de este escándalo y sus implicaciones en el mundo del dinero, los negocios y la política. Este asunto atrajo mucho la atención de la prensa norteamericana. Fue una historia efímera que terminó tan súbitamente como se había iniciado, pero su significado fue haciéndose objeto de algunas importantes generalizaciones. En un extremo se encontraron los que creían que se trataba de los actos revolucionarios de mayor imaginación de la época actual; en el otro, los que consideraban el fraude como un simple delito proyectado sin el menor escrúpulo. El lector verá cómo se desarrolló este drama.

B. Cal.

MATEKALO, IVAN: **El trasfondo del terrorismo internacional**. Dopesa, Barcelona, 1974. 221 págs.

Hoy el terrorismo no es una abstracción lejana. Es una realidad diaria, tangible. Sólo en 1972, los terroristas internacionales efectuaron 63 intentos de desvío de aviones, consiguiéndolo en 32 ocasiones. Los nihilistas de este siglo XX han dictado su propio código moral: en el mundo de hoy no puede haber fronteras políticas y geográficas, ni límites de orden moral para los militantes del «campo popular». Tratan de vengar en la sociedad capitalista (en el mundo comunista no se da este terrorismo) los sufrimientos de todos los desgraciados de la tierra, de los que los terroristas quieren convertirse en ala activa. La indiferencia de la opinión pública es la que incita a los fanáticos a cometer espectaculares actos de desesperación. Las sociedades evolucionadas son muy vulnerables, pues su infraestructura (radio, televisión, transportes rápidos) les hace sensibles al menor choque psicológico. Son sobre todo los medios modernos de comunicación los que explican por qué y cómo un incidente local puede transformarse en un acontecimiento internacional. De ahí la propensión de los terroristas a multiplicar acciones tan sangrientas como llamativas a fin de atraer sobre ellos y su causa la atención general. Hoy los fanáticos se han arrogado prerrogativas y privilegios que en el pasado estaban específicamente reservados a los Estados soberanos, como captura de rehenes, petición de rescates y la institucionalización del ultimátum. Buscan el modo de zaramear los cimientos mismos de la sociedad, y para ello utilizan un arma irresistible: la intimidación por el terror. Los capítulos son interesantes: la piratería aérea; los vengadores de Palestina o Septiembre Negro; cartas-bomba; los tupamaros; los panteras negras; el IRA; el terrorismo alemán; las mini-bombas atómicas; dos giros del terrorismo internacional...

MAS C.

32. Política. Generalidades.

ARBLASTER, ANTHONY: **El anarquismo y la nueva izquierda**. Zero, S. A., Bilbao (Distribuidor: XYX, Madrid), 1974. 48 págs.

Se trata de un ensayo en que se comienza limpiando la palabra anarquismo de adherencias extrañas, para ahondar en las ideas básicas que históricamente lo conformaron como un movimiento de masas organizado, muerto, como tal, al término de la guerra civil española. Pero modernamente han surgido grupos en todas las latitudes (el autor aduce bastantes citas) que han tomado el relevo de las ideas anarquistas y las han continuado. Se trata de lo que en términos genéricos se denomina la «Nueva Izquierda». Las ideas esenciales son: libertad por encima de todo, pueblo protagonista de la revolución, autogestión en todos los niveles, negación de los vanguardismos, asamblea democrática como órgano supremo, inseparabilidad entre medios y fines... Finalmente, el autor hace una valoración crítica de su visión de la sociedad futura y de la deficiencia en los análisis de la sociedad actual. El traductor, Juan Gómez Casas, autor de varias obras afines en la misma editorial, aporta a veces algún reparo o crítica al texto.

M. B.

32(46). Política. Generalidades. España.

RODRIGUEZ CARRAJO, MANUEL: **El pensamiento sociopolítico de Mella**. Editorial «Estudios», Madrid, 1974. 207 págs.

Este libro complementa el que escribió el autor en 1973: «Vázquez de Mella: sobre su vida y obra». Aquí se quiere presentar una síntesis del pensamiento sociopolítico de aquel gran tribuno español que fue Juan Vázquez de Mella. Su sistema lo llamó «sociedadalismo», palabra que no prosperó; trata no sólo de la defensa de los fueros de la región, sino de toda persona social, en contra de las extralimitaciones del Estado: supone una concepción de la sociedad como algo dimanante de la naturaleza social del hombre y no impuesta por el Estado; su fin consiste en restaurar la sociedad con sus instituciones naturales y hacer que se autogobiernen sin injerencias extrañas. La idea de orden subyace a lo largo de su sistema. El juego de lo uno y lo vario ayuda para entender en su recto sentido el regionalismo, la nación y otros conceptos en el pensamiento mellista. Con frecuencia el autor corrobora sus asertos con las mismas palabras de Mella.

M. B.

327. Política internacional.

MARTIN ARNORIAGA, TOMAS: **...Y al Oeste, con Portugal**. Zero, S. A. Bilbao, 1974. 144 págs.

El tema sobre Portugal sigue siendo vivo. La cercanía geográfica despierta más el interés por esta nueva experiencia política. Los artículos, libros y comentarios aparecidos en España sobre «la vía portuguesa» han sido abundantes. Esta editorial (el distribuidor exclusivo es ZYX) ya publicó «La caída del fascismo portugués». En este otro libro, el autor, periodista conocido por sus reportajes de denuncia social, aparecidos en diversas revistas españolas, va dando su impresión sobre el nuevo Portugal. Mucho habla también sobre las características del régimen anterior. Se trata, no de análisis técnicos o planteamientos profundos, sino de unos reportajes o apuntes de viaje, en que los principales protagonistas son la gente sencilla, los campesinos, los jóvenes militares, que van expresando sus impresiones sobre el cambio portugués. Va descubriendo nuevas facetas, aspectos inéditos y pormenores curiosos de ese Portugal que empieza a estrenar su democracia. El autor se limita a ver, oír y contar.

M. B.

329. Partidos políticos.

VARIOS: **El poder militar en Italia**. Editorial Fontanella, Barcelona, 1973. 264 págs.

Diversos autores se plantean diversos problemas sobre el tema: si existe realmente un poder militar en el ámbito de las democracias occidentales; cómo se manifiesta, qué objeto persigue, cuáles son sus conexiones con los otros poderes, institucionales o de hecho, que operan en la vida pública;

en qué medida está controlado, qué tipo de relaciones existen entre sociedad militar, sociedad política y sociedad civil; cuáles son las relaciones entre el poder militar y el poder industrial; qué papel juega la NATO en la configuración del poder militar en los países miembros. Sociólogos, historiadores y técnicos militares responden a estos interrogantes, dentro del marco de la sociedad italiana, ofreciendo uno de los escasos estudios científicos sobre este sector fundamental en la configuración de las sociedades occidentales y de su política internacional. Después de un amplio prólogo de Forcella, dos temas son tratados por De Benedetti: «Militares y sociedad: teoría y análisis», «Apuntes para un estudio crítico de las fuerzas armadas italianas». Rochat trata «El control político de las fuerzas armadas desde la unidad italiana hasta la Segunda Guerra Mundial». Bonanni, «Tecnología militar y control político hoy». Silvestri, «La NATO, los militares y el control político». Federici, «¿Hacia un complejo militar?». Devoto, «El comercio de las armas».

M. MAS

3351. Socialismo.

IBAÑEZ LANGLOIS, J. MIGUEL: *El marxismo: Visión crítica*. Ediciones Rialp, Madrid, 1973. 351 págs.

Caben sobre el marxismo muy diversos estudios de carácter histórico, político, económico, etc.; al autor le parece que el estudio radical que da su sentido a estas perspectivas concretas es el examen filosófico de los fundamentos del materialismo dialéctico e histórico. Se trata de una filosofía intrínsecamente económica, sociológica, biológica, antropológica, histórica, muy ligada a la concreción del objeto y a los métodos de las ciencias empíricas, y así se expone; pero también se trata de una filosofía animada de un poderoso aliento ético y aun «teológico», de signo cristiano traspuesto e invertido, a la que también se atiende en este libro. Se está ante un intento filosófico de descifrar la historia y la cultura, es decir, ante una pregunta total por las condiciones de autorrealización del hombre en la sociedad: tal es el objeto, expositivo y crítico, de esta obra. A la doctrina filosófica marxista se le han dado varias formulaciones conocidas; pero el autor se remite en lo esencial al pensamiento del propio Marx, y dentro de él, a su centro más activo y profundo, la teoría de las alienaciones en su doble movimiento de reducción causal y supresión práctica, como objeto de análisis. Pero el autor, en algunos puntos, se sale de Marx para analizar la prolongación leninista de su pensamiento. Lo que se intenta en la crítica es analizar los conceptos centrales del materialismo, de la dialéctica, de la alienación, del devenir natural e histórico de Marx, con el fin de poder mostrar su esencia contradictoria. Para el autor el fundamento reside en las grandes tesis de la «filosofía perenne» sobre el ser de Dios, del hombre, de la libertad, de la historia y de la naturaleza; y más allá de este dominio filosófico, en la fe cristiana.

En el orden filosófico, se quiere exponer el método y la doctrina marxista con toda objetividad, sobre todo en los capítulos primero y tercero, sin crítica. La otra intención es mostrar objetivamente las luces y sombras del marxismo. Estos dos capítulos se intitulan: Las coordenadas del pensamiento marxista; La Génesis y fin de las alienaciones. Los capítulos segundo, cuarto, quinto y sexto, se dedican al análisis crítico del materialismo dia-

BIBLIOGRAFIA

léctico e histórico. Los dos últimos capítulos se dedican al controvertido asunto de las relaciones entre el marxismo leninismo y la fe cristiana, con el fin de analizar el montón de superficialidades, del que suele nutrirse la «inteligentzia» católica en estos días. Se intitulan: *Marxismo leninismo y fe cristiana*; *El destino del «marxismo cristiano»*.

M. MAS

37. Educación.

LEITNER, SEBASTIAN: *Así se aprende*. Barcelona, Edit. Herder, 1973. 376 págs.

«En todo el mundo los mal llamados alumnos necios están discriminados y pierden toda su esperanza»; «Este libro está escrito también para las mujeres: no son más necias que los hombres»; «Nadie es demasiado mayor para leer: tampoco demasiado necio ni tonto». Estas son las tres frases-resumen del Prólogo de este libro, que, a semejanza de tantas otras, nos van dando y facilitando toda la línea de su contenido. Ellas nos señalan que tenemos entre manos unas páginas para los que se creen impotentes para aprender, para las mujeres, para los ancianos..., para todos; para educadores y para alumnos.

Pero esta amplitud de posibles lectores no le hace perder su profundidad, ya que aporta buenas bases científicas, no olvidando la exposición y aplicación de las más modernas teorías científicas sobre el aprendizaje.

S. Leitner consigue lo que pretende demostrar: es fácil el aprender. Para ello utiliza el mejor método periodístico, haciendo uso de su profesión, y ofrece este libro práctico, enmarcado entre frases-resumen, ejemplos, dibujos ilustrativos (hasta 219), etc....

Ya es un notable mérito el que se lea con gusto e interés un libro sobre cómo estudiar; más todavía: el hacer sentir que desde ahora todo puede ser más fácil.

Javier G. Forcada

ORMEZZANO, JEAN: *Juventud compartida*. Madrid, Edic. Guadarrama, 1972. 223 págs.

Este libro quiere analizar la relación entre un chico y una chica en la adolescencia.

Es un análisis rápido, un tanto esquemático, sugerente muchas veces, del amor adolescente, de sus ritos y sus formas, de sus influencias, de sus secretos..., bajo el prisma de la psicología moderna.

Sus páginas parecen algo superficiales, como a primera vista puede parecer el amor adolescente a una visión miope. Pero aporta concreción, un intento de acercamiento a la realidad y una visión puesta al día de detalles tan antiguos como una «juventud que se va aprendiendo a compartir».

F. J. G. Forcada

92. Biografía.

BENOIT, JEAN: **Stalin**. Dopesa. Colec. «Grandes Biografías», Barcelona, 1974. 227 págs.

Interesante la biografía que nos ofrece J. Benoit sobre Stalin. Obra ésta que se sitúa a un nivel crítico pero adoptando la perspectiva de los trabajos de otros historiadores como I. Detuscher, y que puede ofrecer al lector medio español interesado en cuestiones históricas un acertado resumen acerca de la personalidad de Stalin. A través de veinte capítulos, Benoit nos va descubriendo la figura histórica de aquel seminarista caucásiano a quien las contradicciones de una Rusia zarista sitúan en la oposición.

La subida al poder de Lenin, así como el inicio de ruptura de relaciones rusas con Europa, se encuentran en el origen de una vida. En Zarizyín comienzan las hostilidades con Trotski que se reafirman en el 19 cuando Stalin, a propuesta de Lenin, es nombrado comisario del Control del Estado. El año 22 es clave ya que significa el ascenso al poder de Stalin. Los dos puntos de apoyo de su política serán la reorganización de la Internacional y el control de todas las corrientes comunistas centrifugas. Los trágicos días de Moscú y las entrevistas con Hitler ocupan en esta obra una parte importante. Ambos acontecimientos sitúan a Stalin como líder que sabe aprovechar la pasión de un pueblo hondamente nacionalista en las vísperas de la ofensiva contra los alemanes. Para la realidad política rusa la victoria tuvo un nombre: Yalta.

Jesús Manuel Sariego

941. Historia. Europa.

CONSTANTE, MARIANO: **Los años rojos. Españoles en los campos nazis**. Ediciones Martínez Roca, S. A. Barcelona, 1974. 203 págs.

Las largas vicisitudes de un republicano español exiliado, a través de toda Europa en guerra, son el tema de esta obra documento en la que autor y protagonista coinciden. La obra comienza con un breve recuerdo de los años juveniles en Ayerbe (Huesca). Al estallar la sublevación militar del 36 Mariano debe afrontar la seguridad de su familia, pues el padre ha abandonado el pueblo para incorporarse al ejército republicano. Pronto Mariano sigue el ejemplo paterno y cruza un día los montes de Riglos. La 43 División a la que Mariano pertenece debe abandonar los Pirineos ante el avance del ejército nacionalista. Desde febrero del 39, Mariano Constante, junto con otros españoles forma parte del ejército francés. Con su fracaso en la ofensiva de Alsacia, comienza para ellos uno de los más duros períodos de su vida: primero Rambervilliers, luego Baccarat y por último Mauthausen. Mauthausen es sinónimo de exterminio, como Auschwitz, Dachau... Son cinco años de calamidades, penurias, trabajos, torturas, muertes..., en medio de las que poco a poco se va robusteciendo una organización entre los prisioneros españoles que irá preparando la rendición de las SS.

Pocos documentos biográficos pueden permitir un conocimiento tan objetivo como esta obra que nos muestra la dificultosa vida de un grupo de republicanos españoles a quienes las tristes consecuencias de una guerra perdida situó en un campo de concentración nazi.

Jesús Manuel Sariego

BIBLIOGRAFIA

FONVIEILLE-ALQUIER, FRANÇOIS: **El Gran Miedo de la Posguerra 1946-1953**. Barcelona, 1974. 462 págs.

En mayo de 1945 soldados americanos y soviéticos se abrazan junto al Elba. Meses más tarde, Churchill lanza su famosa definición del «telón de acero», una frase que inmediatamente hace fortuna. El miedo, un gran miedo, predomina a escala mundial: son los días de la doctrina Truman, del Plan Marshall y del Pacto Atlántico, pero también los días del golpe de Praga, del Kominform y del bloqueo de Berlín. El autor narra ampliamente estos momentos de tensión y angustia y nos explica los sucesos que, desde la ruptura de los aliados hasta la muerte de Stalin, han traumatizado las conciencias y alimentado las inquietudes. El autor militó en la vida política y pasó por momentos dolorosos. Tiene en cuenta los mecanismos mentales que dan nacimiento a los grandes pavores colectivos, para establecer las leyes que determinan su propagación. En el prólogo alude a algunos pavores colectivos históricos. La obra consta de cinco Libros, aunque éstos no estén en el índice: 1.º, Los cien rostros del miedo, con tres puntos; 2.º, Horas calientes de la guerra fría, con 11 puntos; 3.º, Remedios, desfiles, paliativos, expedientes..., con 10 puntos; 4.º, ¿Con razón o sin ella? (El auténtico debate); 5.º, La victoria de los mercaderes.

M. B.

FOURQUIN, GUY: **Los levantamientos populares en la Edad Media**. Castellote Editor, Colección Básica, 15. Madrid, 1973. 275 págs.

Guy Fourquin, conocido historiador medievalista, afronta en este breve volumen el tema de los levantamientos populares a lo largo de la Edad Media. El término «levantamiento» evita el más programático y evolucionado políticamente de «revolución». El marco histórico medieval es tomado por G. Fourquin con gran amplitud ya que se remonta con frecuencia a los mitos clásicos y extiende sus análisis hasta muy entrada la Edad Moderna.

Fundamentalmente Fourquin adopta un esquema interdisciplinario, en diálogo con la sociología del Cambio. Pretende Fourquin tipificar de alguna manera los diversos movimientos que bajo un factor común de mesianismos se llevan a cabo en Europa desde el siglo X. En el subsuelo de todos los levantamientos, trata Fourquin de desvelar un esquema sociológico de movilidad social como motor fundamental de todos ellos.

Fourquin conoce ampliamente la sociología del Medievo, tal y como revelan sus análisis sobre las Cruzadas populares, los movimientos de flagelantes e «impostores» y el milenarismo igualitario. A su vez el autor hace una interesante división entre movimientos urbanos (Flandes, la Jacquerie francesa, las revueltas inglesa y aragonesa) y los levantamientos urbanos. Todos ellos parecen estar inevitablemente unidos a la coyuntura socio-económica.

De otro lado, Fourquin cuenta con datos procedentes del campo de la sociología más moderna, especialmente marxista, en lo que se refiere al análisis de las clases sociales y su papel dentro de la movilidad de un grupo social.

Acierta Fourquin cuando afirma que su estudio pretende preferentemente una visión de totalidad, sobre un análisis parcial. Porque el análisis de los diferentes hechos históricos sobre los que basa su estilo de coyuntura peca de brevedad aunque no de valor.

En suma, Fourquin lleva a cabo con acierto un diálogo entre las diferentes ciencias sociales con el fin de poder establecer un modelo sociológico que nos explique con validez un proceso histórico hasta ahora poco estudiado: los levantamientos populares típicos en toda sociedad malthusiana del Antiguo Régimen, caracterizada por una cíclica crisis de subsistencias.

Jesús Manuel Sariego

946. Historia. España.

CORTES-CAVANILLAS, JULIAN: **El bienio «santo» de la Segunda República.** Dopesa, Imágenes históricas de hoy, 5. Barcelona, 1973. 657 págs.

Julián Cortés-Cavanillas tiene un historial que le acredita como periodista de calidad. Su amplio volumen sobre los dos primeros años de la segunda República es un copioso anaquel de todo tipo de curiosidades y acontecimientos de esta época, en el que tienen cabida desde telegramas y epístolas hasta un curioso catálogo de frases famosas del momento, pasando por efemérides significativas y documentos oficiales sobre los bienes de Alfonso XIII.

El juicio del autor sobre la Segunda República española quizás peca de cierto pesimismo. Sin embargo, su obra pertenece a aquellas pocas, en las que un historiador podrá encontrar un importante material para reconstruir estos dos significativos años de la historia española. Se ha dicho recientemente entre historiadores que el conocimiento de la prensa permite calibrar el alcance de los acontecimientos de una época, ya que la prensa tiende a reflejar el significado de los acontecimientos para las masas. La obra que ha realizado J. Cortés-Cavanillas nos permite, en efecto, recorrer los momentos de un desastre económico, y de una gran actividad parlamentaria a lo largo de innumerables fechas, datos y escritos de la República. En esta obra ha unido el autor sus talentos de historiador y periodista. Su lectura resultará sin duda cargada de interés para el aficionado a la historia política española.

Jesús Manuel Sariego

DIAZ NOSTY, BERNARDO: **La comuna asturiana. Revolución de octubre de 1934.** Edit. Zero, Madrid, 1974. 400 págs.

Díaz Nosty, junto con David Ruiz y algunos más, forma parte de un grupo de jóvenes historiadores que con indudable afán investigan sobre la historia contemporánea de Asturias.

Esta obra, inscrita dentro del amplio campo de publicaciones sobre la revolución del 34 en Asturias, significa el intento de esclarecer desde nuevas perspectivas la interesante organización del proletariado asturiano en las vísperas de la guerra civil.

Se inicia la obra con un breve análisis de la evolución del socialismo español, años atrás de los acontecimientos del 34, y una escueta descrip-

BIBLIOGRAFÍA

ción de la situación política del 33 en España. Ambos capítulos, breves en su contenido, pero de valor, sirven de marco para la explicación de los acontecimientos posteriores en Asturias.

La organización de un frente proletario a través de la Alianza Obrera, y el armamento obtenido en los asaltos a los diferentes centros de fabricación de armas en Asturias, posibilita el estallido de 1934, en el que la fuerte organización proletaria de Asturias no se ve compensada con la elaboración de un programa lo suficientemente realista como para no conducir la intentona al fracaso.

Resulta de interés el análisis que Díaz-Nosty realiza sobre la estructura de la organización revolucionaria. Fundamentalmente utiliza dos modelos, uno urbano—el que se ubica en los centros más industriales donde el papel del proletariado es más activo—, y otra rural, unida frecuentemente a un proletariado minero.

Son ponderados los datos que D. Nosty estima sobre los muertos en la posterior represión gubernamental, así como las apreciaciones sobre el armamento utilizado por los sublevados.

El autor ha manejado un interesante material bibliográfico—de muy diversos orígenes—, en el que se debe destacar la aportación de las principales publicaciones periódicas asturianas.

Obra, pues, bastante completa, ponderada y crítica, en la que el lector español podrá encontrar una interesantísima descripción de los acontecimientos asturianos del 34, en los que sale vencida una de las clases obreras más organizadas. Es imposible no ver en los acontecimientos del 34 un evidente avance sobre la contienda bélica del 36 en la distribución y organización de fuerzas.

Jesús Manuel Sariego

MAINER, JOSE-CARLOS: **Regionalismo, burguesía y cultura**. A. Redondo editor, Barcelona, 1973. 223 págs.

El propósito más inmediato de este libro es la descripción y estudio de la **Revista de Aragón**, editada en Zaragoza entre 1900 y 1905 por un grupo claramente vinculado a la Universidad local, y de la revista bilbaína **Hermes**, cuya actividad se extiende entre 1917 y 1922. La estructura de los dos trabajos de este volumen es casi idéntica: una crisis política, un intento de análisis de la burguesía «protagonista» en cada caso y un estudio de dos publicaciones que «ideologizan» sus ambiciones de hegemonía. Se hace un análisis y un balance de la **Revista de Aragón**; se describe la aventura del regeneracionismo o el fracaso de una contradicción; la aventura burguesa de principios de siglo; el regeneracionismo universitario y la fundación de la revista. En la parte dedicada a la revista **Hermes** se señalan las relaciones del capitalismo y separatismo con la euforia y la revolución; se describe el Bilbao de los años dorados; de la revista se analiza lo que se interpreta como mito del País y el mito de la Ciudad. En el prólogo aporta el autor sus datos personales sobre un problema político.

M. B.

PAYNE STANLEY, G.: *El nacionalismo vasco. De sus orígenes a la ETA*. Dopesa, Barcelona, 1974. 310 págs.

El estudioso hispanista de la Universidad de Wisconsin, Stanley G. Payne, que desde 1961 viene escribiendo sobre temas de la España contemporánea, aborda en esta obra el tema del nacionalismo vasco desde una perspectiva fundamentalmente histórica.

Tras una breve introducción sobre el fenómeno del regionalismo en la historia de España, que no supone excesivos avances sobre lo ya conocido, y previo prólogo del prestigioso historiador Seco Serrano, el autor pasa a estudiar la evolución de los estados vascos. Los interesantes análisis sobre la historia antigua vasca quedan algo ensombrecidos en los capítulos posteriores, en los que Payne adopta un esquema de historia política, centrando su análisis fundamentalmente en el estudio de la gestación progresiva del movimiento nacionalista, desde los presupuestos de las grandes figuras políticas vascas del XIX. Los años de la Segunda República y de la guerra civil y sus repercusiones tras la capitulación de Santoña ocupan la última parte de la obra.

Payne ha escrito un volumen cargado de datos históricos. Se refleja su análisis en la importante y copiosa bibliografía reseñada entre las «Fuentes» provista de importantes obras históricas, informes no publicados y artículos de publicaciones periódicas.

Pero Stanley no ha traspasado el umbral de los datos (que ciertamente son abundantes y copiosos) para estructurar un análisis más teórico sobre el fenómeno vasco. En esta misma línea, el haber centrado el estudio del nacionalismo vasco en los vaivenes de un partido o de un grupo de personalidades a través de la historia, no deja de ser confuso. Nos queda a los lectores la curiosidad de conocer la peculiar idiosincrasia de un pueblo con un pasado, una tradición y una lengua propias. El protagonismo individual ha ocultado en la obra de Payne el protagonismo del pueblo.

Por último, debe reseñarse el interesante acopio de estadísticas que Payne reproduce en el último capítulo de su obra que se ocupa del nacionalismo vasco y la acción del Gobierno desde el año 1939. Muchos de estos datos provienen de las publicaciones del Informe FOESSA y de los trabajos del sociólogo Linz.

Jesús Manuel Sariego

97. Historia. América del Norte. América Central.

MEYER, JEAN: *La Revolución mejicana*. Dopesa, Barcelona, 1973. 280 págs.

El autor nació en Francia en 1942 y cursó estudios en una Escuela Normal Superior. Agregado de Historia en 1964, partió un año después para Méjico, donde enseñó en el Colegio de Méjico. Tres años enseñó en París y a Méjico volvió. Se juzga que el libro es una pieza de revisionismo histórico, que se opone a la versión oficial de este gran acontecimiento que es la Revolución Mejicana. El autor ya es hijo adoptivo de Méjico. Los historiadores mejicanos y norteamericanos tienen tendencia a prolongar la revolución mejicana hasta nuestros días. El autor abrevia el período adoptado: 1910-1940. No se puede negar que el horizonte histórico es complicado y

BIBLIOGRAFIA

enmarañado. El primer período, 1910-1920, es el del dismantelamiento del antiguo régimen: una revolución lograda, la toma del poder por Madero, privada de su conclusión por una tentativa audaz de contrarrevolución. Este movimiento engendra una guerra civil, que en 1920 desemboca en la toma del poder por un grupo definitivamente instalado. 1920-1940, más allá de las rupturas que parecen poblar este período, es un solo y lento momento, el del fin de la revolución, el de la construcción. El autor defendió en 1971 la tesis sobre la Cristiada, guerra de los campesinos católicos contra el Estado perseguidor entre 1926 y 1929. La primera parte, «Las revoluciones mejicanas», engloba los siguientes capítulos: El fin del Porfiriado; la época de los disturbios; los sonoreños; los cristeros; Calles y Cárdenas. La segunda parte, «Análisis»: las grandes líneas del movimiento económico; la reforma agraria; la sociedad; instituciones políticas e ideología.

B. CAL

INDICE GENERAL DEL VOLUMEN XXX (1975)

Págs.

EDITORIALES:

1975 ó el albur del asociacionismo político	3
La emancipación femenina y su problemática	113
Coyuntura económica y derecho de huelga	229
Democracia en la sociedad del futuro.....	341
La pena de muerte: progreso abolicionista	345

ESTUDIOS:

España política en 1974, por Fernando Prieto	7
Problemática laboral 1974-1975, por Victorino Ortega	19
Temas para una Ley Básica del Trabajo, por José Pérez Leñero ...	29
Economía 1974-1975 ó el precio de una política de pleno empleo, por Javier Gorosquieta	39
Reciente evolución del sistema monetario internacional, por Adolfo Rodero Franganillo	47
Iglesia-Estado, España 1974-75, por Manuel Alcalá	59
El Gobierno de Lenin y el sindicalismo obrero, por Manuel Foyaca de la Concha	69
Informe al Congreso Internacional de Zurich, 1893, por Victor Ma- nuel Arbeloa	83
Estructuras de la familia rural leonesa: Un sistema cultural llamado a desaparecer, por Prisciliano Cordero del Castillo	91
La mujer, el trabajo y la política, por Victorino Ortega	119
Igualdad y libertad laborales para la mujer, por Javier Gorosquieta . Discriminación femenina en la Seguridad Social, por Gonzalo Hi- guera	133
La mujer y el cine, por Angel Camiña	151
La mujer en la vida religiosa, por M. Beñoga Isusi y Julián López García	157
Los objetivos sociales en la política económica española 1959- 1969, por Germán Ancochea Soto	175
Principales cambios en las relaciones laborales en España durante los años 60 (Notas en torno a su interpretación), por Angel Serrano Martínez-Estélez	187
Estructuras de la familia rural leonesa: un sistema cultural llamado a desaparecer, por Prisciliano Cordero del Castillo	201
¿Qué puede aprender la ciencia económica de la crisis actual?, por Francisco Gómez Camacho	213
La <i>Humanæ Vitæ</i> como denuncia de las sociedades opulentas, por Javier Gorosquieta	239
¿Por qué y cómo regular la natalidad?, por Benjamín Forcano	257
Una socialización a nivel de empresa: el proporcionalismo, por José Godoy	267
Estructuras en crisis de la familia rural leonesa, por Prisciliano Cordero del Castillo	279
	289

Un gran país entre la esperanza y el caos: La India, 1975, por Javier Gorosquieta	297
La prensa obrera en España (1920-1923), por Víctor Manuel Arbeloa	311
Análisis del cambio social, por Eduardo Baselga	351
Evolución de la identidad en la sociedad tecnocrática: I.—Familia y gran organización, por Juan Luis Recio Adrados	377
La configuración de la sociedad futura según el poder derivante de la distribución ocupacional, por Pablo Lasso	391
La prensa obrera en España (1900-1923), por Víctor Manuel Arbeloa	407
Tejaira: Un pueblo del Bierzo (León), por Prisciliano Cordero del Castillo	421

TRIBUNA LIBRE:

El techo del dinero, por J. M. G.	321
Algunos sistemas de venta en la industria farmacéutica, por G. V.	323
Producción y consumo, por J. M. G.	429

BIBLIOGRAFIA:

1. Filosofía:

Valverde, C.: Los orígenes del marxismo	218
Chaix-Ruy, Jules: Síntesis del pensamiento de Nietzsche	327

172. Ética social:

Torres del Moral, Antonio: Ética y Poder	99
Varios: Diccionario Enciclopédico de Teología Moral	99
Hoffner, Joseph: Manual de Doctrina Social Cristiana	431

2. Religión:

De la Brosse, O., y otros: Diccionario del Cristianismo	218
Gutiérrez, Gustavo: Praxis de liberación y fe cristiana	219
Dumas, André: Prospectiva y profecía	220
Pieper, Josef: Una teoría de la fiesta	220
Biot, François: Teología de las realidades políticas	431
Rosanna, Enrica: Secolarizzazione o transfunzionalizzazione della religione? Rapporto critico su una discussione attuale in sociología della religione	432

301. Sociología:

Clark, Ted, and Jaffe, Dennis, T.: Toward a Radical Therapy. An Interface Book. Gordon and Breach, New York, 1973	221
Giner, Salvador: El progreso de la conciencia sociológica	221
Birnbaum, Norman: Hacia una sociología crítica	222
Akoun, A., y F. Balle, y otros, J. Cazenueve y D. Vitoroff: La Sociología (V. III de la colección «Diccionarios del saber moderno»).	327
Dion, Michel: Sociología e ideología	328
Parsons, Talcott: La sociedad: perspectivas evolutivas y comparativas y El sistema de las sociedades modernas	432

304. Cuestión Social. Política social:

Fay, Chester, Linklater: Fraude	434
Matekalo, Iván: El transfondo del terrorismo internacional	435

32. Política. Generalidades:

Pasquino, Gianfranco: Modernización y desarrollo político	328
Arblaster, Anthony: El anarquismo y la nueva izquierda	435

32 (46) Política. Generalidades. España:

Rodríguez Carrajo, Manuel: El pensamiento sociopolítico de Mella.	436
--	-----

321. El Estado:

Poulanitzas, Nicos: Poder político y clases sociales en el Estado capitalista	100
--	-----

325. Migración y colonización:

Kaiser, Bernard: Migraciones obreras y mercado de trabajo	101
Sorel, Andrés: Cuarto Mundo. Emigración española en Europa	101

327. Política internacional:

Medina, Manuel: La comunidad europea y sus principios constitucionales	329
Martín Arnoriaga, Tomás: ...Y al Oeste con Portugal	436

329. Partidos políticos:

Varios: El poder militar en Italia	436
---	-----

33. Economía. Generalidades:

Fleming, Miles: Teoría Monetaria.

3346. Economía. Generalidades. España:

Rodero Franganillo, Adolfo: Las Cajas Rurales Españolas	102
Del Campo, Salustiano: La política demográfica en España	223
Muñoz, Juan, y varios: La Economía Española, 1973	330

3351. Socialismo:

Mandel, Ernest: Iniciación a la economía marxista	223
Segura, Francisco: El social humanismo	331
Alberdi, R.: Yugoslavia, ¿socialismo utópico?	331
Ibáñez Langloid, J. Miguel: El marxismo: Visión crítica	437

INDICE GENERAL

	Págs.
3352. Comunismo:	
Deutscher, Isaac: Rusia después de Stalin	102
Gramsci, Antonio: Pequeña antología política	103
Reddaway, Peter: ¿Rusia sin censura?	224
34. Derecho. Filosofía del Derecho. Derecho comparado.	
Treves, Renato: El juez y la sociedad	224
344. Derecho Laboral:	
Iglesias Selgas, Carlos: El sindicalismo español	332
Spitaels, Guy: Reflexions sur la politique de sécurité sociale	332
Opdenberg, Marie-Louise: L'année sociale, 1972	333
37. Educación:	
Emma, R. y Rostan M.: Educación y mercado de trabajo	103
Stratling G.: Sexualidad. Ética y educación	104
Barquer, Ronald, E., y Escarpit, Robert: El deseo de leer	225
Leitner, Sebastián: Así se aprende	438
Ormezzano, Jean: Juventud compartida	438
39. Vida Social. Costumbres. Feminismo:	
Duhet, Paule-Marie: Les femmes et la Révolution (1789-1794)	333
Tetsuro, Matsuji: El hombre y su ambiente	333
4. Política económica:	
Stilwell, Frank J. B.: Política económica regional	105
Needleman, L.: Análisis regional. Textos escogidos	106
63. Agricultura. Ganadería. Pesca.	
Bastos Noreña, Eduardo: Agricultura Socializada	334
Análisis económico de proyectos agrícolas	334
65. Empresa:	
Daudet, Elvira: Los empresarios	106
Nell-Breuning, Oswald: La constitución de la empresa. (Sobre la cogestión.)	107
Servan-Schreiber, Jean-Louis: La empresa con rostro humano	225
Hawkins, C. J., y Pearce, D. W.: Evaluación de las inversiones	335
77. Problemas de subdesarrollo:	
Zanotti, Livio: El golpe al poder. El neomilitarismo sudamericano ...	226

92. Biografía:

Saña, Heleno: Líderes obreros. Biografías	107
Díaz, Carlos: Proudhon	108
Kropotkin: Memorias de un revolucionario	227
Laporta, Francisco J.: Adolfo Posada: Política y sociología en la crisis del liberalismo español	227
Lorenzo Anselmo: El proletariado militante. Memorias de un internacional	228
Benoit, Jean: Stalin	439

93. Historia. Generalidades:

Lefebvre, Georges: El nacimiento de la historiografía moderna ...	108
---	-----

941. Historia. Europa:

Trotsky: Historia de la revolución rusa	109
Haro Tecglen, Eduardo: Sociedad y terror	109
Samhaber, Ernst: Historia de Europa	335
Pachman, Ludek: Ajedrez y comunismo	335
Zentner, Kurt: Historia ilustrada del III Reich	336
Febvre, Lucien: Erasmo, la contrarreforma y el espíritu moderno.	336
Arnaud, Jacques: El socialismo sueco. Una sociedad mixta	337
Colliard, Jean-Claude: Los Republicanos independientes: Valéry Giscard d'Estaing	338
Constante, Mariano: Los años rojos. Españoles en los campos nazis	439
Fonvieille-Alquier, Francois: El Gran Miedo de la Posguerra, 1946-1953	440
Fourquin, Guy: Los levantamientos populares en la Edad Media ...	440

946. Historia. España:

Alcofar Nassaes: «Spansky». Los extranjeros que lucharon en la guerra civil española	110
Torrent Orri, Rafael: Dos federalismos y su pugna en España	110
Díaz-Plaja, Fernando: Francófilos y germanófilos	111
García Venero, Maximiano: Eduardo Dato	337
Cortés Cavanillas, Julián: El bienio «santo» de la Segunda República	441
Díaz Nosty, Bernardo: La comuna asturiana. Revolución de octubre de 1934	441
Mainer, José-Carlos: Regionalismo, burguesía y cultura	442
Payne Stanley, G.: El nacionalismo vasco. De sus orígenes a la ETA.	443

96. Historia. África:

Menéndez del Valle, Emilio: Africa negra, dominio blanco	338
---	-----

INDICE GENERAL

	<u>Págs.</u>
97. Historia. América del Norte. América Central:	
Meer, Jean: La revolución mejicana	443
98. Historia. América del Sur:	
Crónicas de Chile	339

Al servicio del desarrollo rural

Una Federación de Escuelas Empresariales Agrarias
(E. F. E. A.)

- creada con la colaboración del IRYDA
- dirigida por la Compañía de Jesús.

Comprende los Centros:

- Instituto Nevares de Empresarios Agrarios (I. N. E. A.) de Valladolid.
- Instituto de Badajoz de Empresarios Agrarios (I. B. E. A.) de Don Benito.
- Instituto Gallego de Empresarios Agrarios (I. G. E. A.) de Santiago de Compostela.
- Instituto Pirenaico de Empresarios Agrarios (I. P. E. A.) de Sabiñánigo (Huesca).

En los cuatro Centros se imparte la Formación Empresarial de Grado Medio, obteniendo el título oficial de Técnico Especialista en la Dirección y Gestión de Empresas Agrarias.

Para más amplia información, dirigirse a la

**Secretaría General de las E. F. E. A.
APARTADO 476. VALLADOLID**

SUSCRIBETE A

MUNDO SOCIAL

- La revista mensual de información y acción social de criterio independiente y
- línea editorial de vanguardia.

Secretaría y administración:

Calle Pablo Aranda, 3. Madrid-6. Tel. 262 49 30

Economía de la explotación agropecuaria

Por Javier GOROSQUIETA

Biblioteca de Fomento Social - 1974 - 502 págs. - 680 ptas. ejemplar

Manual para el análisis y la gestión de la explotación agrícola y ganadera; de cierto nivel académico, pero, sobre todo, de gran utilidad y operatividad inmediata en la práctica.

Del mismo autor:

El campo español en crisis

Biblioteca de Fomento Social - 1973 - 350 págs. - 200 ptas. ejemplar

Un independiente análisis en profundidad de las más importantes variables de la política agraria en España.

Pedidos a: FOMENTO SOCIAL. Calle Pablo Aranda, 3. Madrid-6

Fuerzas Eléctricas de Cataluña, S. A.

Producción, transporte
y distribución de
energía eléctrica

Domicilio Social:
PLAZA DE CATALUÑA, 2
BARCELONA

7
65 PESETAS